



CASTELAR

ENSAYOS
LITERARIOS

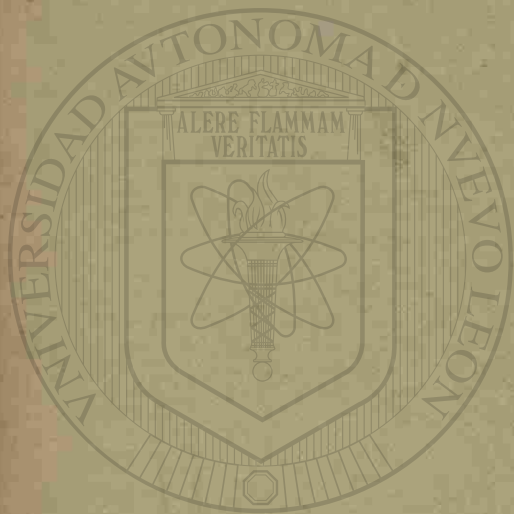
PQ6512

.C2

E5



1020027243



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ENSAYOS LITERARIOS



864.5[®]
348e
31270
-8-
69

Núm. Clas.	_____
Núm. Auto.	_____
Núm. Adq.	_____
Procedencia	_____
Precio	_____
Fecha	_____
Clasific.	_____
Catálogo	_____



ENSAYOS
LITERARIOS

POR

EMILIO CASTELAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTÍN

EDITOR

Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39

EL LIBRO DE ORO

098342

31270



ENSAYO LITERARIO

HELENA CONSIDERADA COMO SÍMBOLO DEL ARTE CLÁSICO

Ἀνὼς ἀθανάτης θεῆς σὺς ὄπα ἔοικεν
Homero; Iliada, lib. 3, v. 158.

I

La literatura griega, tan grande por los inmortales genios que la ornaron, vivió en el tiempo, como si Dios la hubiese revestido de la inmortalidad. Sus primeros poetas se pierden en las sombras de la fábula, y sus primeros cantos son como ensueños de la historia. Vivificada por una idea altísima, recorrió los espacios como si áuras de los cielos la agitasen, y alumbró a la humanidad cual si hubiera bebi-

do su luz en lo absoluto. Dos mundos chocaron con tremendo choque, y una civilización gigantesca se perdió en el polvo de sus mismas ruinas; y de aquel mar de sangre nació, como una ilusión, Homero, el dios de los poetas y el poeta de los dioses. Pérsia lanzó contra Grecia sus legiones, y la gigantesca lucha de la libertad y el despotismo engendró á Esquilo. En medio de fratricidas combates cantaron Sófocles y Eurípides; y cuando parecía agonizante la civilización helénica, se levantó el genio de la Academia á leer los misterios de la ciencia en la frente misma del Eterno. La espada de Filipo no pudo herir aquella artista prodigiosa, que había hecho patrimonio suyo el fuego de la inspiración, ni la batalla de Queronea agotar la savia de vida que en sus venas derramaron los poetas, los sábios y los guerreros.

Si las artes y las ciencias huyeron del suelo de Grecia, fué para dominar nuevos mundos y resplandecer en más vastos horizontes. Alejandría es el panteón de todas las ideas. El mundo entero rinde en aquel templo tributos de adoración á Grecia. Los sábios de todos los pueblos se reúnen para aprender la hermosa lengua helénica; y la Academia, el Pórtico y el Liceo renacen bajo el cielo del África. Aquella ciudad,

asentada sobre dos mundos, intentó que Oriente y Occidente depusiesen sus armas y olvidasen sus eternas guerras. Para cumplir tan alto propósito, reunió en sus academias á todos los poetas de la Grecia, á todos los sábios del Oriente, y la literatura helénica siguió domando el espíritu de la humanidad.

Cuando Roma, esgrimiendo su tajante espada, ató la Grecia á su carro triunfal, ántes que su señora fué su esclava, pues cayó de rodillas á sus piés pidiéndole maestros para sus hijos, inspiración para sus artes.

El cristianismo escogió la hermosa lengua griega para hablar á las naciones deslumbradas. La Edad media no logró apagar el fuego de esa literatura que parecía, como Aquiles, invulnerable; el mundo moderno cayó rendido ante el espectáculo de su inmensa grandeza.

Sobre esa literatura hay siempre fija una estrella, que se llama Helena; víctima del amor, mártir del destino. Teseo la adora, Páris la arrebató en alas de los vientos y la arrulla amoroso en brazos de los mares; Proteo la detiene en Egipto; Priamo no duda en ofrecerla á Troya como holocausto de su hermosura; el héroe de Homero abandona los Elíseos campos para reclinarse en sus brazos, y como si el martirio á

que la condenó el destino no hubiera jamás de acabarse, Goethe la evoca en el siglo diez y nueve para libar en sus labios la idea de la antigua Grecia.

Helena es algo más que una mujer, es un símbolo, una personificación. Es la diosa del Olimpo del arte. Si así no fuera, no la hubieran adorado todos los poetas, y no la hubieran bendecido todos los pueblos. Hija de Júpiter, pasó por la tierra como una estela de amor, y resbaló como una idea sobre la frente de todas las literaturas.

Nosotros en este desaliñado artículo la buscaremos á través del tiempo y del espacio; desde que Homero soñó con su hermosura, hasta que Goethe cantó su amor, y la hizo madre de la poesía moderna, deteniéndonos sólo ante los grandes genios que han cantado su gloria.

II.

Segun el método que nos hemos propuesto en este nuestro imperfecto trabajo, buscaremos á Helena en la tradicion histórica, aunque reconocemos que su vida está envuelta en fábulas; y resumiremos brevemente lo más impor-

tante que con más ó ménos fundamento han dicho los autores clásicos, dando siempre á estos lejanos tiempos el carácter de místicos, como embellecidos por la imaginacion ardiente de pueblos primitivos y cantados por la ciega inspiracion de misteriosos poetas. Para nuestro intento nada vale la realidad histórica; nos basta saber que la idea de Helena existe, y que su luz brilla en la cuna de Grecia. No podremos con datos decir lo que pasó en el espacio y en el tiempo, pero sí podremos revelar lo que soñaron los poetas en el cielo de su alma. Helena para nosotros tiene la existencia que le dá la luz del pensamiento, y la importancia de que la ha revestido el poder del arte griego. Pero veamos la opinion de los sábios. Desacordes andan los críticos sobre su nacimiento. La opinion general le dá por padre á Júpiter y por madre á Seda. Pero no han faltado autores que, intentando hacerla hija solamente de los dioses, creen que la hubo Júpiter en Némesis (1). La infeliz diosa, esquivando las caricias del señor de las nieblas, vuela en alas de los vientos, pide á la tierra secreto asilo, y á las ondas del

(1) Stasimus, in carmine De rebus Cipriacis apud Hadrianum Junium, lib. I.

mar seguro amparo; toma todas las formas que le sugiere su mente, y no logra ocultar su hermosura á las persecuciones de su amador, que la oprime por fin contra su pecho, y la hace suya, naciendo de este amor Helena y sus hermanos Cástor y Pólux (1). Júpiter, para colmar su deseo y engañar á la esquivo hermosura que le desprecia, toma la forma de blanco cisne, cruza los mares, se cierne blandamente sobre la gruta donde reposa Némesis, logra sus caricias, valiéndose de tan traidor amaño, y en la callada noche, revistiéndose de su divina forma, goza á la beldad que huía de su poder y de su gloria (2).

Ausonio en sus epigramas, Theon de Alejandria en sus comentarios sobre Arato, consignan las dos opiniones, que sobre el nacimiento de Helena corrian con mayor crédito en Grecia, y no dan asenso á ninguna de ambas, lo cual prueba que la luz centelleante de la fábula deslumbró sus inteligencias. Pero sin duda nació tan extraña confusion de que Júpiter toma por dos veces en la theogonía pagana la forma de cisne para correr en pos de la hermosura, y de que en una de estas ocasiones engañó á Seda y

(1) Pausanias, lib. I.

(2) Higinus. Astronomicum, lib. II, cap. VIII.

en la otra á Némesis (1). Plutarco, queriendo sin duda divinizar la hermosura de aquella mujer singular que dió muerte á los imperios y vida á los poetas, dice que el huevo que encerraba á Helena cayó maravillosamente de los cielos (2). Pero nosotros, lo que aquí debemos consignar para las deducciones que pretendemos sacar de esta simbólica historia, es que Helena fué hija de Júpiter y de una mortal, segun la opinion generalmente admitida en Grecia.

De la historia de su nacimiento pasaremos á recopilar algunas opiniones sobre su rara y peregrina hermosura. La rosa de Chipre, que abre sus pétalos á las caricias de las primeras áuras de la primavera, no es tan hermosa como la color purpurina que tiñe las megillas de la hija de Seda; el áura embalsamada, que al caer la tarde, desciende como suspiro celeste de las floridas montañas de Thesalia, no es tan pura como el aroma que exhala su aliento; palpita su pecho como las ondas del mar Egeo, cuando los dioses rozan su azulada superficie con las orlas de sus luminosos mantos; brillan sus ojos como el lucero precursor de la noche, y es tan luminoso su cabello como los rayos

(1) Apología de Helena. Isócrates.

(2) το τινὸς ὄν οἱ ποιεῖται λεγούσιν αὐρανοπέτεσ' ἀναφῶναι.

de la luna al levantarse en los desiertos y silenciosos campos. Naturaleza con todos sus rumores no tiene eco que se parezca á la voz de Helena. Así Homero, no encontrando palabras en el lenguaje de los hombres para encarecer su belleza, ni imágenes en la rica naturaleza con que compararla, dice que las diosas sólo pueden compararse á Helena. Frigio, Constantino Manasés, Cedreno, Brantome, han hablado de su hermosura, sin acertar á comprender la idea oculta que representaba. Quintiliano, para conocer la perfección de tan peregrina beldad, dice que Troya no dudó un momento en morir antes de entregar á Helena.

Un religioso español, Baltasar de Victoria, dice: «Nació ésta tan aventajada y enriquecida de hermosura, que fué un portento, un prodigio y milagro de naturaleza, quedando desde aquel tiempo á éste y aún para muchos siglos en proverbio, su belleza y gallardía; de tal suerte, que cuando queremos ponderar la hermosura de una mujer, decimos que es una Helena (1).» Bayle, que suele sacrificar todo pensamiento elevado al afán de arrancar una son-

(1) Teatro de los dioses de la gentilidad; lib. II, capítulo XIX.

risa á sus lectores, desata su pluma contra la hermosura de Helena, repitiendo los mil improprios con que han insultado su memoria los hombres de todos tiempos (1). Heródoto en Euterpe, Eurípides en el Orestes y en la Helena, Propertio, Tibulo, en sus elegías, Ovidio en sus Heróidas, nos ponderan la rara hermosura de la esposa de Menelao. Pero no anticipeemos ideas, porque ya veremos cómo ha pasado esta visión del arte clásico ante los ojos de sus primeros poetas, y dejemos sentado que el grito universal de todas las tradiciones la proclama por la más hermosa de todas las mujeres griegas.

Plutarco cuenta, por lo que á sus amores respecta, que Theseo se prendó de la hermosura de Helena (2) cuando apenas había la preciosa heroína sacudido el dulce sueño de la inocencia. Danzaba cierto día en el templo de Diana, dando al viento sus cabellos y regalando los oídos de los que la rodeaban con armoniosos cánticos; su blanco ceñidor flotaba como las nubes que en sus alas conducen á los dioses cuando descienden á la tierra, y palpitaba su

(1) Diccionario crítico; t. II, artículo sobre Helena.
(2) En Theseo.

seno con gracia tal, que el héroe la arrancó al hogar doméstico, y ocultóla como prenda de su corazón en el Ática; pero sabedores Cástor y Pólux del atrevimiento de Theseo, penetraron en el país do oculta estaba su hermana, y amenazaron incendiar sus casas y talar sus campos, si no les devolvía la perdida beldad, hasta que lograron su intento después de haberse instruido en los pavorosos misterios que Atenas guardaba en sus templos (1). Algunos sostienen que Iphigenia nació de los amores de Theseo y Helena, la cual fué á casa de su hermana Clitemnestra á dar á luz el fruto de su desgracia, y compadecida ésta, dió á Iphigenia el nombre de hija, sin que Agamenon conociese tal engaño. Cástor y Pólux creyeron también que Theseo no había logrado triunfar de Helena ni avasallar su corazón (2). Ovidio dice que Theseo logró tan sólo imprimir un beso de amor en aquella hermosa frente, y alcanzar inocentes y purísimas caricias de tan preciosa hermosura (3).

Después de estos amores, entró bajo el dominio de Menelao, que la amaba, como todos los

(1) Heródoto, lib. IX, § LXXXI.

(2) Pausanías, lib. II.

(3) Heroidæ, Epístola Helenæ.

que tenían la dicha de contemplarla, aunque fuese por breve espacio de tiempo.

Un pastor, hijo de reyes, atraviesa, guiado por Vénus, los mares y recibe cordial hospitalidad en el palacio de Menelao. Su perfidia es tan grande, que se enamora de la reina, y su atrevimiento tan desordenado, que la arranca del lecho conyugal. Nada le importa desoir la voz de su conciencia y quebrantar los deberes de la gratitud. Ni el temor le contiene, ni las lágrimas de su amada le ablandan (1). Un amor más profundo que los mares y más inmenso que los cielos, le posee como furia desencadenada del Averno, y se entrega con su presa á los vientos, sin fijar los ojos en lo porvenir, sin presentir la tempestad que rugía sobre la cabeza de su raza. Diez años de sangrienta guerra, la ruina de la ciudad troyana y la muerte de una gigantesca civilización, fué el precio con que pagó el rapto de aquella mujer.

No queremos dejar pasar la ocasión que se nos presenta de consignar aquí la opinión de Heródoto, que después veremos reproducida en Eurípides. Helena jamás visitó á Troya. La tempestad la cubre con sus negras alas, y la

(1) Esquilo, Agamenon, v. 410.

impele á las riberas de Egipto. Proteo la recibe en su palacio, y jura protegerla hasta que pueda entregarla á Menelao. ¿No parece este maravilloso relato un cuento de caballería? (1).

El padre de la historia analiza con la profunda crítica este cuento que oyó de lábios de los sacerdotes egipcios, y dice que Troya no hubiera consentido por una débil mujer y un veleidoso mancebo verter la sangre de sus hijos ni quebrar el áureo cetro de su poder. Los griegos pedían á Helena, y los troyanos que en sus muros no la guardaban, ¿cómo habían de entregarla á su esposo? Manifestaron la verdad y los Danaos no creyeron sus palabras, que siempre fué propio de la astucia recelar de la lealtad (2).

Después de muerto París entregóse Helena á Deiphobo, cuyo amor costó la vida al desgraciado héroe (3) y Menelao, tomada Troya, volvió á compartir con Helena su lecho, como si jamás la nube del crimen hubiese empañado aquella frente, ni livianos amores manchado sus rosados lábios. Esparta la acogió con extremecimientos de placer, como si sus campos

(1) Libro Euterpe de su historia, § CXII.

(2) Ybidem, § CXX.

(3) Virgilio, Eneida, lib. VI, v. 495 y sigs.

recibiesen más gratos aromas, y sus horizontes más espléndidos colores con albergar á la hija de Júpiter. Resonó el canto de los poetas en el Olimpo, que se llenó de júbilo al contemplar á la hermosa reina feliz en su palacio, y Aquiles, como hemos dicho, burló á la muerte, y tomando vida, desde los Eliseos campos voló á sus brazos; porque ni la purísima luz de aquellas bienaventuradas regiones centelleaba como los amorosos ojos de Helena, ni las armonías que ruedan sobre aquellos bosques encantados, producidas por las gotas de celestial rocío que caen en los frondosos árboles, eran más dulces que sus palabras de amor y de ventura.

Para concluir diremos, que los dioses la recibieron en el Olimpo, y los hombres la fabricaron templos; porque á pesar de sus adulterios, fué siempre pura su alma. El destino hirió su frente con la clava de sus inflexibles decretos.

Ελευνη δ' αμοχθησ' ονχεκουσ' αλλ' εκ θεων (1)

III

Esta historia tiene un sentido simbólico. Vico en su Scienza Nuova, verdadero santuario don-

(1) Eurípides, Andrómaca, v. 680.

de la antigüedad depositó sus secretos, nos dice que en todos estos tiempos heróicos debemos buscar la idea oculta representada por las entidades históricas, que la tradicion nos presenta con todos los colores propios de la infancia de los pueblos. Nosotros más que una relacion histórica vemos en la vida de Helena una leyenda, y más que una leyenda el resumen de todos los principios de arte profesados por los antiguos tiempos.

La conciencia universal se ha elevado hasta la concepcion del sér absoluto, de la sustancia única. Así, todo acontecimiento que pasa en el torbellino del tiempo es una modificacion de la idea única, donde toma su forma todo lo que se refleja en el trasparente espejo del espacio. El alma, contemplando con místico amor á la naturaleza, oyendo sus rumores, se perdió en su seno como la lluvia de los cielos en el inmenso abismo de los mares, y por esta union con la sustancia, alcanzó á escribir en caracteres de fuego al frente del inmortal libro de su ciencia la unidad eterna; idea que creó las armonías de las artes orientales, y los pavorosos misterios de aquellas tenebrosas religiones. Pero el hombre en el Oriente no tenia conciencia de sí. Perdidó en un mundo de gigantescas sombras, no

acertaba á interpretar los rumores que confundian su mente ni á mirar la luz que deslumbraba su imaginacion. Arrullado por el suspiro de su inocencia no podia levantarse á beber su idea en la fuente única, infinita, de donde se deriva todo conocimiento. Ese mundo de la naturaleza que absorbe como insondable abismo el débil soplo de nuestra existencia, se disipa como nube ahuyentada por el viento cuando Grecia proclama la apoteosis de la idea humana. Entonces el universo palpita en el corazon del hombre, toma colores de su imaginacion, luz de su mente; se orna con las flores que le ciñe el arte humano y modula en la inmensidad los cantos que le enseñan los poetas. El hombre es todo. Lloro en el arroyo, luce en los astros, canta sus penas con los conciertos del áura, se embravece en el mar, agita blandamente las hojas de los árboles, sube de esfera en esfera hasta el cielo, y al encontrarlo vacío, lo puebla con las pasiones de su corazon, con las ideas de su mente.

¡Qué maravillosa trasformacion sufrió el espíritu humano!

A los misterios sucedieron los cantos; á la dominacion de una clase la libertad de todos los ciudadanos; al arte basado en la muerte del yo

de la humanidad arrebatada por la actividad de la naturaleza, aquella poderosa fuerza que convertía los mármoles en dioses y las desnudas tablas en deslumbradores cielos. Mas en Grecia el hombre no fué tan sólo la idea, fué también la forma. Confundido el pensamiento y su manifestación, el hombre fué el tipo, el creador y la única forma de principio artístico y del dogma religioso. Y en estas consideraciones nos fundamos para sostener que la historia de Helena es el conjunto de todos los dogmas del arte griego y el resumen de su vida al levantarse para dirigir su raudó vuelo á lo infinito; fin último de toda actividad, objeto de toda idea.

Helena es hija de Júpiter y de Seda, es decir: Helena es hija de lo invisible, de la inspiración, y de lo visible, de la naturaleza, de la forma. Hé ahí los dos principios constitutivos del arte. Si nace en las aguas como Vénus, es sin duda porque los griegos hacían al agua la sustancia generadora del mundo.

Su hermosura en nada á la naturaleza se parece. Ni el resplandor de los cielos luce como su frente, ni los coros de astros que velan sobre la dormida tierra son más numerosos que sus gracias. Su belleza no tiene límites como la belleza del arte. Es la visión purísima que ador-

mece al divino poeta Homero cuando canta, la idea que tiñe con sus reflejos la frente de Fidias cuando anima el mármol. Es la hermosura perfecta, porque vive en el cielo de las ideas; la hermosura que, alejándose del mundo, va á perderse como los sueños de los dioses en la luminosa región de las eternas armonías. Desde tan alto punto, como tipo de toda obra artística, exhala un suspiro de amor, y la naturaleza palpitante de esperanza se transfigura y hermosa en su purísimo seno.

Así se explica cómo los indomables héroes caen de rodillas á sus pies y adoran su hermosura; cómo su amor nunca se agota ni su belleza se empaña; cómo objeto de tantas caricias, juguete de tantos caprichos, se conserva siempre pura; cómo después de haber caído en brazos de París, Egipto proclama sus virtudes, y destruida Troya, Grecia la recibe en sus palacios y levanta á su memoria preciosísimos é inmortales templos. Es la idea que embriaga todas las inteligencias; el amor que trastorna todos los corazones; la armonía que el alma entiende, sin que la razón sepa analizarla; es en fin, el arte, pero el arte griego, que por más alto que se levante y más grande que aparezca, es pantheista, como patrimonio de todas las

clases, como estrella de todos los entendimientos. Así, cada uno de los héroes que la adoran representa una de las nacionalidades de la Grecia, y en el día en que el peligro de perderla amenaza, se levantan todas las nacionalidades distintas á rescatarla; porque Grecia comprende que Helena es el título sagrado con que ha de presentarse un día á pedir á la gloria el lauro de la inmortalidad.

El Oriente comprende que el viento del destino arrebató de sus sienes la diadema de las artes. Presiente que Grecia está destinada á dominar el mundo por la fuerza de su inteligencia y por el poder de su gloria. Sabe que su sér se le escapa, porque la idea primordial que preside al desarrollo del espíritu humano, abandonando sus templos, vuela, conducida en alas de las áuras, á otras regiones y á otros horizontes. La humanidad despierta de su letargo. Nuevo Adán arranca sus misterios al mundo de las sombras, y se envuelve en el manto de la divinidad con que había ornado á la naturaleza. El Oriente, fiel á su destino, no puede consentir que el hombre, esa pasajera áura de una tarde, quebrante con fuerte planta la cabeza de sus misteriosos dogmas. Así, envía á su hijo Páris á arrebatarse la inspiración artística á Grecia.

Pero todavía su poder no ha muerto y logra que el arte se acuerde de que sus adoradores primeros fueron los orientales, y se abandone á sus brazos para respirar las áuras que arrullaron la cuna de la humanidad.

Entonces dos mundos, dos civilizaciones empuñan sus espadas, y se lanzan arrogantes al combate. No pelean por una mujer, no; pelean por el porvenir de sus razas, por la idea que los anima, por el presentimiento de que al arruinarse una de ambas civilizaciones arrastrará en sus escombros sus dogmas y sus artes. En esta guerra gigantesca lucharán las fuerzas como un resultado de las ideas. Sí, á orillas del Escamandro se reúnen legiones innumerables como las flores de la primavera, con armaduras más relumbrantes que encendidas selvas; en África la sabiduría griega personificada en Ulises y la sabiduría oriental personificada en Antenor (1) combaten con las armas de la razón por Helena; por aquella hermosura, á cuyas plantas sacrificaba Grecia sus hijos y vertía Troya su sangre.

El Oriente no había arrancado más que la forma. La idea se evaporó en los brazos de Pá-

(1) Véanse los fragmentos de la Ελληνική ἀπαιτησις de Sófocles.

ris. Sensual, pidió amor, y los dioses le condenaron á gozar una sombra. Si hubiese pedido sabiduría, inspiración, Helena fuese suya, y Grecia, falta de su idea, hubiera dormido tal vez para siempre en brazos del olvido. Se dejó arrastrar por el materialismo, y murió castigado por su propia elección, porque el materialismo en arte y en filosofía es infecundo para crear é impotente para conocer. Pero fué necesario que el principio fundamental del arte griego volase á Oriente, para que no se rompiese la mística y hermosa cadena que con indisoluble lazo une todas las manifestaciones del espíritu humano. Helena, al volver á Troya, trajo en su frente los misterios del arte oriental, y en sus ojos la luz espléndida de aquel ardiente sol. Así fué el sér misterioso que vió nacer de su corazón la literatura más grande que han cultivado los hombres.

Helena fué inmortal, y por su hermosura voló á los cielos como ráfaga de luz que volvía á su sol.

Los rodios y los lacedonios alzaron templos para honrar su memoria (1). Sthesichoro que se atrevió á insultarla, quedó ciego, porque ¿có-

(1) Pausanias, lib. III.

mo un poeta podía desconocer la grandeza de aquella musa que en ondas de luz transmitía á su mente las revelaciones del arte? (1) Las vírgenes deformes se trasfiguraban en su templo, recibiendo resplandores de purísima belleza como la humanidad se trasfigura en el cielo de la poesía (2). Cástor y Pólux ascendieron por ruegos de su hermana al trono de los astros; porque el arte, que es una oración infinita exhalada en nubes de aroma, en torrentes de armonía, tiene poder para ceñir la frente de sus sacerdotes con la inmortal diadema de la gloria (3).

Helena tomó el nombre de la civilización griega, porque fué el símbolo de todas sus aspiraciones. La humanidad ha convenido en dar á todas las ideas santas y consoladoras nombres femeninos. La virtud, la gloria, la felicidad, la inspiración, la poesía, la fé, la esperanza. *Virtus, gloria, fides, poesis, spes*, etc.

¿Será Helena también ó su nombre un símbolo? De cualquier modo su vida poética, sus amores tienen mucho de maravilloso. Su influencia es misteriosísima. Ahora la veremos aparecer

(1) Pausanias, lib. III.

(2) Herodoto, lib. IV, § LXI.

(3) Isócrates. Apología de Helena.

en el poema épico y en la tragedia; vivir mientras vive Grecia; pasar invocada por los poetas á Roma, y renacer llena de gloria en la vasta mente del gran artista, que ha reconcentrado en su imaginación los rayos de luz que difunden nuestras ciencias, y las místicas armonías que producen nuestras artes.

IV

La poesía lírica es el primer canto que entona el genio del arte. Helena sin duda debía ser cantada por los poetas líricos antes de iluminar la mente de Homero. Este gran poeta nos la presenta por vez primera en el libro III de su inmortal poema. Al cantar á la mujer, objeto de tan rudos combates, la lira del hijo de las Musas examina las dulcísimas armonías, como si agitase sus cuerdas el embalsamado aliento de Helena; sus exámetros tan fuertes y robustos se tornan suaves como un suspiro de amor, y la heroica y ruda lengua que modulan sus héroes, toma un tinte de indefinible melancolía. Como personificación del arte, Helena está reproduciendo con las suaves tintas de la inspiración los combates de griegos y troyanos empeñados en sangrienta guerra por obtener

su amor (1). Iris, la alada mensajera de los dioses, le anuncia que Menelao y Páris van á combatir frente á frente en sangrienta lid, y que su hermosura será el premio del vencedor: la divinidad, recogiendo en sus labios los perfumes de las flores de Grecia, y el eco de las áuras que mecieron la cuna de Helena, despierta en su memoria el recuerdo del purísimo cielo que cobijó su inocencia, de suerte que Helena envuelta en blancos velos acude presurosa á la muralla á verter amargas lágrimas y á enviar á los guerreros al través del espacio las oraciones de su mente y los suspiros de su corazón.

Al verla pasar, los ancianos asentados en el pórtico de sus palacios la bendicen, porque lleva en su frente siempre pura reflejos del Olimpo. ¡Con cuánto celo la acaricia Príamo y le dice para consolarla que el hado fatal, y no su hermosura, es parte para desencadenar las tempestades que amagan anegar en la eternidad el antiguo reino de Troya! Con los ojos anegados en llanto se ve pasar á los héroes de su patria y repite al par de amargas quejas sus queridos nombres. La lucha descrita con todo

(1) *Iliada*, lib. III, v. 125 y sig.

en el poema épico y en la tragedia; vivir mientras vive Grecia; pasar invocada por los poetas á Roma, y renacer llena de gloria en la vasta mente del gran artista, que ha reconcentrado en su imaginación los rayos de luz que difunden nuestras ciencias, y las místicas armonías que producen nuestras artes.

IV

La poesía lírica es el primer canto que entona el genio del arte. Helena sin duda debía ser cantada por los poetas líricos antes de iluminar la mente de Homero. Este gran poeta nos la presenta por vez primera en el libro III de su inmortal poema. Al cantar á la mujer, objeto de tan rudos combates, la lira del hijo de las Musas examina las dulcísimas armonías, como si agitase sus cuerdas el embalsamado aliento de Helena; sus exámetros tan fuertes y robustos se tornan suaves como un suspiro de amor, y la heroica y ruda lengua que modulan sus héroes, toma un tinte de indefinible melancolía. Como personificación del arte, Helena está reproduciendo con las suaves tintas de la inspiración los combates de griegos y troyanos empeñados en sangrienta guerra por obtener

su amor (1). Iris, la alada mensajera de los dioses, le anuncia que Menelao y Páris van á combatir frente á frente en sangrienta lid, y que su hermosura será el premio del vencedor: la divinidad, recogiendo en sus labios los perfumes de las flores de Grecia, y el eco de las áuras que mecieron la cuna de Helena, despierta en su memoria el recuerdo del purísimo cielo que cobijó su inocencia, de suerte que Helena envuelta en blancos velos acude presurosa á la muralla á verter amargas lágrimas y á enviar á los guerreros al través del espacio las oraciones de su mente y los supiros de su corazón.

Al verla pasar, los ancianos asentados en el pórtico de sus palacios la bendicen, porque lleva en su frente siempre pura reflejos del Olimpo. ¡Con cuánto celo la acaricia Príamo y le dice para consolarla que el hado fatal, y no su hermosura, es parte para desencadenar las tempestades que amagan anegar en la eternidad el antiguo reino de Troya! Con los ojos anegados en llanto se ve pasar á los héroes de su patria y repite al par de amargas quejas sus queridos nombres. La lucha descrita con todo

(1) *Iliada*, lib. III, v. 125 y sig.

el fuego de la poesía homérica va á decidirse; cuando Vénus descende del cielo, y envolviéndose en blanca nube al hijo de Príamo, le arrebató á la muerte y le conduce á su lecho, donde suspira por su amada asaltado de lascivos deseos. Entonces Vénus se dirige á Helena, y la quiere arrastrar con halagos y amenazas á los brazos de su raptor.

La esposa de Menelao porfia antes de cumplir los mandatos de la diosa; y los hermosos versos que vierten sus labios tienen un sentimiento tal de melancolía y un acento de tan armoniosa dulzura, que el corazón se oprime, compadeciendo el martirio á que el hado condena á tan preciada hermosura; hasta que víctima de un poder sobrenatural, ni le valen lágrimas ni suspiros, el soplo de una fuerza superior á su voluntad la impele contra su propio albedrío, y cayendo como flor agostada sobre el pecho de París, cede por fin á sus bárbaras caricias. La idea de Helena surge como una estrella en la imaginación del gran cantor de Grecia. La pureza no la abandona en brazos del placer; la severidad de la virtud resplandece en aquel rostro manchado por el impuro beso de un mancebo. Cuando su voluntad habla, resiste á las caricias de la seducción con heroico valor;

cuando la tempestad de la suerte juega con su pureza, reclina su frente sobre el pecho, y sufre resignada su desgracia.

Porque nació hermosa, la profanan los hombres; porque hija del cielo, está dotada con los dones de la inmortalidad, los pueblos la salpican de sangre; porque más grande que todas las ideas vive en un mundo superior á los seres que la rodean, desconocen su martirio, y la maldicen los mismos griegos; cuando sin ella eterna noche oscureciera el horizonte de sus artes.

Homero, al caer el sol en Occidente, cuando los mares murmuran religiosas plegarias y las áuras cantan poéticos himnos, apoyado en su báculo, llamando á la puerta de las chozas, regalaba el oído del fatigado guerrero con las hazañas de sus padres olvidadas ya en su memoria, porque el tiempo las había borrado como borra el soplo del viento las cenizas de los héroes, y mostraba al par la pura imagen de Helena, que iluminaba su imaginación con divinos resplandores como la primer estrella de la tarde alumbra el azulado desierto de los cielos. Y aquella Helena era su amor, su idea, su inspiración. Por ella abandonó su patria y recorrió los campos; por ella no se acordó de

su nombre, ni supo que dictaba un poema á la gloria; por ella cantó sangrientas hazañas y moduló tristísimas quejas; por ella, en fin, suspiró de gozo, sin duda, el día en que la muerte vino á anunciarle que iba á unirse con el ideal que había adivinado desde el fondo de la oscura tierra con su intuición sobrenatural y divina. Hecha por Homero la apoteosis de la idea griega, faltaba arrojar sobre la frente del Asia una maldición que la hiciese temblar; y Esquilo, el gran poeta que reproduce el nuevo choque del Oriente y del Occidente, se levanta con doble arrogancia é imprime el sello de la infamia en la frente de su enemiga eterna. Cada una de sus tragedias es una protesta contra la civilización, que intenta arrogante apagar en sus inteligencias las revelaciones de lo bello, y el odio y la venganza, que bebió en la sangre de Marathon, la escupe á la frente del coloso, que yace exánime á sus plantas, asaltado por las flechas que templaron sus padres en la ruina de Troya. Sinó véase en el Agamenon cómo truena contra París en estos robustos é inspirados versos (1).

Esquilo nació de la frente de Homero. Es la

(1) Διὰ τὸν ζῆλον μεγάλῃ αἰδοῦμαι
τον γὰρ προέβητ' ἐπ' Ἀγέστ' ἄνδρ' etc.

consecuencia lógica, necesaria del gran poema, que llevaba en sus cantos los gérmenes eternos de todas las artes. Si el cantor de Aquiles divinizó la inspiración griega, el cantor de Prometeo abrasó con el fuego de su genio los últimos restos de la civilización oriental. Grecia no venga el rapto de Helena aventando las cenizas de Troya; no, necesita de Marathon, de Platea y de Salamina para saciar su sed de odio, y derrocar como fortalezas ruinosas los inmensos imperios orientales. Homero no entona los últimos cantos de victoria por el rescate de Helena; Esquilo, templando su lira con la misma mano que había enpuñado victoriosa espada, recogerá la herencia que legaron los pasados siglos de inmortal memoria.

De Esquilo pasaremos á Sófocles, y nunca sentiremos más el gran trabajo que nos hemos propuesto, tal vez sin apreciar nuestras débiles fuerzas y sin consultar la importancia de tamaño asunto. Las dos grandes tragedias que á Helena dedicó Sófocles, han sido por el olvido devoradas; de suerte que los críticos aún no andan acordes sobre el argumento que debió tener la intitulada, «Rapto de Helena» y la memoria de la humanidad sólo conserva algunos fragmentos incompletos y destrozados de la

llamada ἑλὲνς ἁπατηοῖς. Los trabajos que eruditos entendidos han empleado para devolver á la vida estos monumentos destrozados del arte griego, merecian mejor éxito. El dolor que causa tamaña desgracia sube de punto, si paramos mientes, en que Sófoles fué el gran teólogo de la Theogonía helénica, y en que sus colosales obras encierran siempre un sentido místico, y son por lo general una verdadera alegoría metafísica. Los eruditos han pretendido rehacer la segunda de estas producciones, buscando sin descanso sus esparcidos fragmentos. De su trabajo se deduce que Ulises y Antenor luchan en África con las armas de su sabiduría por la suerte de Helena.

Si consideramos que ambos jefes representan como hemos dicho la sabiduría de Grecia y Troya, tendremos que Helena aparecerá á nuestros ojos con el brillo de que la reviste la idea oculta representada en su vida. En Egipto derramaron su sabiduría los griegos para rescatarla, los troyanos para retenerla. En estos primitivos tiempos de que tratamos, la idea es la acción, el libro donde estudia el hombre es la vida, y la sabiduría es la prudencia. Pero la ciencia ni en su cuna puede vivir sin alejar sombras de la mente de los pueblos y sin ele-

varse á la concepción de pensamientos, quera-yan más alto de lo que rayar suelen las vulgares preocupaciones. Tal vez Menelao no buscasse en Troya más que el rescate de su esposa robada, y Agamenon la venganza de la torpe ofensa hecha á su familia; pero Ulises, igual á los dioses en prudencia, buscaba sin duda el tipo de la civilización helénica concedido á su patria como don celeste por Júpiter, y arrebatado por París, para quitar á sus enemigos toda grandeza y toda vida. La idea de Helena pasa como deslumbrante centella por la poesía épica en los sagrados tiempos heroicos, se ciernen sobre la guerra grandiosa en que Grecia volvió á ver humillada á su rival, y en la lira de Sófoles canta con religioso acento como si fuera la diosa del inmortal templo del arte. El patriotismo griego no está aún satisfecho. La idea de Helena ha de recibir su última y más alta transformación en la inteligencia de Eurípides. El último de los grandes trágicos, á quien Aristóteles llamó el mayor de todos ellos, nos dice que la impura mujer, objeto de las caricias de París, ni fué impura, ni cayó en brazos del rival de Menelao. Veamos su tragedia. Helena emanada sin duda de la tradición histórica, que como hemos dicho en la segunda parte de es-

te nuestro imperfectísimo trabajo, apuntó Heródoto en el libro segundo de su historia.

Aparece Helena á orillas del Nilollorando su soledad en versos amorosísimos y de inexplicable sentimiento; porque la lengua griega es para el poeta, lo que los mármoles de Páros son para el escultor.

Juno, protegiendo con su poder á la hija de Leda, entrega á las caricias de Páris una ilusión, una forma sin vida, y el infeliz pastor cree que aquel delirio de sus extraviados sentidos es una realidad de amor y de placer. No podemos resistir á la tentación de hacer notar que difícilmente la fantástica inteligencia de los poetas alemanes hubiera podido inventar una leyenda más profunda y más filosófica. Sin duda la admiración que muchos poetas nos inspiran, proviene de nuestra ignorancia y del desden con que mirar solemos el estudio de la clásica antigüedad.

El hijo de Príamo llevaba en aquel fantasma de perfecta hermosura el símbolo de las aspiraciones humanas, que se creen poseedoras de lo infinito y vagan perdidas en el vacío y en las sombras.

Cuando Helena concluye de dar al viento sus quejas, aparece en la escena un náufrago lla-

mado Teucro; jefe también de las armadas griegas, arrojado por furioso huracán á las costas de Egipto; náufrago que al verla maldice la hermosura de Helena. Sin duda son sus quejas justas. Ajax ha caído herido por enemiga flecha sobre su escudo; Leda no pudiendo sufrir el cautiverio de su hija, se ha dormido en el seno de la muerte, y Cástor y Pólux han volado á habitar entre los astros para llorar con lágrimas eternas la afrenta de su hermana.

Fué bien fatal la hermosura de aquella mujer. Su pátria la maldice y dos mundos chocan por su causa en el espacio, convirtiendo en cenizas un imperio, cuyas silenciosas ruinas piden una sangrienta venganza.

Helena, al verse inocente y maldecida, suspira con afán por la muerte: que el corazón amargado no puede sufrir los tristes latidos de una vida condenada á la execración de las gentes. Para colmo de males, Menelao, perdido en la inmensidad, es juguete de las olas, que sin duda alguna le arrojarán á los espumosos abismos de los mares.

El coro, al ver tan desesperada á Helena, le dice que en apartada gruta habita una mujer, cuyos son los secretos de los mares. A sus piés

depositan tributos de perlas las náyades, y en sus oídos murmuran cantos apacibles como el rumor de próspero viento las hermosas neréidas. Su vista abarca los abismos, y en alas de los huracanes recorre como blanca nube la azulada superficie del Océano.

Se llama Thenoe, y es sin duda la personificación de las prósperas señales que alegran el corazón del marinero. Posee además el arte de adivinación, y sabe seguir en su inmortal vuelo al tiempo. Menelao, impulsado también por la tormenta, arriba á las costas de Egipto, como á ruegos de Helena había anunciado ya Thenoe. No puede dar crédito á sus ojos, y cree que es ilusión de su deseo aquella ideal mujer que le recibe en sus brazos. Entonces Helena le cuenta su desgracia y le dice que Mercurio la condujo á Egipto burlando los deseos de París (1).

Tal vez el principio utilitario personificado en Mercurio intentó sepultar en el olvido al principio artístico; pero Dios, que quiere el enaltecimiento de la humanidad, impulsó al génio de Grecia á las riberas de Egipto, para que la hermosura no faltase nunca al hombre en

(1) Ο Διός, ὁ Διός, ὦ ποιεῖ,
μ' ἐπέλασεν Νειλῶ

su peregrinación por el ingrato suelo de este mundo.

Helena ruega á Thenoe que los proteja contra Theoclimenes, su hermano, que no dudaría en sacrificar al infeliz náufrago, y corona su ruego con una súplica religiosa, tan sublime como un canto de Calderón, tan dulce como unos versos de Petrarca.

Por fin, burlado Theoclimenes, Helena en brazos de su esposo se entrega á los vientos, y vuelve pura á las riberas de Grecia.

El arte griego ha cumplido ya su destino. Ha logrado por fin purificar á Helena. Ya no es prostituida amante é infiel esposa, sino pura virgen insultada por la historia. Cada poeta ha impreso en sus labios un ósculo de amor. Homero despierta su memoria en Grecia; Esquilo maldice á sus perseguidores; Sófocles la eleva en alas del génio á las esferas de la Theología pagana, y Eurípides la justifica, ciñendo á sus sienes la aureola de la inocencia.

El arte clásico no había aún cumplido su destino. Le faltaba iluminar el Capitolio. La literatura latina tomó un carácter más sombrío, más melancólico que la literatura griega. En medio de sus bacanales presiente la muerte que la espera, y en la cumbre del poder oye sin duda

fermentar el rayo que la amenaza. Presiente que agitada Roma por un pensamiento incomprensible, trabaja y vierte su sangre para preparar el triunfo de las ideas que han de arrancar á su frente la preciada corona del universo. Este es sin duda el secreto de esa tristeza indefinible que nos inspiran hasta los cantos más alegres de los poetas latinos. Las divinidades risueñas de los pueblos paganos se ven en Roma oscurecidas por el excepticismo; la filosofía griega con sus mil ensueños alejada por la inflexible severidad de los legisladores; las batallas de los Tirteos animadas por el soplo de arte, se reemplazan con los sangrientos combates inspirados por el más indiferente estoicismo, y aquellos juegos olímpicos, tan risueños, huyen ante las sangrientas y horribles tragedias del Circo.

La nacionalidad romana tuvo su cuna en las ruinas de Troya. Helena vive entre el sepulcro de la civilización oriental y la cuna de la civilización clásica.

De suerte que Roma tendrá también cantores para su nombre. Empeñados nosotros en seguirla á Roma, la presentaremos muy de ligero, como conviene á nuestro propósito, en la poesía lírica, en la épica y en la trá-

gica. Así nuestros lectores la verán renacer en Roma.

Ovidio la presenta en sus Heróidas. La carta que su génio dictó á Helena es un modelo de tierna delicadeza.

La heroína desatiende los ofrecimientos de París. La belleza de su rostro y el brillo de sus dones no son parte á deslumbrarla. El amor la atrae á sus redes, pero el remordimiento la detiene. Lucha con su mismo corazón y triunfa de sus instintos. Teme que Grecia la maldiga y Troya la desprecie. En el lecho del placer la nube del adulterio se levanta para emponzoñar toda dicha, para matar toda ilusión. Si cede, faltará á la fé prometida y borrará de sus labios el casto beso que Menelao depositó en ellos cuando partió para Creta.

Con noble indignación rechaza las palabras de París y dice que Theseo no logró triunfar de su virtud; que es inútil pintar con mágico pincel el placer que le espera y la corona que le promete. Si le siguiese, cruel guerra se desencadenaría en los cielos y en la tierra. Hecha trofeo de la victoria de Venus, las diosas vencidas arremolinarian todas las iras del Olimpo contra Helena, y Menelao burlado, esgrimiría su espada para dar satisfacción á su ofendido y

maltratado honor. — «Entonces, ¿qué harías?» le dice con amargo desprecio, echándole en cara su amor á los placeres:

Bella gerant fortes; tu, Pari, semper ama.
Hectora, quem laudas, pro te pugnare iubeto;
Militia est operis altera digna tuis (1).

Virgilio intentó forjar un poema nacional. Si consiguió su intento, pueden decirlo los cristianos. Nosotros diremos tan sólo que en nombre del patriotismo, maldice á Helena, causa inocente de los trabajos de Eneas. Y en efecto, Virgilio, enalteciendo á Roma, hereda sus odios y cumple con su destino condenando á la mujer que ahogó en sangre la cuna de sus abuelos.

Así en la tremenda última noche de Troya, Eneas fugitivo, ve á Helena refugiada en un templo. La cólera le ciega, y saca su espada para inmolar aquella víctima sobre las ruinas de la espirante patria. Mas Venus la envuelve con su manto y la liberta de segura muerte (2).

Sin duda el amor conocía que sus víctimas

(1) Heroid, XVII, v. 254 segg.

(2) Eneida. Véase desde el verso 567 hasta el 587.

enagenan la voluntad para seguirle al ara del sacrificio.

La poesía épica tiene su último desarrollo en la poesía dramática. Así Séneca nos presenta también á Helena en el teatro.

Los griegos, destruida Troya, apréstanse á partir, y en aquel punto la sombra de Aquiles les detiene demandando el sacrificio de Polixenes, su prometida esposa. Agamenon se opone á colmar el deseo del hijo de Tetis; pero Calchas, consultando el porvenir, dice que ni próspero viento ni amiga onda impelerá sus naves si no consuman el horrendo sacrificio que demandan los manes irritados del héroe.

Helena acompaña á Polixenes hasta el ara diciendo estas terribles palabras:

Quicumque hymen funestus, illætabilis
Lamenta, cædes, sanguinem, gemitus habet,
Est auspice Helena dignus (1).

Andrómaca la echa en cara sus crímenes; pero Helena dice:

Causa bellorum fui (2).

(1) Séneca. Troacles, act. IV, v. 862.

(2) V. 918.

Mas despues añade:

Deditque donum judici viatrix dea (1).

Hasta que llorosa y acongojada, envidia la suerte de la infeliz que va á morir (2).

El mundo antiguo ha desaparecido de la tierra, y Helena no ha muerto todavía, antes bien en nube resplandeciente, llevando consigo los secretos del arte, ha subido al cielo de la poesía moderna. Véase, pues, cómo la mujer más ultrajada de todas las mujeres fué engrandecida y levantada sobre todas ellas.

En el gran día en que el pantheismo logró escribir su divina comedia llamada el Fausto, Helena debía ser evocada de la eternidad como representante de la belleza clásica. En esas esferas, donde cada generación entonó un canto y cada siglo depositó un secreto, lució la hermosura de Helena como luce la luna en la inmensidad del firmamento. Fausto, que revolvió las entrañas de la naturaleza, abismándose en el desierto de los cielos, ya para aspirar el aliento de vida que anima todo sér, ya para oír las eternas armonías que produce la inmen-

(1) V. 922.

(2) V. 939.

sa escala de los mundos, no descansó de su peregrinacion ni exhaló el aroma de su alma al foco de la vida, sin haber ántes adorado bajo el cielo de Grecia la belleza de Helena. El doctor aleman, cuyo destino era fundir todas las ciencias en el crisol del escepticismo para extraer la verdad absoluta; unir todas las artes con la luminosa cadena del amor para forjar la belleza perfecta; reunir en el cielo inmortal de su espíritu todas las sustancias para rehacer lo infinito en la humana inteligencia con las formas de lo relativo; el doctor aleman, atormentado por un remordimiento y una esperanza, se perdió en brazos de Helena, para arrancarle el secreto del arte más grande que en su eterno cantar ha producido la humanidad.

Antes de llegar á su idea, envuelto en el torbellino del tiempo, oye la voz de las esfinges que se despiertan en sus lechos de piedra, y el canto de las sirenas que se levantan del fondo de los mares, como evocadas por la trompeta del juicio final. Y en efecto, el espíritu humano, poseedor de lo absoluto, ha llegado ya á los tiempos del Apocalipsis. Las ondas de luminosas ideas, que naturaleza arroja á sus plantas, son los secretos de los pasados siglos, que han perdido las nubes que los manchaban.

Fausto en su carrera reúne todas las ideas y todos los sistemas esparcidos, como rayos quebrados de luz, en la mente de los filósofos y de los poetas.

Así al verle cruzar recostado sobre la gloria, naturaleza se estremece, los filósofos levantan su voz, los sábios abandonan su laboratorio, porque comprenden sin duda que ha sonado en la eternidad la hora de la armonía universal representada por lo absoluto, cuyo santuario es el espíritu humano. Aquella sinfonía de todas las divinidades es el último gemido de una lira que se rompe. Fausto, refugiado en un templo gótico, arca de la alianza, donde se encierran las oraciones y las lágrimas de los hombres, recibe a la mística luz de las lámparas que oscilan como el corazón del creyente, el privilegio artístico (Helena), y de aquel enlace de amor surge la poesía moderna.

Fausto consagró a los pies de Helena el genio de Byron; de ese poeta que cantaba sobre las ruinas de las antiguas instituciones destruidas por el poder del pueblo, resumiendo en sí toda una época.

El canto de Byron fué una blasfemia, su vida una orgía. El mundo le había herido en el corazón, y destilaba sangre. Quería amor, y en-

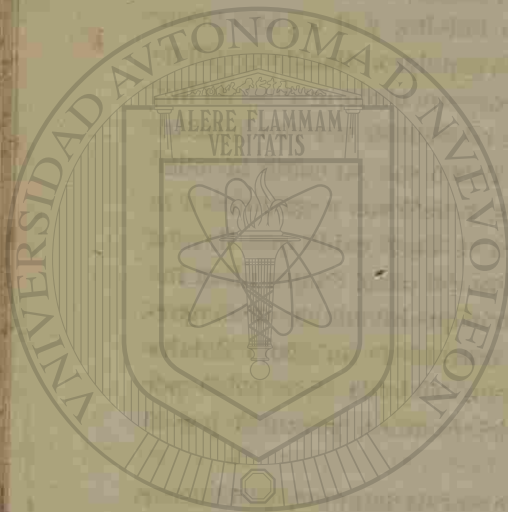
contró desengaños; buscaba ciencia, y en el fondo del saber halló la duda. Tenía en su mente la eternidad, y el tiempo le encadenaba a su carro; concebía lo infinito, y el espacio le encerraba en su triste sepulcro. Nacido al pie de las ruinas, cantó como un cisne; ansioso de luz, ascendió al sol para descubrir tan sólo las manchas de su disco. Turbó con su canto la felicidad de mil pueblos, y dictó sus negaciones a la Europa entera. Era el ángel caído que llevaba en sus manos la lira del cielo. Su grandeza fué su martirio. Por más que intentaba encenagarse en el vicio, la corona de su genio flotaba siempre en el cielo. No tenía fé, y peleó por la fé; se burlaba del hombre, y murió por el hombre.

Aquel poeta, que se reía del amor, fué a buscar amor bajo el cielo de Grecia y al pie de la tumba de Helena. Allí la muerte, compadecida de sus dolores, selló su frente con un beso de paz.

Helena, pues, ha pasado por la imaginación de todos los siglos. El espíritu humano la ha purificado de sus crímenes. Ya no es una mujer, no es una idea. Asentado esto, si contamos con tiempo y espacio, examinaremos cómo los filósofos han juzgado el arte clásico, del cual fué un símbolo Helena.

31 270

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1440, 1525 MONTERREY, MEXICO



DOÑA CAROLINA CORONADO

I.

El arte como la naturaleza es un gran sistema enlazado y coordinado con leyes reales. Lo que en el mundo material llamamos seres ú objetos, en el mundo del arte se llama ideas ó creaciones; el arte se desenvuelve por medio de una série de manifestaciones, que van siendo más adecuadas á nuestro espíritu conforme se van separando del mundo sensible y ascendiendo, á manera de misteriosa escala, al cielo de las eternas armonías. La poesía es la cúspide del arte, su última forma, la expresion más hermosa de lo ideal. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, componen una série ascendente, en que se vé el espíritu desprenderse de las formas materiales y expresar su pensamiento con una forma invisible, que se aseme-

ja á lo espiritual, el sonido, eco del sentimiento. Pero el arte, que resume y compendia todas las artes, sin duda es la poesía, pues como la música, expresa el sentimiento por medio de sonidos; como la pintura, refleja y reproduce la naturaleza; como la escultura, esculpe en la mente la idea del hombre espiritual, siendo, por todos estos títulos, la corona del arte. El pensamiento con todos sus colores, con todas sus bellezas, con todas sus formas, se encarna y manifiesta en la poesía. El fondo de las obras poéticas es el fondo mismo de las cosas; su esencia íntima las verdades universales y eternas; el principio de vida, que anima los seres, las leyes armónicas de esa misma vida, los eternos tipos, que así se manifiestan en la naturaleza como en el espíritu; es, en una palabra, lo verdadero, de que la hermosura no es sinó la esplendorosa sensible forma.

El poeta, sacerdote del mundo, tenido siempre por sagrado en los pueblos primitivos, oráculo que interpretaba los secretos de la naturaleza, los misterios de los cielos; el poeta extendía las ideas guardadas en los murmullos de la creación; descifraba los libros sagrados; guardaba el tesoro de las tradiciones; recibía en su alma el rocío de las verdades celestes; presta-

ba cánticos á los pueblos, á los guerreros; y su voz se repetía como un divino eco de generación en generación, de siglo en siglo. ¿Y esta gran tradición del poeta se había perdido para la historia? No. La Grecia ha muerto, el mar se ha tragado sus colonias, el tiempo ha pulverizado sus ciudades y ha roído hasta sus campos; y en aquellas soledades, aún repiten los vientos, las ondas, las hojas de los bosques, el sacratísimo nombre de Homero, alma de Grecia, que ha sobrevivido á su ruina.

Pero hay un sér superior al poeta, más sensible, más inteligente, más poeta, si cabe hablar así: la poetisa. No extrañará el lector mi afirmación, si recuerda que el más profundo de los poetas modernos, Goethe, llamó al del arte, ideal femenino. No sé por qué el derecho de profetizar, de penetrar en el mundo de lo porvenir, que es nuestra patria (porque nosotros, pobres peregrinos, vivimos por el deseo y la esperanza), el derecho de profetizar, decía, pertenece á la mujer. En el mundo antiguo, allí donde el amor era el placer, una mujer, Safo, anheló esa confusión de dos almas como dos rayos de un astro en un mismo cielo, como dos gotas de rocío caídas en una misma hoja, esa confusión purísima, espíritu del amor cristia-

no, que divino é infinito no vive sinó del recuerdo del sér amado, prefiere los dolores de la desesperacion y de la muerte á la sombría tranquilidad del olvido. El mundo antiguo, eminentemente psicólogo, atribuyó la ciencia poética de adivinar á las mujeres. Mirad sinó la série de sus grandes sacerdotisas desde la Pitonisa de Delfos hasta la Sibila de Cumas; aquella, que une el mundo oriental con el mundo clásico; ésta, que une el mundo clásico al mundo cristiano. Y la mujer, al entrar en el hogar doméstico cristiano, en este santuario, donde resplandece una luz más nueva, no ha perdido su carácter, ántes lo ha santificado, y el cielo le ha conñado nuestra educacion, obra maravillosa, cuya principal guia es el presentimiento, eterno oráculo guardado en el corazon de la mujer. Así, en el siglo diez y seis, cuando la teología ceñuda y sombría atiza el fuego de la inquisicion, una mujer, Santa Teresa, enciende las almas en las llamas purísimas, espirituales, de amor cristiano, y lleva á cabo una gran revolucion teológica, reconciliando á los hombres empedernidos en las guerras religiosas; en el siglo décimo nono, cuando poseidos los hombres del sentimiento revolucionario, escribian con su propia sangre indeblementelos

derechos fundamentales en el espacio, sólo una mujer presintió la existencia del pensamiento que animaba la revolucion, en otro pueblo distinto de Francia y lo libó allí, y despues lo presentó matizado de mil varios colores para admiracion del mundo y enseñanza de las gentes. La mujer, depositaria del sentimiento, ángel que guarda lágrimas para todos los dolores, tesoro de compasion para todos los doloridos, nuestra compañera más fiel en el infortunio, pronta siempre á la abnegacion, amiga del sacrificio, presente con sublime presentimiento los males que nos amargan, ve la nube que empaña la frente, el pensamiento que cruza el alma, conoce todos los secretos que nos agitan, todas las dudas que nos suspenden, y como el iris, cuando nuestra alma cae en negra noche, descompone en seductores matices la luz purísima que viene del cielo y nos vuelve á la virtud y á la esperanza.

¿Y puede la poetisa desmentir este carácter? No. ¿Cuál será la poetisa más perfecta? La que mejor conserve y refleje las cualidades de mujer en sus versos. Pues bien, esta poetisa vive entre nosotros, y se llama Carolina Coronado. No conozco poetisa que le aventaje en conocer la naturaleza de las pasiones, ni que le iguale

en la delicadeza del sentimiento. Doña Carolina Coronado tiene el talento peculiar, íntimo de la poetisa. El artista, para levantarse á tan alto asiento, ha menester sentir en sí todas las bellezas de la naturaleza y volar hasta las regiones más elevadas del pensamiento. Estos dos caracteres profundamente poéticos se encuentran en alto grado en doña Carolina Coronado. Si lo dudais, leed su divino canto, *El amor de los amores*, en que todas las galas de la poesía meridional se unen á la profunda tristeza de la poesía del Norte.

Doña Carolina Coronado ama el arte por el arte. No le preguntéis por qué canta. No lo sabe. Sería lo mismo que preguntar al arroyo, por qué murmura; al astro, por qué produce la armonía en las esferas; á la hoja del árbol, por qué susurra al dulce arrullo de las brisas, y al ruiseñor, por qué en la callada noche interrumpe el silencio de la naturaleza con sus regalados arpegios. La señora doña Carolina Coronado resplandece por su sencilla espontaneidad, carácter principal de las obras de arte. En las ciencias se necesita la reflexion profunda, el raciocinio laborioso, la comparacion sesuda; pero en las artes se necesita la inspiracion, que sin dejar de ser reflexiva y de encerrar en sí,

como la misma naturaleza, un raciocinio, ha de centellear prontamente como la palabra creadora. La Biblia nos dá en esto un gran ejemplo. «Y dijo Dios: habrá luz y hubo luz.» Las obras de arte son creaciones del espíritu humano; pero no son inferiores á las obras de la naturaleza. Las obras de arte narran como los cielos la gloria de Dios; porque son el resumen de todo cuanto hay de divino en el hombre. Pero preguntad á un verdadero poeta la causa que le mueve á cantar. La ignora. El arte nos enseña la verdad en su encarnacion más perfecta, en la hermosura, la *forma* por excelencia. Por eso, tiene virtud para remover el alma en sus más íntimos sentimientos, iluminar sus abismos y darle á gustar el néctar de la verdadera vida. El artista ha de reunir la sensibilidad al pensamiento. Crear no es un trabajo mecánico, sujeto á reglas preestablecidas; no crea el alma sacando de sí misma su virtud. El poeta necesita pensar é imaginar. La imaginacion dá forma sensible á la idea. Así es que la razon dá el alma de la obra de arte, y la imaginacion le dá el cuerpo; la razon dá la idea, la imaginacion, la imágen.

Por eso los filósofos alemanes han pretendido que la estética ha de unir sintéticamente to-

dos los sistemas filosóficos; union que el eclecticismo ha intentado con un procedimiento irracional, ó cuando ménos empírico. Creo haber explicado así el secreto de la profunda impresion que producen las obras de arte de la poetisa que examino. Resplandece en ellas la idea, la verdad revestida con todos los resplandores de la hermosura, de la forma. No conozco en nuestro parnaso moderno cantor más fiel, más ingénuo de la naturaleza. En sus versos se oye el eco de los montes y de los bosques, se aspira el aroma de los campos. El perfume que exhalan; se parece al ambiente de una campiña del Mediodía, perfumada por el azahar, la zarza-rosa, el lirio del roble. Es su poesía la naturaleza misma transfigurada en su ardiente imaginacion.

Cuando en medio de las fingidas pasiones de una engañosa civilizacion, entre este zumbido de ideas absurdas, de rumores que turban la mente, vuelvo los ojos á una de esas dulces composiciones de la sin par poetisa en que se retrata la celeste luz de esplendorosos horizontes, el serpentear de los arroyos que arrastran en sus ondas las hojas caidas de la zarza-mora, el vuelo misterioso de la golondrina, el dulce mecerse de la palma que parece huir de la

tierra; el espectáculo de esa vida universal, en que nadan tantos séres; mi alma, amante de la libertad y amiga de la naturaleza, se goza en tan hermoso cuadro, como si desde este estrecho recinto en que vive, contemplara renovarse la creacion, cual una flor en la feliz y dulce primavera.

Así ha dejado en mi alma su poesía, como el cuadro del espacio en que nació. Me parece ver siempre la cabaña, el alto monte, el rio precipitándose espumoso entre las peñas y formando esa gigante armonía del torrente, la tórtola anidando á la sombra de los arbustos, la blanca paloma, y sobre todos estos objetos cernerse, dándoles nueva vida, voz, pensamiento, el alma de la poetisa, pura como una ilusion, matizada de los átomos desprendidos de las flores, como las bellas alas de una pintada mariposa. Pero embellecer la bella naturaleza, obra grande es, mas no tan grande como embellecer el hogar doméstico, esa segunda naturaleza del hombre.

Hace ya algun tiempo, un gran poeta saludaba con júbilo el advenimiento á la poesía de una ignorada niña. Este poeta, romántico por excelencia, habia anidado la duda en su mente, la desesperacion en su pecho. Su imagina-

ción era como una de esas grandes y hermosas flores del Trópico, que ocultan una serpiente. Recibió del cielo nacaradas alas de ángel, y las manchó revolcándose en el lodo de la tierra. Sentía esa sed de bien, que el mundo no puede saciar, y desconoció la fuente de donde baja el purísimo manantial que apaga la sed del alma. Y un día fijó sus ojos en la niña que cantaba la hermosura de la naturaleza y la saludó alborozado. Espronceda sabía que al saludar á Carolina, saludaba una nueva poetisa; pero ignoraba que saludaba también una nueva poesía. Materia será esta de nuestro segundo artículo.

II

Decíamos en nuestro anterior artículo que Espronceda, al saludar la nueva poetisa que nacía en su feliz valle, ignoraba saludar una nueva poesía. Y en efecto; entonces el romanticismo, esa poesía encendida en los hornos de fratricidas y tremendas guerras, había secado los corazones de los poetas, que destilaban algunas gotas de negra y emponzoñada sangre, pero no una lágrima, premio decretado sólo á la ternura y elevación del sentimiento. Carolina, jóven inspirada por la lira de su corazón;

humedecido su pensamiento, como flor en capullo, por el rocío de la naturaleza; pura su alma como un celaje del horizonte, que desde la niñez la cobijaba, vino á llorar cuando todos los ojos estaban secos; á suspirar cuando la duda había abrasado todos los labios; á sentir cuando todos los corazones eran como desiertos; á recordar el cielo á los que, pegados al terruño, siervos de sus pasiones, no se despertaban á presentir otra pátria para esta alma aprisionada en su cárcel de barro, ni pedían consuelos á la dulce y santa esperanza, esa última gota del néctar de la vida que no es dado consumir al dolor. La poetisa cantaba desde sus montes, como el ruiseñor cuando pasa la tempestad canta desde su nido, sobre los árboles desgajados por el rayo ó tronchados por la corriente; y cantaba sin conocer que sus arpa-dos gorgoros eran la resurrección del sentimiento, del amor, de la fé que había huido del mundo entre el estruendo de ardientes maldiciones y escépticas carcajadas.

En aquella sazón había otra escuela que buscaba la vida en la muerte, y creía que la eterna musa del poeta es el génio de sus mayores, sin comprender que cuando las civilizaciones cambian, cuando nueva savia circula por el

eterno árbol de la vida, es huir la luz buscar en formas ya gastadas y rotas la centella de la inspiración. Carolina huía instintivamente de este segundo escollo. Confiando en su espíritu, oyendo ese canto interior que embelesa al feliz mortal nacido poeta, antes de que logre vaciarlo en la imperfecta nota que se llama palabra; la joven cantaba, no desordenadamente como los románticos, ni á la manera antigua como los clásicos, cantaba los mundos de ideas y de seres que el espíritu y la naturaleza, esos dos reflejos del eterno pensamiento, hacían brotar en su alma, estrella nacida para brillar sobre los sepulcros donde se habían refugiado los clásicos, y rielar en las mismas brumosas tempestades donde el arte romántico creía encontrar su vida y su alma.

Acuerde el lector la exaltación de las pasiones, el ruido que formaban aquellas orgías donde el crimen tenía tantos cantores, la ausencia de todo sentimiento tierno, la consagración de todo lo monstruoso. Byron, bebiendo vino bárbaramente en el cráneo de burlados maridos; Espronceda, mirando á Teresa morir maldecida por sus hijos; Víctor Hugo, partiendo como el anatómico los corazones, pero los corazones vivos, palpitantes aún, para ana-

lizarlos; Larra, cerrando voluntariamente los ojos á la luz del día, por no ver el mundo; y Zorrilla, poniendo aquellas manos, que más tarde habían depulsar el arpa de los poetas católicos, sobre un cadáver, y preguntarle por el no ser... Acuerde aquella embriaguez de pasiones que había hecho de la casta musa del arte cristiano una bacante, y se verá qué impresión tan honda, tan profunda, debía hacer en el ánimo de las gentes una poesía tierna, sencilla, pura; una poesía que lloraba, y que debía parecer á aquella sociedad, descreída y enferma, como un sueño de paz, como un ángel que descendía del cielo.

Siempre ha sido esta la condición de la mujer, pues en el mundo seca las lágrimas, consuela los dolores. Ya lo decíamos de la mujer que en el siglo diez y seis pasmó al mundo con su elocuencia.

Quizá creerán algunos que exageramos la importancia de la poetisa Carolina Coronado. Los que tal digan no comprenden cómo las artes influyen y dominan en la vida. No es posible medir su importancia, como no es posible medir el espíritu. En el mar insondable de la vida las lágrimas de un poeta endulzan muchas amargas ondas. ¡Cuántas almas cerradas á la

esperanza, al amor, habrá consolado nuestra poetisa, cuando hace aparecer, sobre los varios fenómenos de la naturaleza, á Dios enlazando en la ley del amor lo mismo el astro que la luciérnaga, lo mismo las corrientes de los mares que la pequeña gota de lluvia que pende temblorosa de la hoja de un árbol, lo mismo el pobre insecto que al hombre, señor de la creación. La naturaleza parece rejuvenecerse en la imaginación de la poetisa, y el alma purificarse con la naturaleza. Esa mística armonía del mundo interior con el mundo exterior, del espíritu con la naturaleza, que pocos comprenden, se siente en todos sus versos.

Su alma, llena de creencias, de virtudes, impresionada dulcemente por esa renovación perpetua de la vida, que vé en torno suyo como una fuente eternamente manando cristalinas aguas, revolotea sobre todos los objetos, recoge los átomos que de ellos se desprenden, liba su miel, y despues, trasformándolos á la luz de su idea, nos presenta una nueva creación teñida con los destellos de cándida inocencia, como ese paraíso cuyo recuerdo habita en nuestra memoria y cuya esperanza posee nuestro corazón. ¡En cuántos espectáculos de la naturaleza, que nosotros profanos á la poesía

no entendemos, encuentra Carolina una fuente de inspiración! La rosa silvestre que se deshoja, la paloma que arrulla sus hijuelos en el oculto nido, la bandada de gilguerrillos que comienza á cortar con sus nimias alas el aire, la primera estrella que nace entre las dudosas sombras del crepúsculo, el rumor de las hojas mecidas por el aire; todos esos varios cuadros de la naturaleza, todos esos rumores de la creación, notas del eterno canto que lo creado levanta á su Creador, se repiten, se hermocean en versos de la inspirada poetisa, que criada en el seno de la naturaleza, parece haberle arrancado su inspiración y haber recibido de ella en premio del amor que la profesa, la esencia de sus divinos aromas.

La poesía de Carolina Coronado tiene un fin; quizá la poetisa no se lo ha propuesto, pero el fin nace de sus mismos versos, que brotan con la espontaneidad con que brota en la mente el pensamiento. Y el centro de gravedad de todas sus ideas es la virtud. Embellecerla, hacerla amable, enseñar el camino que á ella conduce, poseer la virtud, eso enseña Carolina Coronado. Quizá conoce el corazón humano mucho mejor que los filósofos dados á su estudio. El hombre puede llamarse Kant, y escribir la Crí-

tica de la Razon Pura. Sondeará los abismos de la conciencia, descubrirá las facultades humanas, señalará sus leyes y hasta sus límites; ese espíritu, con toda su realidad, descenderá á sus investigaciones, y podrá con su mirada de águila llegar hasta el fondo de su medrosa profundidad. Pero el corazon, esa arpa cólica que canta herida por todos los vientos, así los que descienden del cielo como los que se levantan de los abismos; el corazon, ese ciego que todo lo vé, ese oráculo que muchas veces hace con sus presentimientos enmudecer á la razon; el corazon, nuestro profeta, imán de todas nuestras acciones; el corazon, lámpara sagrada donde se guarda el fuego de la vida, sólo se revela á la mujer, y por eso Dios la ha destinado para educar el género humano, y por eso la mujer es madre. Fenelon, ese hombre que tiene tantos sentimientos femeniles y delicados, no hubiera podido nunca escribir el *Amor en el matrimonio* de Mme. Stael, esa mujer que tiene tantos sentimientos varoniles.

Así es que el rasgo característico de esta divina poetisa es el conocimiento del corazon humano. Yo no conozco delicadeza, si es permitida la expresion, más delicada. Cuando la poetisa se inclina como el ángel custodio sobre

la cuna de su tierna hija, se siente latir en sus versos el corazon de las madres. Así como repite el piar de los pajarillos cuando imita los ruidos de la naturaleza, cuando dicta oraciones á su hija, Carolina escoge palabras que revelan el sentimiento de la inocencia, el recuerdo de la niñez. De esta suerte se puede decir que ha recorrido toda la escala de las grandes pasiones humanas, de esas pasiones que conducen nuestra vida á su verdadero puerto. La poesia de Carolina Coronado es una ofrenda en los altares de la virtud. Muchos poetas han puesto al servicio de la desesperacion, de la duda, su génio; Carolina parece uno de aquellos místicos cantores que iban anunciando la buena nueva y prometiendo el cielo. Sólo así se concibe y se explica el poeta. Dios no le ha dado inspiracion, no ha puesto en su mano esa lira de oro para que atormente al hombre; no, su fin es más alto, el arte es nuestra única consolacion. Yo busco siempre en el corazon del poeta un santuario donde guarecerme, para huir de la sociedad y del mundo; le pido palabras para hablar á Dios, le ruego que me levante en sus alas sobre las tempestades y me lleve á mirar frente á frente el sol de la verdad. Para andar por este bajo suelo no le necesito. Yo

quiero que el poeta apague la sed de lo infinito que me abrasa. Por eso desde niño he amado al Dante, á Calderon, á Lamartine, á todos los que me hablan de mi patria, que yo, aunque pobre y miserable, conozco ser el cielo. Klopstock será por mí bendecido todos los dias; si alguna vez la luz de mi fé temblara, la revivirían sus versos. Los ángeles del nuevo testamento han descendido del cielo, invocados por sus poderosos acentos. Pero vosotros, poetas de la duda, vosotros me pareceis siempre aves nocturnas. Escondeis la luz en las cavernas, la luz que vuestras almas habian bebido en Dios. Yo no conozco poder más grande que el poder del poeta; por eso me duele que su voz se pierda en lo vacío, ó se consagre al mal. Hé aquí la razon principal de la profundísima admiración que me inspiran los cantares de la poetisa de que hablo. ¡Cuántas veces sus versos han secado las lágrimas de los infelices! ¡En cuántas ocasiones el alma dolorida y acongojada se levanta á la esperanza, al dulce son de esa lira que produce tan divinas armonías! ¡Oh! Carolina Coronado no ha perdido el canto, no. Antes cantaba la naturaleza, ahora enseña á orar á su hija. Pero siempre será poetisa. Podrá querer romper su lira, pero la inspiración

será siempre el alma de su alma. Carolina, que señala una revolución del espíritu de nuestra poesía, volverá á pulsar sulira. Nosotros lo deseamos en bien de nuestra patria, en bien de las artes. Carolina, tan joven aún, ha dejado de sus cantares un eco que nunca se perderá. Enumerar sus obras será el objeto de nuestro tercer artículo.

III

La poetisa de que tratamos ha cultivado con éxito singular la literatura en todos sus varios desenvolvimientos. Si sus versos respiran ese perfume del sentimiento, su prosa resplandece por su delicadeza y ternura. La lengua española, que tanto tiene de guerrera y fuerte, en las obras de esta poetisa cobra una dulzura indefinible. Indudablemente el español muestra en sus composiciones su vária flexibilidad, que es uno de sus más gloriosos timbres. Su prosa tiene también la armonía imitativa de sus versos. *Jarilla*, coronada de flores, vagando por los bosques, pura como el ensueño del primer amor, misteriosa como una de esas sombras que forman los rayos de la luna al quebrarse en la espesa enramada, mirándose bajo la

zarza-rosa en el arroyo que lleva en sus ondas las hojas de los lirios del valle, embebida en su pensamiento, del cual sólo le distrae el arrullo de la tórtola ó el vuelo de la blanca paloma que cruza sobre su cabeza; *Jarilla*, creacion purísima de la poetisa, produce con sus sencillas y poéticas palabras cantares tan dulces como las endechas del ruiseñor en callada noche de estío. La profundidad del pensamiento, la exaltación de las grandes pasiones, el vuelo majestuoso del espíritu sobre las grandes tempestades del mundo, todo lo que forma el género filosófico en la novela, se echa de ver en la *Exclaustrada*, composicion capital de la poetisa, que el público aún no conoce, y que es sin duda nueva y desconocida faz de su privilegiado ingenio. Bien es verdad que el público no necesita de nuestros encarecimientos para comprender el sentido filosófico que preside á muchas de las composiciones de doña Carolina Coronado.

El público no ha olvidado, no ha podido olvidar su bellissimo paralelo entre *Safo* y *Santa Teresa*, dos mujeres examinadas y descritas por la delicadísima pluma de una mujer. ¿Dónde se encontrará una descripcion más acabada y perfecta, observaciones más delicadas,

puntos de vista más nuevos? Muchas veces al leer esa bellissima produccion he creido ver el mar Egeo, sereno, azul, puro como el cielo de Grecia; sus olas quebrándose mansamente contra la faja de oro de la orilla, la campiña risueña, cubierta de mariposas y de abejas libando aquella miel que gustaban los dioses, y en medio de aquel risueño espectáculo de la vida que late en todos los seres, Safo, con los ojos errando en los espacios, los labios contraidos, trémulas sus manos, rompiendo las cuerdas de su lira, la desesperacion rebosando en el pecho, y desde el alto y aislado peñasco buscando con anhelo en el mar la muerte, para apagar en las espumosas ondas el fuego de amor en que arde su corazon. Y despues, volviendo los ojos á nuestra España, he visto animada de nuevo por el ingenio poético la hermosa figura de Santa Teresa, de rodillas al pié de los altares, embebida en su pensamiento, apasionada de Dios, que resplandece en su alma como el sol en los puros horizontes, perdida en deliquio de amor infinito, en una oracion amorosa; con su corazon trabajado por todas las grandes pasiones, que á manera de puro incienso se levantan de la tierra y en azulada nube se pierden en el cielo, y con su pensa-

miento, animado siempre con ideas infinitas, el fuego amoroso de su abrasado espíritu.

Pocas veces hemos visto con más verdad realizado el poder que Dios decretó al génio, de volver á la vida los seres arrebatados á la muerte. Este trabajo, que llamó profundamente la atención pública, se distingue por una sagacidad tal, que desde luego se ha de ver que los ojos de una mujer de talento, á manera de un microscópio, descubren hasta los más pequeños átomos del sentimiento, hasta los más desvanecidos matices del alma de una mujer. Por eso decíamos en uno de nuestros anteriores artículos, que el génio del hombre podrá estudiar y conocer la profundidad del pensamiento y los abismos del espíritu humano; pero el corazón es un oráculo que sólo revela sus misterios á la mujer. Si alguna duda pudiera caber, léase el paralelo entre Safo y Santa Teresa.

Son también un modelo en su género las cartas, que describiendo un viaje, publicó *La Ilustración*. Sucede con estas bellísimas epístolas lo que sucede con las cartas de un viajero que escribió Jorge Sand. En ellas está impreso el corazón de la mujer. Delante de los monumentos del génio no recuerda la grandeza de los

conquistadores, primera idea que asaltaría á un hombre; no, recuerda los torrentes de lágrimas y sangre que ha costado esa gloria, las infinitas madres que en los combates habrán perdido sus hijos, pedazos de su corazón. Cuando entra en las iglesias teatrales de Francia, recuerda el espíritu religioso de la patria, la poesía del culto español, la Virgen, que se levanta en los patrios campos, y que recibió amorosa las flores y los cantares que le ofrecía la inspirada poesía.

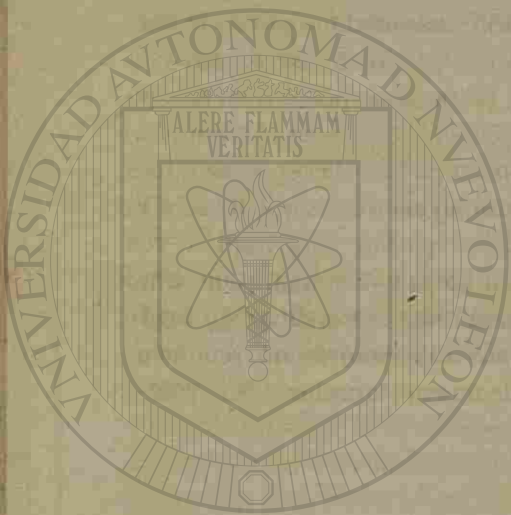
Entre sus más acabados cuadros, donde más luce su ternura, es en la carta que describe una visita al gran Víctor Hugo. La paz del hogar doméstico se vé en esta producción escrita con admirable fidelidad. Carolina se olvida que está delante del génio para contemplar su familia con la ternura del corazón de mujer. Y cuando en aquel santuario, vé cruzar, con sublime presentimiento, el rayo de la desgracia. Y no se engañaba nuestra poetisa. Poco tiempo después, el gran poeta, desde extrañas playas, veía rota la tribuna, el pedestal de su gloria, y esclava su amada Francia; y vertía lágrimas de desesperación, que no podían secar las amadas auras de la patria. Estas epístolas son bellísimas, y es de sentir que no las hayamos visto conclui-

das. En el arte dramático tiene también Carolina algunas producciones. El demasiado lirismo de su imaginación daña el conjunto del drama. Sin embargo, el lirismo, que en otro tiempo fué blason de los poetas dramáticos, tiene en su contra hoy la prosa que, cual absoluta señora, domina en el teatro. Una literatura superficial, que se precia de cultivar el sentimiento y apenas llega al corazón, ha querido cortar sus alas al genio, como si Shakespeare, Calderón y Schiller dejaran de ser los dioses del teatro por haber dado libertad al lirismo más exaltado en sus magníficos y monumentales dramas.

Doña Carolina Coronado, en las escenas de sentimiento, arrancará siempre lágrimas á los ojos. Recuerdo una de estas composiciones, en que representa el gran Petrarca, que se queja en son doliente con tan dulces palabras, que parecen á los suspiros que en los jardines de Valledusa consagra á su adorada Laura, ideal de su vida, alma de su alma.

En las composiciones poéticas, no sabemos qué elegir. El ánimo suspenso, no sabe qué flor escoger de esa preciosa corona. Carolina canta el amor de los amores, la Virgen de la pequeña ermita, la tempestad que cruza por los montes

y que estrellan en las cumbres, por sus piés holladas, las olas de electricidad; canta la paloma que bebe en la fuente del valle, el arroyuelo que murmura entre las sonantes cañas, la zarza-rosa que dá sus pétalos á las brisas, y si abandonando la naturaleza penetra en el espíritu, su palabra inspirada deja en el sentimiento estrélla luminosa de fé y de esperanza. Débilmente he resumido los títulos que tiene á la consideración de su patria. Hoy alguna vez pulsa su lira para dormir á su hija. ¡Qué canto tan dulce! Ocupando hoy tan distinguido lugar en el Parnaso, sus admiradores no renunciámos á verla ceñir nuevos laureles á su frente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA UNIVERSALIDAD DE LA DEMOCRACIA

El distinguido escritor peruano D. José Silva Santisteban, acaba de publicar en Lima un libro sobre *Derecho constitucional*, en cuya frente ha puesto nuestro insignificante nombre, libro profundamente meditado, escrito con esos colores que sólo presta el amor á la libertad; verdadera imagen de un alma, que desoyendo el ruido de las grandes tempestades por que atraviesa fatalmente la América del Sur, se arropa en contemplar esa region luminosa de la eiencia, á la cual no llegará nunca la negra noche de nuestras alteradas pasiones. ®

No podemos pagar las lisongeras é inmerecidas palabras que nos dedica este ilustre escritor, y el saludo que de allende los mares nos envía, sinó anunciándole que hemos comprendido que esas palabras no son tributos pa-

gados á un hombre, que nada vale, sinó muestra evidente de que las doctrinas, por nosotros con tanto entusiasmo profesadas, doctrinas de paz para todas las naciones, de libertad para todos los hombres, de amor entre todas las razas; esas doctrinas democráticas, como nacidas del seno de la razón humana, que tiende en todas sus obras á lo incondicional, son unás mismas en todas las latitudes del globo, así en este viejo mundo, sembrado de ruinas, como en ese nuevo mundo que se levanta puro, ceñido con todos los resplandores de su virgen naturaleza, entre las ondas del soberbio Atlántico.

Y no puede ménos de ser así: todas las doctrinas políticas que nos han precedido, están manchadas de sensualismo; ora se inclinan medrosas ante el tiempo, esa ley de lo más tosco y terreno que hay en nuestra alma; ora creen que deben plegarse al clima, encerrando las ideas que son del cielo, en el polvo donde se mueven los insectos; ora se dejan dominar por el acontecimiento, que huye por el instante, que pasa, por todo lo contingente, que muere; ora se agarran á los sepuleros y se alimentan de cenizas, mientras nuestra hermosa idea nacida de toda la profunda elaboración del es-

píritu moderno, fundada principalmente en la razón; hija de la naturaleza humana, y su reflejo más puro en la sociedad, cree que los principios de justicia son eternos como Dios, de quien proceden, y que la libertad es una como el hombre en quien reside, y que las leyes sociales encontradas ya por la ciencia, tienen principios tan fijos é inquebrantables como las mismas leyes que ordenan y conciertan los mundos y las esferas en los infinitos espacios.

Es suponer al hombre inferior al bruto, y estimar la raza ménos que el instinto, el creer, como creen muchos, que nuestra alma no tiene en sí un principio social, un derecho, que es á su vida lo que el centro de gravedad es á los cuerpos. Este principio, este derecho incontrastable, lo necesita nuestro espíritu, como nuestro cuerpo, como nuestra organización necesita del espacio. Es verdad que se lo ha regaleado el tiempo, es verdad que no lo ha tenido en toda la historia; pero si miramos con atención las diversas épocas de la dilatada vida de la humanidad, veremos que todos sus grandes movimientos se encaminan á conseguir ese principio, á grabar indeleblemente ese derecho. Aun prescindiendo de la historia antigua, en los tiempos modernos cada paso que dé el

hombre, le acerca más á esa tierra prometida.

Al pié del castillo feudal, yace el siervo, sin ley, sin derecho, sujeto á la impia voluntad de su dueño, encorvado bajo la inmensa pesadumbre de su trabajo, falto de propiedad, apurando hasta las heces de amarga copa del dolor; pero ese siervo se diferencia del esclavo antiguo en que tiene un mismo Dios que su dueño, una misma religion; y así de esta igualdad religiosa regada con la sangre de un divino mártir, más tarde ó más temprano se levantará su libertad, escrita ya con caracteres indelebles en su frente.

Y en efecto; vienen las cruzadas, nacen los municipios, los reyes se ciñen sus armas, las universidades se levantan orgullosas, los códigos uniformes aparecen al lado de los tronos, la pólvora mina por su base los castillos, la imprenta lleva á todas las conciencias, como un apóstol de la libertad, las ideas, y el mundo de la Edad media, merced á tantos y tan rudos golpes, se desploma, y entre sus ruinas se quiebran y desaparecen las pesadas cadenas del desgraciado siervo. Mas entonces los reyes absolutos, verdaderos tribunos de esta gran revolucion política y social, los reyes que habian arrojado sobre los nobles sus guerreros,

sus jurisconsultos, sus pueblos; roto ya y hecho trizas el feudalismo, creen que van á contener aquel movimiento, que van á poner diques al torrente por su propio poder impulsado, y fingen forjar con un rayo de la aureola de Dios una corona para sus sienes, y llamándose representantes del poder y del derecho divino, dicen al espíritu: de aquí no pasarás, creyendo contenerlo en un dique de arena, como Dios habia contenido el mar, cuando el espíritu humano, como progresivo, rompe todo limite que no sea la ley de su propia naturaleza.

Y entonces las olas comienzan á subir, y los reyes absolutos á ponerles diques, hasta que una tremenda tempestad, en cuyo seno se oye aún el eco de la voz augusta de la Providencia, esparce por el suelo rotas y sin brillo las coronas de derecho divino, que no volverán jamás á brillar en la historia, como no ha vuelto á surgir del seno del tiempo el ya roto y deshecho feudalismo.

Del seno de esta gran tempestad nace el hombre más libre, y más fuerte, y más poderoso. Su razon sojuzgada se levanta á la libertad, su voluntad oprimida origina la ley, los privilegios sociales que separaban unas clases de otras clases, unos códigos de otros códigos,

unos tribunales de otros tribunales, se rompen; la ciencia, patrimonio ántes de unos pocos, descende en lenguas de fuego sobre todos; el poder concentrado en unas manos, se difunde como la vida por toda la sociedad; el hogar doméstico, abierto ántes al señor que profanaba hasta el lecho mismo de la familia, es sellado con el sello augusto de la ley; el hombre comunica sus ideas con sus hermanos; la propiedad se desamortiza y se mueve y progresa; el trabajo se emancipa; la imprenta redime las conciencias; la libertad de comercio, cada día más próxima, borra las fronteras, une los pueblos; la electricidad derrama con la rapidez de la luz la palabra del hombre por toda la tierra, y aprisionada en leves hilos atraviesa los mares y habla á un mismo tiempo á todas las gentes, como si palpitara ya un sólo corazón en la humanidad; y mientras el verdugo baja poco á poco los escalones del cadalso que se arruina, y las armas de la guerra se van quebrando, la industria, el derecho de gentes, la civilización, la fuerza de las ideas, la libertad fecunda y hermosa va uniendo á todos los pueblos, más dignos ahora que nunca, por su grandeza, del amor y de la protección del Eterno.

Y todas estas maravillas que vemos, que

tocamos, todas estas maravillas son hijas de una libertad mesurada; de una libertad perseguida por continuas reacciones; de una libertad, que sola ha brillado ó al través de las nieblas ó entre el fragor de la tempestad; de una libertad muchas veces revolucionaria que ha pasado sobre nuestra frente como las amargas olas de una inundación; de una libertad, en fin, que combatida por distintos y encontrados enemigos no ha podido aún fecundar con su amor toda la tierra.

¿Qué sería si se realizase la última evolución de la idea liberal que se llama democracia; qué sería el mundo? La personalidad humana perdería las últimas cadenas, que aún hoy la oprimen; la paz reinaría sobre toda la tierra; el orden fundado en el derecho, y como el derecho inquebrantable, no sería ese orden silencioso que tanto se asemeja en los pueblos esclavos á la paz de los sepulcros; el hombre instruido en sus deberes, ejerciendo sus naturales prerogativas, no vería en ningún hombre un enemigo, sino en todos hermanos; la libertad dentro de sus naturales condiciones, y de ninguna suerte violentada, uniendo y concertando unos pueblos con otros pueblos, brillaría pura como el sol en un cielo sin nubes; el trabajo libre, la

propiedad asegurada, los últimos privilegios muertos, el derecho concedido no al oro, sino al espíritu humano; el pensamiento luciendo en todas las frentes, inundando con sus resplandores todas las conciencias; las naciones dentro de sus fronteras como el individuo en su ley; todos estos bienes harían de la tierra, donde nos envió Dios á realizar nuestra ciencia, un templo, y del hombre el verdadero rey de la naturaleza.

Y este bien es fácil, es hacedero. Comparemos los tiempos que han pasado con nuestros tiempos. ¿Quién le hubiera dicho al siervo que había de ser suyo su trabajo? ¿Quién que él y su señor habían de estar sujetos á un mismo código, á un mismo tribunal y á una misma ley? ¿Quién le hubiera podido profetizar que tendría libertad y derecho para formar las leyes? Pues bien, si esa clase media, hoy tan ufana, buscara en las cenizas de los tiempos pasados los huesos de sus padres, encontraría que todos esos huesos llevaban aún la marca de la servidumbre; pues mientras sus padres pasaron largos días de afrenta y de oprobio, la clase media hoy es propietaria, gobierna, influye en la sociedad, y de los huesos y de las cenizas de los esclavos han salido los reyes, los verda-

deros reyes de los tiempos modernos que en sí concentran hoy la libertad y la fuerza.

La trasformacion que nosotros pedimos no es ménos justa y necesaria que la trasformacion social por que ha pasado nuestro siglo. Nosotros pedimos sólo que se realice en todas sus partes la idea del derecho. Pedimos que el hombre ejerza la libertad de su razon en la prensa, sin sujetarse al vil metal, que es un absurdo privilegio; pedimos que ejerza su libre juicio en el jurado; pedimos que practique su voluntad por medio del sufragio; pedimos que pueda asociarse con sus hermanos; pedimos que no se pierda la actividad de unos, mientras se aprovecha la actividad de otros; pedimos la igualdad política en armonía con la igualdad civil ya conquistada; pedimos que los derechos sean iguales lo mismo que los deberes; pedimos todo lo que ha proclamado la razon y la ciencia en sus grandes manifestaciones y en sus profundas enseñanzas.

Y nunca más que ahora conviene concretar estos principios, ahora que se duda de nuestras ideas acerca de la soberanía nacional. Ábrase el libro de que tratamos y se verá que á través de millares de leguas, en apartado continente, en un medio social distinto, y en bien

diferentes circunstancias, un pensador democrata, que sólo oye la voz de su conciencia y los sentimientos de su corazón, sostiene que la soberanía nacional es ilusoria, engañosa, es como la burlesca inscripción que los jueces de la tierra pusieron en la sagrada cruz del Salvador del mundo, si no se funda y sostiene en todos los grandes y ya definidos derechos que constituyen la augusta personalidad del hombre. La libertad; sí, la libertad es el principio que todo lo resuelve y armoniza; pero la libertad es imposible si no se generaliza, fundándose en la igualdad natural de todos los hombres.

Y no hay más remedio que, ó bajar la frente ante esta libertad, ó enterrarse en el polvo de lo pasado. Esa libertad está en todas las conciencias, y es la esperanza de todos los corazones. Los que la niegan, la aman; los que la odian, la practican. Esa libertad es buena, es clara como el sol. En vano la maldecireis; lleva en su seno el poder de la Providencia y la vida del mundo. En vano le atajareis el paso; seguirá su camino pulverizando los castillos, extinguiendo las hogueras, bajando á la choza del oprimido, uniendo en amor á todos los hombres. Para esa libertad se han obrado to-

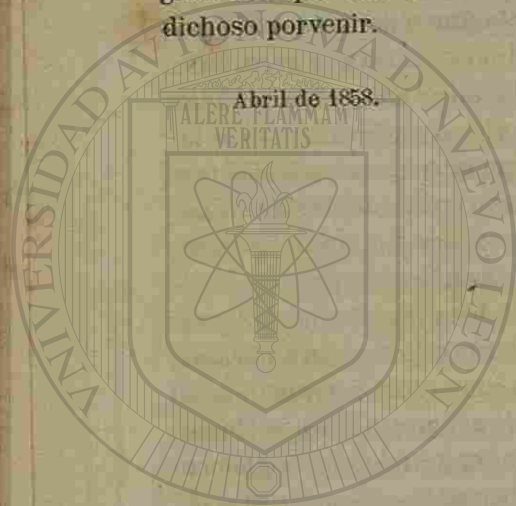
das las maravillas del mundo moderno; la pólvora, la imprenta, el vapor, la electricidad, el crédito, han sido sus soldados.

Esa libertad es el númen de nuestra civilización. Napoleón III no se atreve á negarla; en su omnipotencia la mira aún como la única sanción de su victoria; el autócrata ruso la lleva con sus propias manos hasta los labios mismos del mísero siervo encorvado sobre la gleba; la América la reconoce por su única estrella en medio de sus grandes tempestades; toda la vieja Europa abandona por ella sus antiguos ídolos; Italia sacude sus cadenas para abrazarla; España la sigue con ardor, derramando en sus aras torrentes de sangre; Bélgica y Holanda la conservan y engrandecen; Inglaterra destruye con esa libertad los últimos restos del feudalismo, y todos los hombres comprenden que ese sagrado principio es el pacto verdadero de la alianza de toda la humanidad en la tierra.

La voz de nuestro amigo que atraviesa las distancias, y se oye, á pesar del ruido de las olas que nos separan en este viejo mundo, nos dice y nos enseña que esa libertad no puede morir; antes cada día cobrará más vida, porque en todos los pueblos, en todos los continen-

tes, do quier fije el hombre la planta, en todo el mundo se siente el fuego, el calor de esa gran idea que va á ser el eterno sol de nuestro dichoso porvenir.

Abril de 1858.



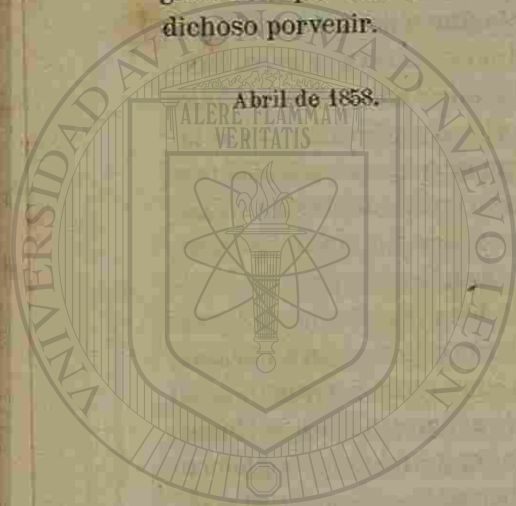
ITÚRBIDE

por D. Carlos Navarro y Rodrigo diputado constituyente.—Imprenta y librería universal, Arenal. 16.

Un libro histórico más añadido por el señor Navarro y Rodrigo á Cisneros, á O'Donnell y su tiempo; libro escrito en estilo elegante, pensado con madurez, á mis creencias opuesto; pero obra de un criterio, si erróneo, firme y jamás desmentido ni en una sola línea. El Sr. Navarro es diligente en el estudio, sistemático en las ideas, sóbrio en la expresion, vigoroso en la contienda, implacable con sus enemigos, y dado á buscar en tiempos pasados ejemplos para el nuestro, y aún con el nuestro semejanzas, cosa no extraña si atendemos á que el hombre es un sér fundamentalmente idéntico en todos los siglos, y á que la historia es una tragedia muy uniforme, como las tragedias clásicas, y á veces muy monotonía.

tes, do quier fije el hombre la planta, en todo el mundo se siente el fuego, el calor de esa gran idea que va á ser el eterno sol de nuestro dichoso porvenir.

Abril de 1858.



ITÚRBIDE

por D. Carlos Navarro y Rodrigo diputado constituyente.—Imprenta y librería universal, Arenal. 16.

Un libro histórico más añadido por el señor Navarro y Rodrigo á Cisneros, á O'Donnell y su tiempo; libro escrito en estilo elegante, pensado con madurez, á mis creencias opuesto; pero obra de un criterio, si erróneo, firme y jamás desmentido ni en una sola línea. El Sr. Navarro es diligente en el estudio, sistemático en las ideas, sóbrio en la expresion, vigoroso en la contienda, implacable con sus enemigos, y dado á buscar en tiempos pasados ejemplos para el nuestro, y aún con el nuestro semejanzas, cosa no extraña si atendemos á que el hombre es un sér fundamentalmente idéntico en todos los siglos, y á que la historia es una tragedia muy uniforme, como las tragedias clásicas, y á veces muy monotonía.

De todos modos, el libro del Sr. Navarro y Rodrigo, que es, en la intencion de su autor, apología de la forma y de las tradiciones monárquicas, enseña á nuestros monárquicos, y sobre todo á los monárquicos constituyentes, que no valen ni la antigüedad de un gobierno, ni las glorias que haya tras sí dejado en los hábitos de los pueblos en obedecerlo, para contrariar la idea general y progresiva, de cuyos matices los hechos se tiñen, como la corriente perdida en el hondo valle se tiñe en los matices del cielo.

El criterio que al libro del Sr. Navarro preside, es un patriotismo á la antigua. Para él, conservar América, aquel territorio inmenso, era el bien de los bienes. En su culto por la grandeza material de España, culto nacido de grandes sentimientos, olvida las ideas y los intereses humanos. Olvido, pues, de que las tendencias universales de la civilizacion serán siempre tendencias incontrastables, atribúyese la pérdida de las Américas á los legisladores del doce, á los liberales del veinte, á la dichosa culpa de Riego, que forzó las puertas de nuestra cárcel de tres siglos. —¿Por qué no culpar al espíritu humano? —¿Por qué no exigir responsabilidad á la conciencia universal?

Párese el Sr. Navarro y Rodrigo á considerar que podemos colonizar en Asia y en África, pero no podemos colonizar en América. En Asia, Rusia se ha extendido gigantescamente; Francia ha tratado de erigirse en imperio; Inglaterra posee la cuna del género humano, y España conserva islas preciosísimas, por las cuales no se siente correr ni una aspiracion á la independencia. Y al revés sucede á estas mismas naciones en América. Rusia ha entregado sus territorios á los Estados-Unidos. Inglaterra perdió ayer sus colonias y perderá mañana el Canadá. Francia, que tuvo en otro tiempo inmensos dominios, apenas retiene hoy algunas partículas de tierra en aquel gran continente. Dinamarca trata de emancipar sus islas. Y España ha perdido aquellos territorios que se extendían por dos hemisferios y que representaban la mayor conquista hecha por los hombres en toda la sucesion de los siglos.

La idea de la independencia de América era una de las ideas capitales con que se inauguraba nuestro tiempo. Nosotros mismos habíamos contribuido á esparcirla en la conciencia humana, ayudando á Washington contra Inglaterra. Cuando los tratados de 1815 se formaban, cuando los reyes se repartían á girones el ma-

pa de Europa, el silencio de la muerte era interrumpido por ese gran movimiento americano, que en los países tropicales, donde el hombre parece rendido y esclavizado á la naturaleza, promulgaba las libertades fundamentales con la misma energía que los anglo-sajones en sus fríos países; muestra evidente de la unidad del espíritu humano y de la universalidad de sus ideas.

No atribuyamos la independendencia de América al odio, y sólo al odio hacia los españoles. Ciegos habrían de ser los americanos si no recordaran que nuestros navegantes les despertaron á la vida; que nuestros soldados destruyeron aquellos imperios donde se reunían los abusos y refinamientos del despotismo con la barbarie de las tribus salvajes; que nuestros sacerdotes llenaron aquellas selvas, donde humeaban los sacrificios cruentos, con las palabras del Evangelio; que nuestros arquitectos levantaron y hermosearon sus ciudades; que el génio de nuestros poetas se infiltró en su génio, y la sangre de nuestras venas en su sangre, y que en cincuenta años de descubrimientos fabulosos y de fabulosas conquistas les donamos una civilizacion que nos habia costado quince siglos de martirios.

Nadie puede dudar que nosotros habíamos hecho por nuestras colonias cuanto cabia hacer dentro del espíritu reinante en la península. Las habíamos unido sólo nominalmente á España, dejándoles, bajo las manos de los vi-reyes, una libertad de accion que jamás gozaron las provincias españolas. Habíamos escrito aquel Código de Indias, cuyas sábias y justas leyes, si al espíritu del tiempo se atiende, han sido la admiracion de propios y extraños. Habíamos fundado un consejo, en el cual se sentaban hombres de ánimo recto, de corazón imparcial y generoso. En las audiencias los magistrados españoles, según confesion de los mismos americanos, se distinguían por su rectitud y por su justicia. La esclavitud existía, es verdad, pero nunca fué tan dura como la esclavitud entre los anglo-sajones. Bolívar confesaba que la tiranía política de España no llegó á tanto extremo que diera motivo y ocasión á protestas violentas y revolucionarias. Alejandro de Humboldt, en su viaje de principios del siglo, notaba la profunda paz reinante en aquella sociedad, paz que contrastaba con la actividad guerrera de su fecunda naturaleza. Es suficiente decir que en la inmensa línea que se extiende desde Buenos Aires hasta Lima y Quito,

bastaban dos mil hombres para mantener en su benévola obediencia nuestras innumerables colonias.

Los indios eran, en la legislación española, tratados como niños que necesitan la autoridad de sus padres. Exceptuábanlos nuestras leyes de la alcabala, del diezmo, del derecho de patente y sólo establecía sobre ellos una pequeña capitación; dejábalos su administración propia bajo sus caciques; prohibía á la raza blanca permanecer entre ellos para preservarles de su astucia y evitar que cayeran esclavos de una incontestable superioridad. Permitiales mezclar, si no por ley por costumbre, á la misa sus antiguas ceremonias, á las procesiones sus pintorescas fiestas, al severo entierro católico sus tradiciones de otra vida material; y la Inquisición, que perseguía el pensamiento elevado y sublime de Cazalla, que abrasaba las tradiciones de Santa Teresa, que detenía la mano de Brocense, que encarcelaba á Fray Luis de León, parábase complaciente en presencia de la herejía, de la ignorancia, y dejaba al indio mezclar sus antiguas ideas, sus creencias antiguas, los recuerdos recogidos en sus selvas, con la ortodoxia pura del catolicismo. Nosotros no negaremos que en los primeros tiempos de la

conquista, los indígenas fueron maltratados, vendidos y comprados, uncidos al carro del vencedor como bestias, encerrados en las entrañas de la tierra para que buscaran el oro, y arrojados á los rios para que pescaran las perlas; y en el siglo diez y siete, oprimidos en su conciencia, en su espíritu, por una teocracia imperiosa; pero cuando llegó la época de la emancipación, la raza blanca se habia reunido en las grandes ciudades, los puertos en gran parte se habian abierto al comercio, las misiones jesuíticas, habian sido sustituidas por establecimientos científicos; el ejercicio de las armas, tan necesario para conquistar la libertad, les habia sido ya permitido, al ménos á los blancos; y España misma habia auxiliado á la emancipación de los Estados Unidos.

La emancipación fué un hecho necesario. Sentíase el movimiento que separaba las colonias de su metrópoli; sentíase bajo el silencio del despotismo. Aranda habia aconsejado ya á Carlos III que emancipara toda América ménos las islas; que fundára allí grandes imperios, con los ojos puestos en la república naciente, en la república á quien España habia auxiliado en sus primeros años, cuyo poder se convertiría pronto en gigantesco, cuyo ejemplo seria un

luminar para toda América, y cuya vecindad un incentivo de emancipación á nuestras mismas colonias. El gran político veía como una fatalidad inevitable el hecho de la independencia de América.

Y de esto se descubrían por todas partes innumerables pruebas; destellos del gran volcán que llevaba en sus entrañas el Nuevo Mundo. En 1770 el cacique de Jungasuca, descendiente de los condes de Oropesa por la línea materna, se levanta en armas contra España. En 1781 las explosiones revolucionarias estallaban en el suelo mismo de ciudades como Santa Fé de Bogotá. Y el Brasil trataba en 1789, al mismo tiempo que la tribuna francesa decía al mundo que el hombre es libre, trataba también de sacudir el yugo portugués. De suerte que no es un hecho aislado, sino un hecho universal y humano el hecho de la independencia de América.

Recuerde el Sr. Navarro y Rodrigo las observaciones que en otro lugar hemos apuntado. Europa coloniza en Asia, porque Asia ha perdido al pie de sus antiguos altares y de sus petrificadas teocracias el sentido general humano que aguijonea la actividad de los pueblos. Pero Europa no puede colonizar en América, porque

América, la América de los puritanos, la América de la conciencia libre; porque América, la América de Washington, la América de la democracia y la república, ha sobrepujado al sentido de la vieja Europa con sus instituciones verdaderamente humanitarias, cuyo planteamiento nos ha de costar aún, ha de costar á Francia, á Inglaterra, á Alemania, como á España é Italia, procelosas revoluciones.

Porque hay otro hecho, que no podemos, que no debemos olvidar nunca: América es un país en su esencia democrático, y en su forma republicano. Vino á la historia en aquellos tiempos en que el mundo salía de las sombras de la Edad media para entrar en la edad victoriosa del Renacimiento. La brújula había fijado el punto de mira á los navegantes, señalándoles algo inmóvil y eterno como Dios, en la movilidad y vaguedad del turbulento Océano. La pólvora había sido un rayo, con el cual podía el pueblo llegar á la cima de los castillos y abrazar las potentes alas del águila feudal. Por los libros de Copérnico la tierra dejaba de ser plana, como la piedra inmóvil de un sepulcro, para pasar á ser una esfera bruñida por la luz, concertando sus armoniosos movimientos y sus parábolas con todo el universo. Los hori-

zontes de la vida se agrandaban hasta lo infinito con los descubrimientos de la astronomía, y los trabajos del génio se vinculaban hasta la eternidad con el descubrimiento de la imprenta. Los nominalistas y los realistas se habian desvanecido como una procesion de fantasmas para abrir paso á la observacion y á la experiencia que reconquistaban el mundo real, y devolvian su santa maternidad á la naturaleza. Sobre estas maravillas de la vida y de la ciencia, tendia sus guirnalda de mirtos y laureles el arte. La música tomaba el vuelo hácia lo infinito en los hosannas de Palestrino y en el coral de Lutero; las monstruosas esculturas de la Edad media, que parecian rígidas como cadáveres, ó encorvadas bajo el peso de una maldicion como los condenados del Dante, se erguian, se dibujaban en las admirables formas griegas, alzaban al cielo con éxtasis la esférica cabeza ceñida de los esplendores de la hermosura, y fluían de sus lábios entreabiertos por la sonrisa de la felicidad, invisibles, pero vivas inspiraciones; las tablas se animaban en aquellos dias de una segunda primavera para el espíritu, con los pinceles de Leonardo de Vinci y de Rafael, que habian arrancado al iris sus colores, y á la antigüedad resucitada de su sepul-

cro de diez siglos la perfeccion plástica; sobre las piedras y los metales extendian Benvenuto, Cellini y Berruguete una eflorescencia misteriosa, al lado de Miguel Angel que creaba su raza de Titanes; y mientras de las ruinas de Constantinopla venian como luminosas apariciones los poetas y los filósofos de la antigüedad á completar la historia; mientras los Manucios entraban en Venecia con los tipos de la imprenta para escribir el testamento del mundo clásico; mientras la rotonda surgia como una corona mística en la frente de las grandes iglesias greco-romanas que divinizaban el panteon de los dioses antiguos; Colon traia en su débil esquiife las inocentes razas y las misteriosas esencias del mundo de lo porvenir, como un rejuvenecimiento de la naturaleza que coincidía con el rejuvenecimiento del espíritu, como una renovacion de la vida que coincidía con la renovacion de la ciencia; como un paraíso que abría el Eterno al hombre regenerado por la libertad y por el trabajo.

América es el premio dado á la humanidad por haber tenido fuerza bastante para derrocar el despotismo teocrático y conciencia bastante para proclamar la libertad del pensamiento. Allí no cabrán nuestras viejas instituciones y

nuestro corrompido feudalismo. Allí, en el seno de la inmensa naturaleza, sólo cabrá la inmensa igualdad social. La raza anglo-sajona, tan aristocrática y tan supersticiosamente histórica, al tocar aquella tierra virgen se convertirá en una raza democrática y promulgará el derecho de todos los hombres sobre la ruina de todas las gerarquías. La independencia y la república se confundirán en América y serán el mismo pensamiento, la misma causa. Así los hijos de Massachusetts, descendientes de los regicidas, y los hijos de Virginia, descendientes de los caballeros, plebeyos los unos, patricios los otros, se reunieron bajo la amenaza de la metrópoli, como los descendientes de Numa y los descendientes de Servio Tulio se reunieron en Roma bajo la espada de Annibal. La república surgió. En aquella sociedad nueva no hubo ni rey ni aristocracia, ni iglesia oficial, ni clero privilegiado; el pensamiento fué libre como el espíritu; la conciencia pudo dirigirse á Dios en completa espontaneidad, en comunión completa con lo infinito. El gobierno nació de todos y á todos fué responsable. Establecióse el jurado como reflejo de la conciencia popular. El sufragio fué universal. Los privilegios cesaron, y el mundo se asombró al ver que un pueblo ni-

no tenía la madurez de los pueblos ancianos, y una sociedad recién fundada la firmeza de los más antiguos imperios; sociedad sin mancha, que nació en medio de una naturaleza gigante como Eva en el Paraíso, con la estrella de la libertad sobre su frente. Washington la fundó en la virtud y en la igualdad, mientras el viejo mundo no comprendía la libertad sinó bajo la forma del absolutismo. Franklin, que sólo aspiró á la gloria desconocida en las viejas sociedades de ser un buen ciudadano, Franklin reconcilió América con Europa. Desde aquel punto, desde aquel glorioso instante, quedó ya establecida la libertad. El rayo descendió del cielo, ó fué á besar humilde las manos que habían quebrado el cetro de los reyes. No hubo remedio; el ejemplo de los Estados Unidos fué un ideal para toda América, y se fundó sobre bases indestructibles en toda ella este gran bien, la independencia; y este otro bien todavía mayor, la república.

Esto, dirá el autor del libro que juzgo, esto no es patriotismo. Conociendo la rectitud de mis intenciones y la integridad de mi vida política, atribuirá las creencias mías á fanatismo republicano. Poro yo creo que el patriotismo consiste en levantar á nuestro país con las

ideas que dan verdadera grandeza, con las ideas progresivas. En el siglo diez y seis fuimos grandes por la conquista, y en el siglo diez y nueve sólo podemos ser grandes por la libertad. Y la libertad nos guarda todavía maravillosos destinos que cumplir en América, en esa América revelada al mundo por nuestro genio y nuestra audacia. Por eso yo, tan partidario de la independencia americana, quiero que se conserven Cuba y Puerto-Rico bajo el techo de nuestra nacionalidad. Así podremos fundar allí dos grandes democracias con instituciones libres, con jurado, con parlamento propio, con su autonomía, para que pueda ver el mundo americano que la nación española es capaz de ejercer sus instituciones y nos entregue su representación moral en los consejos de Europa, en los grandes Congresos de esas sociedades por venir, de esas federaciones que han de cambiar por completo la faz de la tierra.

No en vano suceden los más graves y trascendentales hechos de la historia; no en vano España descubrió á América. Cuando sucede un hecho de esta clase, un hecho que es como un faro levantado por Dios en las riberas infinitas de los tiempos, cuyo curso no acaba nun-

ca, ese hecho forzosamente ha de trascender á muchos siglos, ha de influir en muchas generaciones. Mueren los pueblos, se borran sus huellas de la tierra, su recuerdo de la historia; y sin embargo, esos hechos capitales que condensan en torno de un punto del espacio la materia cósmica, pasan de generación en generación, llevan su vida á los más profundos abismos, salvan esas grandes hileras de sepulcros donde yacen tantos pueblos enterrados, y se levantan á la inmortalidad, como si los bañara la luz de aquellas ideas eternas que Platon veía flotar en la mente de Dios. Pues bien, el hecho que no podremos borrar nunca, ni los españoles con nuestros errores, ni los americanos con sus ingratitudes; el hecho preparado por Dios desde el principio de los tiempos en el plan eterno de su providencia, que es como el ideal de la historia; el hecho que ha de influir en todos los siglos, es que España, cuando acababa de levantar la cruz sobre la cima de la Edad media, descubrió América y fué de esta suerte como el lazo de union entre el antiguo y nuevo mundo, entre la antigua y la moderna historia.

¡Maravilloso, incomprensible secreto! España, que debía ser la tierra de las instituciones

muertas, la tierra de la resistencia al espíritu nuevo, la tierra donde la inquisición iba á quemar el pensamiento, la tierra cuyos ejércitos luchaban con Holanda el asilo de la libertad científica, y con Inglaterra el asilo de la libertad política; España estaba destinada, en el plan divino de la Providencia, á descubrir á América, la tierra de la libertad, el santuario de la conciencia libre, el gran laboratorio de los principios revolucionarios, la region que debía despertar al viejo mundo con su electricidad, al país de la democracia, al país de lo porvenir.

No tratemos de profundizar la esencia de los hechos históricos; es en vano. ¿Por qué se han pasado tantos siglos sin que el viejo mundo conociera al nuevo? ¿Por qué aquellos audaces navegantes, que habían llegado hasta tocar el Polo en sus maravillosas expediciones, los cartagineses y los griegos, los normandos y los anglo-sajones, los venecianos y los genoveses, no descubrieron el nuevo mundo, no se deslizaron por ese Atlántico inmenso, infinito, cuyas brisas estaban cargadas con los aromas de la virgen naturaleza que renovaba los primeros días de la creación? ¿Por qué los islandeses, que segun sus tradiciones, abordaron á Améri-

ca, no supieron retenerla y conservarla? Estos son los secretos de la historia.

Sin duda quiso Dios premiar el término de aquella grandiosa epopeya de siete siglos, en que detuvimos á los árabes en Covadonga, los almoravides en Toledo, los almohades en las Navas, los beni-merines en el Salado, hasta llegar á Granada; pues sabido es que desde lo alto de las Torres Bermejas descubrimos la cima de los Andes; desde el punto donde concluye la Edad media, el punto donde debía comenzarse la Edad moderna, como si fuera pequeño y estrecho el antiguo mundo para abarcar nuestra gloria. Era el premio de siete siglos de sacrificios, el premio de aquella cruzada inacabable en que habíamos salvado las nacionalidades é interpuesto nuestro pecho entre Europa y África para favorecer la civilización cristiana. El nuevo mundo fué entregado á España. El nuevo mundo ha sido descubierto por España. Ante este hecho capital todo calla, y América en su prosperidad, como en su desgracia, ya esté en paz con nosotros, ya en guerra, no podrá desconocer que España es su madre, y si quiere injuriarnos, si quiere maldecirnos, tendrá que maldecirnos é injuriarnos en nuestra propia lengua.

Confieso haberme extraviado del objeto principal de este libro, de Itúrbide, personaje á quien retrata magistralmente el autor. Pero cuando leemos un libro ardoroso, de polémica, y es á nuestras creencias de toda la vida contrario, arrástranos al combate el grande interés que nos inspira el libro, prueba mayor de su mérito. ¿Cómo desasirse de aquella elocuencia? ¿Cómo no responder á palabras gravísimas y meditadas que pudieran presentarnos á nuestros mismos ojos reos de criminal desamor á nuestra patria que guarda el gran tesoro de la vida, los huesos de nuestros padres? El elocuente libro del Sr. Navarro me ha llevado á expresar mis ideas sobre América, ideas no expresadas en la Asamblea nacional por un grande sentimiento de prudencia, que ni siquiera ha servido para desarmar la calumnia.

El estudio que el Sr. Navarro ha hecho de Itúrbide, es perfecto. El maquiavelismo instintivo en el héroe y el mártir de la monarquía, está presentado con vivísimos colores. La corriente de los hechos, á su vez con minuciosidad estudiada. Se observa en la sabia agrupación de los sucesos, que ningún movimiento revolucionario está en manos de los hombres. Las revoluciones son la erupción de la concien-

cia humana. El que los ayuda, desembarazando de obstáculos el cráter, no sabe lo que guarda la conciencia en sus entrañas. El Sr. Navarro y Rodrigo ha escrito su libro con grandes preocupaciones monárquicas. No puede explicarse cómo habiendo hecho las leyes, las tradiciones, el ejército, el clero, la ambición misma de Itúrbide, la monarquía, un misterio incomprendible hizo la república. Ese misterio es la idea; sí, la idea, poder invisible como el poder del magnetismo.

En la parte del libro que más inspirado está el Sr. Navarro y Rodrigo, es en aquella en que castiga las desapoderadas ambiciones, capaces de soñar con un trono. El ejemplo de Itúrbide no puede perderse para aquellos que creen la historia un libro de moral práctica. Soldado primero de la monarquía y de la metrópoli, vuelve luego sus ojos á la independencia de su país, y sobre éste el pedestal á su propio engrandecimiento. El funesto ejemplo de Napoleón, ese azote moral de Europa, ha ocultado á su penetrante mirada la figura severa de Washington. Ya desde los primeros tiempos de su vida, echábase de ver, en la corrupción de las costumbres, en el amor al fausto, que soñaba con el papel de un Cesar del nuevo mundo. Apa-

rentando un gran liberalismo, proclamaba la monarquía, pero la monarquía para sí.

Aquellas Cortes reunidas á consecuencia del plan de Iguala, cometieron el mismo error de las actuales Cortes constituyentes en España. Decretaron la monarquía sin pensar si la monarquía era posible, y sin tener á mano un monarca. Resultado: que el monarca no salió de las Cortes, pero salió de los cuarteles. Y fué Itúrbide.

Pero al mismo tiempo que tantas intrigas y tantas violencias habian hecho la monarquía, la lógica de la revolucion habia hecho la república. Y contra la lógica de la revolucion, nada pudieron ni los pretendientes, ni los ambiciosos, ni los obispos con sus exorcismos, ni los militares con sus espadas, ni el nombre de Fernando VII invocado en el plan de Iguala, ni la ambicion de Itúrbide.

Cayó aquella monarquía, hija del miedo á la libertad. Cayó aquella monarquía impuesta artificialmente á un país arrastrado por la conjuración de los hechos, más poderosa que la conjuración de los hombres, arrastrados hácia la democracia. Cayó la monarquía desarraigada por el viento de las ideas.

Dos veces fué derribado Itúrbide, dos ve-

ces, una en el destierro, otra en el cadalso.

El Sr. Navarro y Rodrigo quisiera que se hubiese fundado en Méjico una monarquía tradicional y liberal como la del Brasil. Pero mi ilustrado amigo olvida que la monarquía es una institucion personal, y que en el Brasil nació la monarquía en la persona de D. Pedro. — ¿Dónde estaba el D. Pedro de Méjico?— Los monarcas no pueden existir con luz prestada. Son astros siniestros que en las noches de los pueblos nacen, pero siempre con resplandores propios. Toda la luz que quieran sus partidarios prestarles, será luz artificial, es decir, luz fugacísima. Los monárquicos demócratas de España no podrán contradecir esta verdad evidente, y que tiene, como todas las verdades, incontrastable fuerza lógica en los hechos. Además no es tan feliz la suerte del Brasil que pueda Méjico envidiarla. El Brasil tiene esclavos y no los tiene Méjico, que colgó sus cadenas en los altares de la libertad republicana.

Tambien es injusto el Sr. Navarro y Rodrigo con la república mejicana de hoy.

Europa entera ha querido destruirla y la república subsiste. Esto prueba que vive, no sólo por la propia virtud, sinó por el asentimiento general de los ciudadanos. Ellos saben mejor

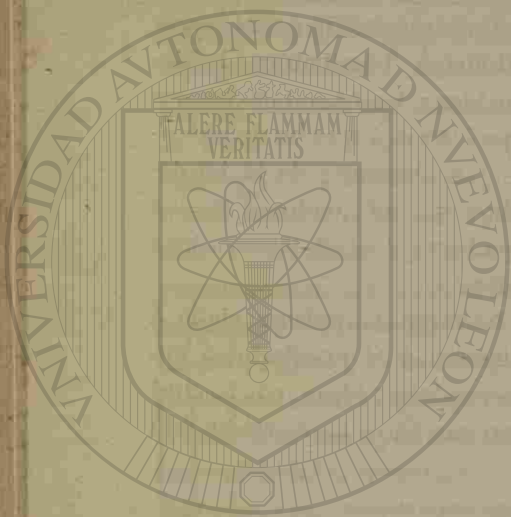
que nosotros cuánto dependen sus desgracias de fatalidades históricas y geográficas, de su escasa poblacion, diseminada en su inmenso territorio y no de sus instituciones republicanas. Cada día se arraigan éstas con mayor fuerza. La presidencia ha entrado en su período normal. Un hombre que ha opuesto la legalidad á dos dictaduras y un imperio, la ejerce noblemente. El período legal de la presidencia concluirá, y Juárez irá á confundirse en la muchedumbre de los ciudadanos, tranquilo en su conciencia y seguro de haber dejado un recuerdo inmortal en su historia. Méjico tendrá la democracia, la república, la libertad y la igualdad, la federacion, la separacion entre la Iglesia y el Estado, bienes que han de costarnos á nosotros, orgullosos europeos, grandes y penosísimos trabajos.

El libro del Sr. Navarro y Rodrigo tiene una parte histórica relativa á la independencía y otra parte relativa á la política. En una y otra le he dicho mi sentir lealmente. El libro tiene además una parte biográfica que, animada en ideas erróneas, es muy excelente por la claridad de la exposicion, por la viveza del relato, por el enlace sistemático de los juicios, por el nervio del estilo, sencillo, elocuentísimo. Eseri-

bir libros en España, donde hay tan pocos estímulos, mérito sobresaliente es. Escribirlos con tanta elevacion que dé lugar á levantadas polémicas, título de gloria que nadie podrá negar al Sr. Navarro y Rodrigo. Escribamos, hablemos, revelemos las ideas, buscando en la contradicción la chispa eléctrica que ha de galvanizar la España del absolutismo y de la intolerancia. Seamos dignos continuadores de las obras de nuestros padres animándolas en otras más progresivas ideas.

El libro del Sr. Navarro y Rodrigo viene á suscitar la contradicción, y al suscitarla, á engendrar nuevas corrientes de ideas, con lo cual presta un verdadero servicio á la libertad y á la patria.

Año 1869.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL SR. DIRECTOR DE «LA DISCUSION»

Mi querido amigo: He visto la catedral de Toledo. La impresión que ha dejado en mi alma este maravilloso edificio, me ha hecho formar una idea del sentimiento que debió poseer al primer hombre, cuando al despertarse de la nada, vió la luz de los astros derramándose en los espacios, las flores entreabriendo sus cálices para recibir el aliento del Creador, las aves cortando con sus alas el aire, las armonías que producen los círculos de la creación, el cuadro deslumbrador que forma en sus varias manifestaciones la vida. La primera vez que el exterior de esta catedral se ha aparecido á mi vista era de noche: las estrellas parecían agruparse sobre sus cúpulas; la luna envolviéndola con su melancólica luz como con argentada gasa, aumentaba su grandeza; sus esculturas,

idealizadas por las mezclas de las dulces sombras y de los tibios rayos del astro de los poetas, parecían más bien que piedras, ideas, en el instante mismo de su creación por el artista, ideas vagas, que se encerraban en formas inciertas; y esa indecisión de la noche dejó en mi alma como un vacío, pareciéndome que no había de corresponder el monumento á lo que en mi imaginación pintaba con sus mil colores la idea, alentada por la poesía de esas serenas noches, en que solemos hermosear y engrandecer unas paredes ruinosas, un árbol seco, cualquier objeto que á nuestra alma, exaltada por sus ensueños, ofrece naturaleza. Esta preocupación creció de punto cuando vi el informe exterior de la catedral á la luz de la siguiente mañana; al contemplar una torre airosa, sí, hermosísima, pero acompañada por la pequeña y mal concluida cúpula de la capilla muzárabí, sus tres arcos góticos ornados de primorosas labores, de hermosísimas esculturas, pero cuya armonía está completamente rota por cuerpos sobrepuestos del renacimiento, que me parecieron una blasfemia en aquel templo tan ortodoxo, porque esta arquitectura, con sus vuelos y molduras horizontales, mira como los dioses griegos á la tierra, mientras la arquitec-

tura gótica se levanta como la oración cristiana á los cielos; al volver los ojos á los balaustrados, ajenos á la idea fundamental del templo; al remate del frontispicio principal, obra de este nuestro siglo, en que no resplandece la idea que animó á los fundadores de la iglesia toledada, ni á los primeros artistas que calaron sus piedras; al sentir esa confusión que produce la falta de armonía, tan necesaria á la unidad de nuestra inteligencia, me pareció que me había engañado; y como por vicio de la edad, que también tiene la juventud sus achaques, soy algo dado á dejarme llevar de mis últimas impresiones, asaltáronme impulsos de asentir á la par sus tantas veces combatida opinión de Michelet, que dá todas las grandes catedrales góticas por un sólo templo de la antigua Grecia, por uno de esos rientes paganos templos, que se levantan aislados, erguidos, en una colina, rodeados de átrios y armoniosas columnas, que parecen hechos de una vez, nacidos á un sólo mandato del pensamiento del artista.

Y me dolía, se lo confieso á V., este impulso, porque yo he preferido siempre el Romancero á la Iliada; Calderón á Sófocles; la Edad media á Grecia y Roma; y siempre he defendido,

aún en los tiempos en que extasiado leía los sublimes versos del Edipo Coloneo, los cánticos de Pindaro y Virgilio, y la divina aparición de la madre de Aquiles en el primer canto de Homero, que el cristianismo es como fuente de inspiración artística, religión más rica en caudales que el antiguo paganismo.

Entregado iba á estas ideas, cuando llegué á la puerta de los Leones, y sentí ya como arrepentimiento. ¡Qué divina portada! Su arco apuntado representa admirablemente el emblema de la unidad de Dios; las labores de sus piedras son como ideas místicas, grabadas para toda una eternidad por la mano de un artista embriagado del amor divino; sus esculturas, especialmente San Juan, que á la izquierda del espectador se levanta, son de lo más bello que ha producido el cincel cristiano, y el conjunto de la portada, á pesar de haber puesto en ella su mano el pasado siglo, cautivó mi alma; mas no sentía la gran impresión que anhelante buscaba, ese éxtasis que nos arrebató á este mundo y nos hace respirar las áuras de nuestra patria, del cielo.

Olvidaba yo los caracteres de la arquitectura cristiana; las ideas fundamentales sobre que estos templos se levantan. El templo griego es

hermoso en su exterior, porque representa el carácter de un pueblo que necesita de esos espacios intercolumnios para darse á los grandes gozos de su vida, puramente pública. El arte cristiano arranca de lo interior del hombre, del alma. El templo gótico no está abierto á todos vientos como los templos antiguos, no; está cerrado con espesos muros, porque es el lugar de la meditación y de las religiosas plegarias, y de la comunión íntima y secreta del espíritu con Dios. La arquitectura griega se extiende horizontalmente, como los frondosos árboles del Parnaso, para cobijar al hombre; la arquitectura gótica se levanta como el ciprés á los aires, busca lo infinito, se eleva á las regiones superiores para albergar á Dios. El interior de los templos paganos suele ser como el exterior, y á veces más sencillo; para el interior de los templos góticos se guardan todas las riquezas, todas las maravillas, todos los prodigios del arte; porque representan el alma recogíendose dentro de sí misma, hermoseándose con la virtud y el amor para recibir en digna morada el espíritu de Dios. Haciendo yo estas reflexiones, me sentí impulsado á entrar y traspuse los umbrales de la puerta de los Leones, y entré. Y me maravillé, y me pareció que mi

alma se anegaba en aquel océano de grandiosas ideas, verdaderas emanaciones de Dios.

Todo, todo es aquí grande. Siento muchísimo desflorar mi admiración, entregándola al papel. No es dable aprisionar en las cadenas de las formas las ideas, cuando libres vuelan por los espacios infinitos. Las bóvedas de la catedral ofrecen á mi vista un laberinto, á manera de sagrado bosque, en que se quiebran los rayos del eterno sol; sus columnas formando preciosísimos manojos, ascienden á los aires y se pierden gallardas entre las dudosas sombras, que á manera de dulce crepúsculo se levantan del pavimento, y se agrandan cuando los reflejos de la clara centelleante luz de las ventanas coronan como una aureola sus remates; las líneas de todos estos airesísimos arcos van á unirse en un punto como las ideas, los sentimientos, las oraciones de los fieles se unen por maravillosa armonía en Dios, centro de las almas; las esculturas se levantan, representando como un poema vivo los dolores del hombre, las esperanzas y los consuelos de la religión, el martirio de los que dejaron los átomos de ceniza de su cuerpo en las hogueras, pero cuyas almas rielan como una estrella fija en sus frentes, el sacrificio sublime del Crea-

dor, encerrando en nuestra limitada naturaleza su esencia divina, que no cabe en la eternidad, y ofreciendo á la muerte su vida, que es alimento de la creación, y uniéndose á estas columnas, á estas bóvedas, á estos arcos, recrea mi vista la pintura, arte esencialmente cristiano, engrandecido por las inspiraciones del Calvario, y embelesa mi oído la música, que dá movimiento á estas moles de piedra, voz á sus estatuas; y sobre tantas maravillas veo la idea más viva de la catedral, las ojivas, resplandecientes de luz que recogen para hacerla tributaria del templo los vidrios matizados de mil colores, heridos por los rayos del sol, produciendo pasmosos efectos de óptica, destacando de su brillante fondo los ángeles, los doctores, las vírgenes, como si coronaran la catedral; los vidrios de colores, idealización de la luz, que parece como el amanecer del eterno día de la celeste gloria.

Este es el templo de la oración cristiana. Bajo estas bóvedas el pensamiento se sublima al cielo. Aunque la voluntad quisiera proferir una maldición, una blasfemia, se apagaria en los labios convirtiéndose en plegaria impregnada de amor y de esperanza. Me parece que veo desvanecerse la muerte, que me desposeo

ante el ara santa, de mi alma, la cual se pierde en el seno de Dios como la luciérnaga en los rayos del sol, como la gota de lluvia en las profundidades infinitas del Océano. Estas armonías, estos cánticos, esta poesía viviente, el olor balsámico del incienso, los colores del aire, las oraciones que vagan por los espacios, las ideas que ocultan esos mártires, esos doctores que leen la verdad absoluta en sus libros de piedra, el amor divino que centellean esas vírgenes envueltas en los arreboles del firmamento, coronadas de estrellas, la unidad que armoniza todos estos objetos, que son místicas ideas, embargan el pensamiento, que se recrea en la contemplación de Dios revelado por el arte.

Yo no sabré decir ahora el origen de la arquitectura ojival, ni hay para qué recordarlo. No diré si ha provenido del Oriente ó del Norte, de los árabes ó de los alemanes. Pero me parece que todos los monumentos ojivales del siglo trece son como flores que han brotado al dulce aliento de las áuras orientales, del seno mismo de la antigua, majestuosa, grave y severa arquitectura bizantina; pues la catedral gótica es el apocalipsis del arte cristiano y recuerda la cuna de la humanidad, como si qui-

siera ponernos entre el Paraíso que perdimos al nacer y el Paraíso que esperamos al morir; y simboliza la unión de Oriente y Occidente, de la Biblia, libro de los sagrados recuerdos, con el Evangelio, libro de las consoladoras esperanzas.

Y mirando esta catedral desde el punto de vista nacional, recordando que puso su primer piedra el historiador de las Navas de Tolosa, que se comenzó bajo el amparo de San Fernando, que la consagración de sus sagrados espacios se debe á los tiempos de Alonso VI, que en su capilla mayor se levanta aún representando el eterno triunfo de la raza española sobre la raza árabe el gran don Alonso VIII; evocando todos estos recuerdos históricos, no puedo dejar de convenir en que estos arcos apuntados, estas labores preciosas, estas columnas que parecen orientales palmeras, esas flores, ramas de árboles, guirnaldas, conchas, estrellas, grabadas en el templo como un holocausto de la riente naturaleza á su Creador, esos encajes que forma la piedra, á manera del velo misterioso que nos oculta á Dios; todo ese lujo de ornamentación, que en vano buscamos en los primeros monumentos españoles del estilo bizantino; silenciosos como el anacoreta, severos

como los soldados de Covadonga; ese florecimiento misterioso de la piedra, que quiere representar una eterna primavera, dicen que nuestros padres han trepado por las montañas que los separaban de la oriental Andalucía, y han descendido á sus jardines, y han gozado á los rayos de su victoria las ideas que despide aquella tierra, embellecida por el génio del Oriente, y han hecho sus artes, sus ciencias, huries del eden musulman, tributarias de la grandiosa nacionalidad española. Los jazmines, las rosas de Damasco y Alejandría, el mirto meridional, las esbeltas hojas del árbol que cantaba el primero de los Omniadas de Córdoba, el azahar, las perlas de los dos mares que arrullan con sus celestes olas á la sultana Andalucía, todos los tributos de la naturaleza y del arte oriental se unen hermosamente en el siglo trece á la majestuosa ogiva, como las obras de Algacel, Abolaris, Avicena, y otras mil maravillas trasportadas á nuestra lengua por la poderosa iniciativa del más sábio de los reyes cristianos en la Edad media, de D. Alonso X, vienen á ofrecer nuevas fuentes de inspiracion y de vida al vigoroso y ya brillante génio de nuestras ciencias y letras. El espíritu español, como una hermosa flor, ofrece sus ho-

jas al beso de las áuras orientales, que depositan en él sus aromas impregnados del primer aliento del Creador, conservando sin embargo nuestra arte siempre su misteriosa esencia, que no se extingue ni por la inundacion de nuevas ideas ni por el soplo de los siglos.

Hé aquí las principales ideas que ha levantado en mi alma la grandiosa catedral de Toledo. No me detendré á explicar minuciosidades de este magnífico monumento, porque si bien yo no me canso de admirar, ni de escribir, *calamocurrente*, mis impresiones, me parece muy fácil que V. se canse ya de leer, y no hay razon para abusar así de su amistad y paciencia. ¿Ni qué podría yo decir, describiendo este templo, que no hubieran dicho ya Ponz, Cean Bermúdez, Amador de los Rios, Caveda, Pidal y tantos otros como han tratado de sus maravillas? El magnífico enterramiento de Mendoza, el gran cardenal, que enarboló el pabellon de la cruz en las torres de la Alhambra; la capilla de Santiago, donde duerme el sueño de la muerte el condestable don Alvaro de Luna, presa arrojada por un rey débil á los nobles, que allende la muerte les arrancó la sábia política de doña Isabel la Católica, consagrando con un magnífico monumento su memoria; la capilla de los

reyes nuevos, donde yacen don Enrique el de las Mercedes y don Juan I, el vencido en Portugal para nuestra desgracia y reposan juntos los descendientes del asesino don Enrique y los del asesinado don Pedro, *por lo cual es paz, es concordia para siempre*, como dice uno de los epitafios; la sala capitular, que guarda los retratos de todos los arzobispos de Toledo, bellísima por su pavimento y su sillería, y los artesonados de su magnífica techumbre; la capilla muzárabe, donde aún resuenan los ecos de la independiente Iglesia goda, que conservaba su libertad bajo el peso de las cadenas musulmanas; la capilla del Sagrario, obra que respira grandeza, y para mí santa, no sólo por su religioso objeto, sino por haber inspirado un drama al más grande de los poetas españoles, al inmortal Calderón; los frescos del claustro, los vidrios de colores, el transparente, que en mi sentir es el desvarío más poético del estilo borrominesco, todas estas grandes partes del templo requerían más tiempo para ser examinadas y más espacio para escritas, tiempo y espacio de que yo no puedo disponer. No quiero despedirme sin dar, ¡parecerá audacia! mi opinión sobre el coro, la obra más bella, más magnífica, más acabada de la catedral de To-

do, donde han contendido siempre el génio de Berruguete con el de Borgoña. El coro es célebre, porque presenta en su seno las esculturas de estos grandes ingenios, del español Berruguete y de Felipe de Borgoña. Esculturas cristianas, obra de dos grandes ingenios; así que leí esta noticia en el hermoso libro *Toledo pintoresco*, del señor Amador, que era mi guía, me faltó tiempo para entrar en el coro. Vi una y otra vez las esculturas, leí el atinado juicio que forma sobre ellas don José Amador de los Ríos y me decidí á dar también mi triste parecer. Se trata de decir quien se ha llevado la palma, si Berruguete ó Borgoña. Cada arte representa un instante del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano. A la escultura le toca representar la idea identificada con la forma, el cuerpo al través del cual se entrevé el espíritu, la belleza plástica; y por eso la escultura es arte eminentemente clásico, y por eso luce en todo su esplendor en Grecia. Así como las ciencias, las artes tienen un objeto fijo, determinado, una ley que no puede romper.

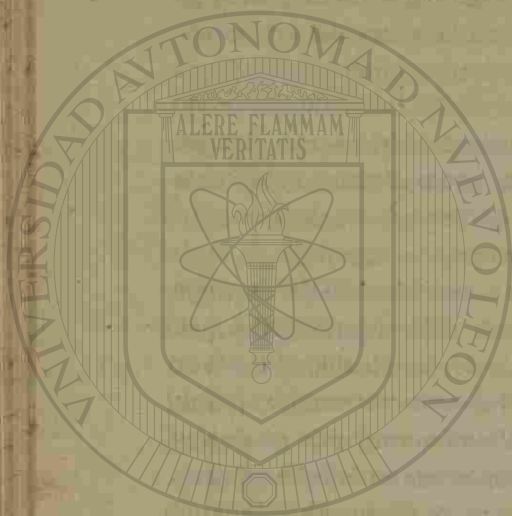
El arte de los pueblos clásicos representa la identificación de la forma y el fondo, y así la escultura ha llegado á su mayor grandeza entre griegos y romanos. La serenidad, la belleza

plástica, hé aquí lo que principalmente representa la escultura. Tengo para mí que así como la arquitectura, la música, la pintura, la poesía, son artes eminentemente cristianas, porque pueden representar lo infinito; la escultura es un arte eminentemente clásico, porque sirve más bien para representar la hermosura real que para contener en su limitada organización la idea divina, el espíritu infinito del cristianismo. Por eso el mundo moderno aún no ha dado un Fidias, ni el mundo antiguo pudo jamás dar un Murillo; por eso se necesitó que viniera el renacimiento á dar vida á la escultura, pues en los siglos medios todas las demás artes habían alcanzado un prodigioso desenvolvimiento, mientras la escultura quedó en perpétua infancia. Fidias pudo encerrar en piedra los dioses de Homero; para representar las sombrías y sublimes figuras del Dante, arrojó lejos de sí Miguel Angel sus cinceles, y las evocó en la capilla Sixtina, con los arreboles de los colores más ideales, más vagos que las formas determinadas y materiales de la escultura. Y dicho esto, voy á dar mi juicio sobre Berruguete y Borgoña en dos palabras.

Berruguete, génio español, apasionado, quiso expresar el alma, la idea infinita en sus escul-

turas; Borgoña se atuvo á las formas, á los ejemplos, á las leyes de la escultura griega. Berruguete muestra más inspiración, más génio, más idea; pero en la esfera del arte le venció Borgoña. Esta es mi opinion. Concluyo, sí, concluyo esta larga carta. De cualquier modo, las grandezas de esta catedral serán siempre nuestro orgullo. Un poeta alemán representaba un desgraciado que anhelante de orar entró en una catedral gótica, y encontró á Jesús huérfano, llorando sobre el seno de sus ángeles, apurando eterno cáliz de amargura, sin cielo ni tierra que le oyese, abandonado de su eterno padre; yo, si alguna vez vacilara en mi fé religiosa, si me abandonaran mis creencias, entraria en estas hermosas catedrales góticas, seguro de encontrar en su santuario el Dios que me enseñó mi madre.

Toledo 11 de Abril del 1857.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL SR. DIRECTOR DE LA DISCUSION

Mi querido amigo: Ofrecí escribir á usted y me arrepiento de mi oferta. No es dable encerrar en cartas las ideas que me asaltan, ni se prestan á la expresion fácilmente mis vagos sentimientos. He anhelado siempre ver á Toledo, mi anhelo se ha cumplido, y ¡cosa rara! la realidad escede á la imaginacion, mi alma no puede soñar tantas maravillas como ha dejado en el espacio grabadas indeleblemente el espíritu de nuestros gloriosos padres, cuyas sombras me parece levantarse, volviendo á nueva vida en medio de estas portentosas ruinas que atónita mira la vista y suspenso contempla el pensamiento. ¡Oh! Toledo, Toledo; la ciudad santa de los godos, la fortaleza de los árabes, el templo en que anhelaban orar los cristianos de Covadonga, la metrópolis de Cas-

tilla, el centro en contorno del cual hacia girar al rey sábio en las investigaciones científicas las esferas celestes; Toledo, la ciudad artística, rica en monumentos, no sólo góticos y árabes, sinó tambien del renacimiento donde se refleja aún en las obras de Berruguete el esplendoroso espíritu de Miguel Angel; Toledo es la historia viva de nuestra sagrada pátria. Esta ciudad, como V. sabe, es el epílogo de nuestra nacionalidad. Si la etimología hebráica de su nombre no le cuadra históricamente, desde mi punto de vista significa muy bien lo que Toledo representa: generaciones de ideas, generaciones de monumentos, veneración perpétua del espíritu humano, que como frondoso árbol, no pierde las hojas sinó para darle su nueva sávia. Toledo me parece una gran lápida donde cada edad ha dejado el símbolo de su idea. Aquí los godos, sujetos al espíritu romano que creían haber apagado entre las ruinas del mundo antiguo, extendieron los fundamentos de nuestra organización política; hácia aquí se dirigia como un torrente el alma de nuestros padres, cuando bajaban de las montañas de Astúrias por las llanuras de Castilla; esta fué la brecha que los mismos árabes abrieron en su imperio con sus constantes insurrecciones, co-

mo si los rechazara el suelo sagrado de Toledo; en estas hermosas llanuras se extendieron los cruzados que convocaba Inocencio III para detener á los almohades, cuyas victoriosas enseñás amenazaban cubrir la Europa cristiana; esta ciudad fué célebre por sus fueros, por sus municipios, por sus libertades, y así levantó el pabellon morado de Castilla en la guerra de las comunidades; pabellon que plegó honrosamente cuando se vió sola y abandonada de las demás ciudades sus hermanas; y aquí para dar más pábulo al pensamiento, y para manifestar cómo la justicia divina resplandece en la historia, vino á morir la nobleza castellana, y vino á morir en este soberbio alcázar á los piés de Carlos V.

Tantos recuerdos se agolpan ahora á mi mente, que apenas puedo ordenarlos. Si me pregunta V. qué he visto, apenas sabré decirselo. He visto un cielo azul, riente, ese cielo de España, que centellea eterna alegría; el Tajo, claro, reflejando en sus mansas ondas el horizonte; hermosa y dilatada vega, apenas cubierta con el naciente follaje de la primavera; y en un cerro inmenso, rodeado por el rio, la ciudad apiñada, como si buscara la sombra de sus grandes edificios cubierta de ruinas; la ciudad,

que me ha parecido como un gran sepulcro. Pero estas ruinas hablan: esas piedras amontonadas podrán ser los huesos de civilizaciones que han muerto; mas la indignación, esa fuerza creadora, los llama. los viste de carne, les infunde un alma, y vé asombrada pasar, como ideas vivas, las generaciones que han muerto, y las vé trabajando incansablemente, ofreciendo los tesoros de su sangre y los destellos de su inteligencia para levantar el orgulloso templo de la civilización universal. ¡Cuántas acciones memorables, grandiosas, guarda Toledo, ese montón de olvidadas ruinas!

A la derecha, subiendo á la ciudad, he descubierto el palacio de Galiana, palacio árabe, roto, abandonado, donde nuestra gran Iliada, el Romancero, al recoger influencias de extrañas ideas, ha levantado una mansión de amores á Carlo-Magno, como si quisiera curarle con los besos de héroes árabes la honda herida que abrió á su honor en Roncesvalles.

He pisado el puente de Alcántara, gozándome en ver su atrevido arco central, y en contemplar cómo se encajona el río defendiendo la ciudad imperial; el río que parece una serpiente destinada á guardar un nido de águilas. Concióbo en este instante cuán difícil debía ser en la

Edad media asaltar y tomar una ciudad de esta naturaleza. No me maravilla que nuestras crónicas, y especialmente el arzobispo don Rodrigo, atribuyeran la toma de Toledo por Alfonso VI, más bien que á las fuerzas de los cristianos á las industrias que reveló la prudencia de Almamun.

El Tajo por este punto camina entre dos abismos, que atónito he contemplado, pues no parece sino que la misma naturaleza ha querido defender á la inmortal Toledo.

Una idea general de la población que contemplo, no sé si podré darla. Rodéala un triple muro, cuyo foso natural es el Tajo. Los edificios principales reúnen la historia de la ciudad. El castillo de San Servando, centinela avanzado que guarda el sueño de esta reina destronada, significa el espíritu guerrero de la Edad media; el gran alcázar, obra maravillosa del Renacimiento, asentada sobre los restos de otros alcázares, simboliza, levantándose sobre toda la ciudad como la cúspide del edificio social, la monarquía; frente por frente del alcázar, aunque al extremo opuesto, ostenta sus torres, sus cúpulas, ese poema de piedra donde está escrita toda la historia del espíritu católico, la catedral, que es á un tiempo mismo la religión y

el arte, guardando como arca sagrada el fuego de la vida de las generaciones pasadas; y bajo estos edificios, á su sombra protectora, se levantan en desórden las casas, en lo exterior pobres y mezquinas, en lo interior desahogadas y magnificas, como si enseñasen que nuestros padres no vivian sinó para el campo de batalla cuando con doliente voz los llamaba la pátria, y para el hogar doméstico, para el santuario de la familia cuando les sonreía la paz. Pero entre todos estos edificios hay uno que representa sin duda la idea más viva de nuestra nacionalidad, su verdadera esencia; edificio que es de la época en que esa idea había ya muerto, del siglo décimo septimo, y que á pesar de su bella arquitectura me ha parecido la más grande ruina de Toledo y la más triste de sus vecinas. Hablo de la casa municipal, que se levantó cuando ya no tenía vida ni esplendor el municipio.

Es casi imposible contar todas las excelencias de esta ciudad. En su silla metropolitana se han sentado obispos, que más que hombres parecen una época, como San Julian, el representante de la iglesia goda. Aquí fué arzobispo D. Rodrigo, tan dado á las armas como á las letras; que así manejaba la pluma como la maza;

guerrero en el campo, cual cumplia á un sacerdote de aquellas edades, esplendor de nuestras artes, luz de los concilios, y en virtudes tan grande, que era el consuelo de los pobres, y así Dios le premió dándole inspiración para escribir la historia nacional y aliento para entonar sobre el campo de las Navas el cántico de triunfo que aún repiten todas las generaciones, y fortuna para poner la primera piedra á esta catedral, bajo cuyas bóvedas parece que se cierne aún su luminoso espíritu. Y al finalizar la Edad media, como una gran estatua levantada para coronar estas glorias, se vé aparecer en esta silla metropolitana al cardenal Cisneros, el génio más español de nuestra historia, el más fiel á sus tradiciones, pues comprendiendo el elemento vigoroso é idóneo para mantener nuestra sociedad, armó el municipio, y adivinando el destino que el pensamiento del Eterno señalaba á nuestra pátria, llevó las vencedoras huestes de Castilla al África, para que templasen sus espadas en la sangre de sus antiguos señores.

Todos estos grandes prelados acaso explican la maravillosa riqueza de Toledo, que es un gran museo donde está escrita la historia de las artes. Aquí se encuentran restos despeda-

zados de muros romanos, de circos, anfiteatros, que parecen como esos huesos colosales que sirven al naturalista para reconstruir una gran época de la geología; aquí han encontrado mi querido é ilustré maestro D. José Amador delos Ríos y su compañero el Sr. Assa monumentos bastantes á esclarecer épocas oscuras de la historia de nuestras artes; en el Cristo de la Luz, en Santa María de Blanca, se vé el arte árabe, emancipándose el arte bizantino; en la magnífica y nunca bien encarecida casa de Mesa, en el taller del Moro, el arte árabe, en su último florecimiento, con sus labores maravillosísimas; en la catedral resplandece la ojiva desde el siglo décimo tercio hasta el siglo décimo quinto, verdadera encarnacion de una série de ideas; en San Juan de los Reyes, edificio tal vez único en su género, símbolo de la edad más gloriosa de nuestra nacion, centellean, lucen los últimos esplendorosos destellos del génio de la Edad media, próximo á confundirse en el Renacimiento, cuya edad representan admirablemente el hospital de Tavera y el grandioso Alcázar, mole inmensa y grandiosa, que presenta numerosos ejemplares del género plateresco, y cuyas degeneraciones vinieron á engendrar el churriguerismo, desvario del espíritu español,

que comprimido y agotado, y careciendo de nuevas fuentes de vida, consumió la siempre exuberante inspiracion en logogrifos incalificables, como el gran Góngora, y de este desvario dá insigne muestra el célebre trasparente de la catedral, especie de Soledades ó Polifemo de piedra.

Bajo este aspecto no conozco nada semejante; es imposible que haya una ciudad como Toledo en España. Es un gran poema de piedras, en que la variedad de los géneros y de los monumentos no daña á la unidad maravillosa de la idea; un poema de piedra, que han escrito muchas generaciones, en que han puesto sus manos muchos individuos, y que sin embargo es armónico, pareciendo la creacion de un artista divino y único, á manera de lo que sucede en nuestro sublime é inmortal romancero. Yo veo aquí la idea de lo bello alimentar á todas las generaciones; veo esta idea ofrecida y presentada á Dios como un holocausto; veo que esos grandes monumentos de piedra conservan el sentido maravilloso que la Biblia atribuye á la primer creacion de la arquitectura; son montones de piedra que levanta el hombre para tocar á los cielos. Y en efecto, en esos arcos que se alzan airoso á los cielos, obedeciendo á una

idea humana como las notas de un canto; en esas estatuas animadas siempre por el éter de la vida que despide el pensamiento; en las cúpulas, que esmalta con celestes arreboles el aire; en esos sepulcros que parecen un comentario á la eternidad, un triunfo sobre la muerte; en los vidrios de colores, que quiebran en mil rayos la luz; en los lienzos y tablas animados, al soplo de la inteligencia humana, se vé más bien aún que en la naturaleza, resplandecer el espíritu de Dios.

Pero estoy muy cansado, fatigadísimo, y apenas puedo escribir. Otro día describiré minuciosamente la impresión que en mí han hecho algunos de estos monumentos. No olvide usted á sus amigos.

EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

La Universidad Central ha enriquecido el gran poema de nuestras artes con una nueva imperecedera página. La apoteosis de todas las ciencias; la exaltacion de los génios que han iluminado con sus destellos el áspero camino de la humanidad hácia su perfeccionamiento; la consagracion de un recuerdo de eterna gratitud á los que han sondeado los secretos de la naturaleza, del espíritu y de la sociedad, pertenecian por derecho propio al templo donde todos los progresos del entendimiento humano tienen esclarecidos intérpretes y todas las ciencias inviolables santuarios. La Universidad Central, para cumplir este fin de su instituto, ha llamado á sí esclarecidos artistas; y á impulsos de su inspiracion, del buril y del pincel,

idea humana como las notas de un canto; en esas estatuas animadas siempre por el éter de la vida que despide el pensamiento; en las cúpulas, que esmalta con celestes arreboles el aire; en esos sepulcros que parecen un comentario á la eternidad, un triunfo sobre la muerte; en los vidrios de colores, que quiebran en mil rayos la luz; en los lienzos y tablas animados, al soplo de la inteligencia humana, se vé más bien aún que en la naturaleza, resplandecer el espíritu de Dios.

Pero estoy muy cansado, fatigadísimo, y apenas puedo escribir. Otro día describiré minuciosamente la impresión que en mí han hecho algunos de estos monumentos. No olvide usted á sus amigos.

EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

La Universidad Central ha enriquecido el gran poema de nuestras artes con una nueva imperecedera página. La apoteosis de todas las ciencias; la exaltacion de los génios que han iluminado con sus destellos el áspero camino de la humanidad hácia su perfeccionamiento; la consagracion de un recuerdo de eterna gratitud á los que han sondeado los secretos de la naturaleza, del espíritu y de la sociedad, pertenecian por derecho propio al templo donde todos los progresos del entendimiento humano tienen esclarecidos intérpretes y todas las ciencias inviolables santuarios. La Universidad Central, para cumplir este fin de su instituto, ha llamado á sí esclarecidos artistas; y á impulsos de su inspiracion, del buril y del pincel,

ha surgido un mundo de recuerdos imperecederos, de personificaciones sublimes, un poema cuyos cánticos esculpidos en piedra recordarán eternamente los esfuerzos, los sacrificios hechos por dilatar los horizontes del pensamiento humano; poema escrito con los ojos puestos en la inmortalidad, la primer musa del génio, para orgullo de las generaciones presentes y enseñanza de las generaciones venideras. Este poema, centelleante de gloria, es el techo del Paraninfo de la Universidad Central.

Cuando penetramos en el gran salon, cuya pintura ha hecho ya pluma mucha más hábil y reputada que la mía, pobre y ligera; cuando penetramos en el gran salon y advertimos su magnifico techo, la esplendidez de los colores, la combinacion maravillosa de tantos reflejos, el lujo de la arquitectura plateresca, la animacion de las figuras rodeadas de arreboles de gloria, los bustos de tantos génios, de tantos mártires que han consumido su vida por hermostear y engrandecer el espíritu; los nombres inmortales que centellean como las estrellas en un cielo sin nubes; todo, todo cuanto alcanza la vista, todo eleva el pensamiento á la contemplacion de los eternos tipos de la verdad, de la bondad, de la hermosura, que son el espiri-

tu de la ciencia; todo infunde ese religioso respeto, que solo sentimos cuando entrevemos algo que rompe la dura cadena del tiempo y se pierde en la eternidad, donde se halla la verdadera patria del hombre, el centro de nuestras almas.

En esta gran obra de arte es todo armónico. La arquitectura del salon representa admirablemente una época decisiva de la ciencia, una de esas épocas genesiacas, en que se renueva el espíritu de la humanidad: el renacimiento. La arquitectura es el arte por excelencia simbólico. Desde los primitivos tiempos los pueblos han puesto piedras sobre piedras en el espacio para expresar las ideas guardadas en su conciencia. Por eso un edificio debe representar fielmente una idea; porque la arquitectura es un símbolo. El género arquitectónico que predomina en el salon, recuerda la época del nacimiento de las grandes academias platónicas; la resurreccion del ideal clásico á los ojos atónitos del mundo; el triunfo del derecho sobre la fuerza, de las nacionalidades sobre el feudalismo; el descubrimiento maravilloso de la imprenta, que venia á dar la eternidad al pensamiento; las grandes trasformaciones producidas en la ciencia por el método experimental

que convertía la alquimia en química, la astrología en astronomía; el nacimiento de nuevos mundos entre las ondas, mundos que renovaban la naturaleza como la ciencia renovaba el espíritu; los desconocidos caminos abiertos por la audacia de atrevidos navegantes en mares que se rompían en las más apartadas regiones, en bosques inexplorados, en inmensos desiertos; el florecimiento de nuestras universidades que daban jurisconsultos á los Parlamentos de París, catedráticos á la Sorbona, consejeros á los reyes, teólogos al Concilio de Trento; la nueva vida de las artes inspiradas por las estatuas clásicas, que surgían hermosas entre las ruinas, irradiando de sus frentes de mármol siempre jóvenes, el pensamiento de la antigüedad; los progresos de los astrónomos, que comenzaban á leer en el cielo abierto por el telescopio á sus miradas los secretos de los astros; en una palabra, los grandes, los impeccederos triunfos de todas las ciencias en uno de los momentos más grandes é impeccederos de la historia.

El género plateresco es como la síntesis de dos ideas, como el anillo que une dos épocas; guirnalda maravillosa, con que el génio español ornaba las columnas griegas que surgían

en el Renacimiento. Así el techo del Paraninfo debía reunir todos los primores, todas las maravillas de este género arquitectónico, que recuerda, como el gótico florido, la exuberancia oriental de nuestro génio. El techo, la gran bóveda sobre el salón abierta, debía ser tan esplendorosa como la corona de toda la obra. En todos los grandes edificios, el génio del artifice se ha extremado siempre en la bóveda, como para recordar que del cielo viene la luz, del cielo la vida, y que el cielo es el punto donde debemos fijar siempre nuestros ojos. Por eso en el techo de que hablamos brillan mil colores: el lila, el oro, la plata, la púrpura, los matices de la luz; por eso allí se han esculpido los grandes recuerdos, la apoteosis del génio; por eso allí el pincel ha elevado los sublimes tipos de las ciencias y las artes, que se levantan como los dioses en su Olimpo.

La arquitectura, por sí sola, aislada, es lo que sería el universo inhabitado. La pintura, la escultura, esculpiendo ideas en la piedra, animando con los colores las desnudas paredes, vienen á derramar luz y á poblar de seres el mundo solitario y silencioso que ha levantado el arquitecto. El salón de la Universidad, espaciosísimo, destinado á las grandes festivi-

dades académicas, necesitaba esa vida que sólo pueden dar el buril y el pincel, derramando la rica, inagotable sávia de nuestro espíritu en las frías é inertes piedras. El hombre tiende por una ley lógica, real, de su entendimiento, á revestir todas sus ideas de su misma forma, y á infundirles su propia esencia. En el arte, para que una creacion nos interese, hemos de ver que es una creacion humana. Y por eso, principalmente el pintor y el escultor, han de encerrar en la organizacion, en la forma del hombre, todas sus ideas. Así es que en el techo del Paraninfo, aquellos rostros severos que ha esculpido el cincel, aquellas mágicas figuras que se destacan hermosas entre arbores, merced al pincel, son ideas abstractas, ideas puras, ideas invisibles, hechas visibles, reales, palpables, por el conjuro mágico de los artistas.

Los dos artistas que han desempeñado esta obra han sido D. Ponciano Ponzano y D. Joaquín Espalter. El Sr. Ponzano, renombrado escultor, cuyas obras han merecido tantos laureles, tiene en su arte esa laboriosidad y esa perseverancia, esa correccion en el dibujo, esa limpieza en el modelar, esa perfeccion en las formas, ese conocimiento del ideal clásico, ese estudio de la antigüedad, que dan rica inspira-

cion á su mente y que imprimen el sello de la inmortalidad á sus obras. El pintor Sr. Espalter ha compartido la gloria del escultor. El Sr. Espalter es un verdadero artista. Se apasiona de su pensamiento con ese amor ideal, sublime, que sólo sienten las almas inundadas de celeste inspiracion; ama la belleza por la belleza en sí; levanta por un esfuerzo prodigioso su génio á la contemplacion de los eternos tipos, de donde á raudales descende la vida del arte; es un pintor platónico, idealista, soñador, que tiene, sin embargo, un entendimiento tan plástico, permítase la palabra, una fuerza creadora tan grande, una pasion por la realidad tan intensa, que apenas ha cruzado una idea vaga, indecisa, por su mente, cuando la concreta, la aprisiona en las formas, la viste de los colores de la realidad, y la arroja en el lienzo con la misma pureza que está en su mente, irradiando inspiracion y vida.

Pasemos á la descripcion de la obra.

La bóveda es elíptica. En uno de los focos sobre el trono, se levanta la imagen de la reina doña Isabel II, como fundadora de la Universidad Central. A la derecha, en dos grandes compartimientos del techo, los bustos de San Atanasio, San Jerónimo, San Agustín, Gre-

gorio IX y San Justino, como lumbreras de la teología; y Solon, Minos, Licurgo, Numa, Servio Lulio, como lumbreras del derecho. Despues se levanta la figura que representa la teología, y le siguen la jurisprudencia, la literatura, la administracion, la historia. En los cuatro extremo de cada uno de estos grandes cuadros que representan las ciencias, hay cuatro medallones que contienen bustos de hombres célebres en cada una de las ciencias que las figuras significan. A la conclusion de las figuras, en los dos compartimientos extremos, se ven los bustos de Homero, Píndaro, Eurípides, Plutarco y Terencio, en apoteosis de la literatura, y los bustos de Thales, Hiparco, Ptolomeo, Eratóstenes y Methon, en apoteosis de la astronomia y ciencias exactas. A la izquierda del trono se levantan en dos grandes compartimientos, Sócrates, Pitágoras, Anaxágoras, Xenófanes, Heráclito, en representacion de la filosofía; Hipócrates, Galeno, Areteo, Cornelio Celso, en representacion de la medicina. Siguen las figuras de filosofía, medicina, farmacia, ciencias naturales y astronomía, con sus correspondientes medallones. Al pié se levantan los compartimientos que contienen medallones donde se hallan esculpidos los bustos de Messue, Serapion, Dios-

córides, Abenzoar, Herófilo, en representacion de la farmacia, y Plinio, Teofrastró, Euclides, Arquímedes, Arnaldo de Villanueva, en representacion de las ciencias naturales. En el foco de la elipse que dá en frente al trono, se levanta la reina doña Isabel I. En el borde inferior de la bóveda se extiende un friso donde se hallan esculpidas las armas de todas las universidades de la Península y de sus posesiones marítimas, como en significacion de que la Universidad Central las reúne á todas en su seno; y allí se ven retratos de Alfonso V, fundador de la universidad de Barcelona; Carlos V, fundador de la universidad de Granada; el príncipe de Anglona, fundador de la universidad de la Habana; D. Felipe IV, fundador de la universidad de Manila; el arzobispo de Sevilla D. Fernando de Valdés y Salas, fundador de la universidad de Oviedo; D. Alfonso IX, fundador de la universidad de Salamanca; el arzobispo D. Alonso de Fonseca, fundador de la universidad de Santiago; Maese Rodrigo Fernandez de Santaella, fundador de la universidad de Sevilla; San Vicente Ferrer, fundador de la universidad de Valencia; Alfonso IX, fundador de la universidad de Valladolid, y D. Juan II de Aragon, fundador de la universidad de Zaragoza.

za. La decoracion de esta bóveda es por extremo elegante y rica. La luz que penetra por el lucernario, por ser demasiado viva, está mitigada por los cristales raspados y por los varios colores con que ha sido adornada aquella parte de la bóveda. Los tarjetones donde campean las figuras simbólicas de la ciencia, y los bustos y retratos de los más exclarecidos varones que se han consagrado á su culto, prestan aparente apoyo al lucernario, y descienden hasta la cornisa inferior del techo. Por la parte superior de los cuadros corre una moldura, en la que se ven extenderse palmas atadas con cintas doradas, que resaltando en un fondo oscuro, dan rica entonacion al techo. En la parte inferior se extiende una zona donde se hallan las armas de las universidades y los retratos de los fundadores, que resaltan admirablemente del fondo rojo oscuro. Los paramentos destinados á recibir las figuras, han sido adornados tambien con sumo gusto. Los marcos están decorados de blanco con junquillos de oro y embutidos de pórfido y mármol rojo de Granada. Una faja, cuyo fondo imita el jáspe amarillo de Aragon, guarnecida de moldura blanca muy bien labrada, se extiende en torno de los marcos y sigue todos los movimientos

del reparto arquitectónico de la techumbre. Para que las figuras encerradas en estos cuadros resalten más, se han empleado á su alrededor colores muy suaves, como color de tórtola. En la parte superior, figuran guardamalletas que sostienen, alternando, en uno de los lados tres flores de lis, y en el otro el sol de la Universidad Central. Hay además otra zona formada por un cordon de oro, anudado en agramanes de diversas formas; cordon que tiene varias y ricas joyas, igual para todos los cuadros, y que sólo varía en los dos puntos extremos del salon, donde se encuentran los retratos de las dos reinas. Sobre cada uno de los puntos alto y bajo de los cuadros, hay un remate en bajo relieve, que tiene en el centro su origen y que parte con igualdad á uno y otro lado, enlazando con hojarascas, flores y capullos, las dos fajas que recorren toda la obra y en cuyo bajo relieve se ven génios alados que sostienen una blanca cinta, donde está pintado el nombre ó nombres de lo que el cuadro significa. A los lados de cada uno de los veinte tarjetones, se ven famas sentadas en banquetas. Visten ligeras pero largas túnicas, gracioso manto prendido con elegante descuido las envuelve, coronas de flores ornan sus sienas,

trompetas de bruñido oro ocupan sus manos, varios colores, sabiamente combinados, esmaltan sus ligeras alas, formando así un riquísimo ornamento. Al pié de los cuadros que contienen las imágenes de las dos reinas, se ven niños que perfuman unas hermosas coronas. Esta variedad de colores y de adornos, dá al techo una magnificencia indescriptible.

Como se vé, dos grandes pensamientos han presidido á esta obra: primero, consagrar un recuerdo á todas las ciencias; segundo, consagrar un recuerdo á las ciencias españolas. Las ciencias, en abstracto, en su idea general, están representadas por las grandes figuras del techo, que son como sus brillantes personificaciones. Las ciencias, en su historia, están representadas por los bustos de todos esos célebres hombres, que son como los mundos del gran sistema planetario que forman las ideas. La ciencia española está representada por los fundadores de las grandes universidades que han educado á tantas generaciones. Hoy, después de trascurrido tanto tiempo de la existencia de las universidades, hoy, en que las condiciones del siglo les quitan mucha de su antigua importancia, no miramos estos institutos con la religiosidad que merecen, no compren-

demos los progresos que trajeron á la sociedad el día en que empezaron á derramarse por el mundo. En el fondo de esas áulas, en sus bancos gastados por el tiempo, se educaron aquellos maestros en artes, aquellos doctores, aquellos juriscultos que levantaron del polvo el estado llano, que erigieron la obra del derecho sobre los anchos fundamentos de las tradiciones romanas, que forjaron la clava para demoler el feudalismo y dieron su corona á los reyes, su unidad á las naciones. Por eso hemos dicho que el techo de la Universidad es un gran poema centelleante de inspiración y de gloria. Descendamos á describirlo en todas sus particularidades.

En primer término resalta la imagen de la reina doña Isabel II. Hállase asentada en un trono bajo riquísimo dosel; á su lado, sobre una mesa, está el cetro y la corona de España, y al rededor de la figura campean locomotoras, canales, telégrafos eléctricos; las grandes conquistas del esforzado espíritu de nuestro siglo, introducidas en España bajo el régimen constitucional, que personifica doña Isabel II. La idea que preside á este cuadro es la de simbolizar los adelantos hechos en la enseñanza y en la ciencia bajo el reinado de doña Isabel II. A este

fin el pintor, para significar la fundación de la Universidad Central, de las nuevas escuelas, de los institutos, la creación de cátedras para los ramos más principales del saber humano, ha puesto en las manos de la imagen de la reina un sol, símbolo de la protección dispensada á los estudios, emblema de la gloria y de la ciencia.

Sigue el compartimento de teología. En el fondo brilla San Atanasio, personificación de una de las épocas más gigantestas del espíritu humano y de uno de los triunfos más grandes y decisivos de la iglesia. Filósofo educado en aquellas escuelas de Alejandría, donde se congregaban, como para el juicio final de la antigüedad, todas las ideas; misionero que había atravesado los desiertos del Africa en pos de almas que redimir y corazones que conquistar teólogo profundo, que explicaba, inspirado por el espíritu divino, el misterio de la Trinidad y la naturaleza del Espíritu Santo; batallador como San Pablo, que en medio de las más duras persecuciones, azotado por los huracanes del mundo, sin tierra donde fijar la planta, defendía la iglesia y condenaba á reconocer sus errores á los melesianos, apolinaristas, arrianos, y á la dudosa luz de su calabozo escribía

los principios más altos del catolicismo, llenando con su nombre todo un siglo, aquel siglo del Concilio de Nicea, donde se afirmó nuestra fé y se definieron los dogmas del catolicismo, y se preparó la iglesia para educar á los bárbaros y salvar las reliquias del imperio romano; San Atanasio, que asistió á las grandes controversias del reinado de Constantino, que levantó su voz en todos los concilios de su época, que explicó los misterios del antiguo y del nuevo Testamento, que ahogó en su cuna las rebeliones de la razón contra el dogma, que presentó á Joviano el símbolo de la fé repetido en la sucesión de los siglos todos los días, en todas las zonas de la tierra, bajo las bóvedas de nuestras iglesias, por la voz de generaciones innumerables como las arenas del mar; San Atanasio, que se levanta como un coloso en esta época gigante de la ruina de una civilización gastada y el nacimiento de otra civilización, debía tener su nombre en el centro de esta pléyade ilustre de teólogos, porque su nombre viene á ser como la letra inicial de una gran ciencia. Al rededor del busto de San Atanasio se ven representados por magníficos bustos San Clemente Papa, como uno de los que más contribuyen á afirmar la autoridad pontificia en

los primitivos tiempos de la iglesia; San Justino, como uno de los pensadores que señalan la conversión de los espíritus más elevados de la antigüedad al cristianismo, y como uno también de los primeros apologistas; San Juan Crisóstomo, el gran orador que desde el pedestal de su cátedra sagrada señala los triunfos de la iglesia de Oriente, el Platon cristiano, que se levanta sobre el ruido de los hechos que pasan en la historia y de los seres que cruzan por la naturaleza, á la contemplación de Dios en esencia; San Ildefonso, como símbolo de los grandes triunfos de la iglesia de Occidente, y en especial de la iglesia española, como intérprete de uno de los misterios más consoladores de nuestra religión, como historiador también eclesiástico; de suerte que el cincel ha esculpido en piedra los dolores, las luchas, los esfuerzos maravillosos, los triunfos de la iglesia en épocas de grandes pruebas para el mundo, de angustia para el espíritu humano; épocas en que se manifiesta más clara y visiblemente la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia.

Al compartimento de teología sigue el de jurisprudencia. En éste brillan los bustos de Minos, Licurgo, Solon, Numa y Servio Tulio.

Con solo detenerse un instante á contemplarlos se comprende el profundo pensamiento filosófico que ha presidido á la colocación de estos bustos. Minos representa el derecho surgiendo del Oriente, cuna del sol y de todas las grandes ideas, y trasformándose en la isla de Creta, donde se trasformaron las artes, donde se trasformaron los dioses que rudos venían del Oriente para revestirse de nuevas formas y entrar en el santuario de la humanidad, en la hermosa y riente Grecia. Licurgo representa la transformación del derecho sagrado, del derecho ciclópeo de los primitivos tiempos, el derecho más humano, más social, si bien conservando siempre un sello militar y aristocrático, cual convenía á la severa y sagrada raza de los Darios. Solon es el representante de la libertad, del derecho escrito, del derecho humano, y por eso está en el centro como el sol, á cuyo alrededor gira toda la historia, como el gran artífice que encontró el diamantino eje de la justicia. Numa, como su nombre griego indica (*νομος*) es la ley, pero la ley sacerdotal, la ley sagrada, la ley misteriosa, la ley de los patricios, y Servio Tulio es el derecho de los plebeyos, la ley de las gentes menores, pero ley que introduciéndose en el seno de las antiguas fórmulas,

de los antiguos principios de derecho, los ha de romper sin profanarlos y ha de llamar á Roma todos los pueblos, y ha de extender la justicia, el derecho, como un cielo, sobre la frente de toda la humanidad. Minos es el derecho oriental; Solon el derecho humano; Licurgo el anillo que enlaza el Oriente con el Occidente, la autoridad con la razón; Minos con Solon, como Numa enlaza á Roma también con el Oriente, y Servio Tulio con Grecia, para que después la obra del pueblo-rey, su derecho, sea humanitario como el resumen de toda la antigua ciencia, como la aplicación positiva de todos los principios abstractos de la religión y de la filosofía, á la sociedad y á la vida.

Apenas apartamos los ojos de este compartimento, cuando vemos aparecerse entre nubes, misteriosa, la sagrada imagen de la teología. Es una matrona hermosa, aunque su palidez muestra que un amor infinito la posee, y que la aspiración del cielo la entristece; un manto blanco le cubre la cabeza á manera de la nube misteriosa que envolvía en el alto Sinaí la frente de Jehová; sus ojos se pierden allá en los espacios celestes con místico arroboamiento; sus manos llevan el sagrado cáliz que nos ofrece la eterna comunión con nuestro

Dios, y el libro de las escrituras que guardan las verdades divinas; su actitud es reposada, porque mal se avendría el anhelo, la ansiedad, con una ciencia que posee ya todas sus verdades, que encierra la verdad absoluta: á su lado se vé la tiara de la iglesia, y entre nubes y resplandores y arreboles de gloria se aparece la cruz, como nuestra esperanza, como nuestra fé, el signo sacratísimo, suspendido por el sacrificio del Hijo del hombre entre las iras del cielo y los pecados del mundo.

Sobre la figura de la teología campea el nombre de San Jerónimo, el espíritu que une el génio de Oriente con el génio severo de Roma, el divino intérprete de las Sagradas Escrituras, el austero cenobita encerrado en su convento del Asia, cerca de la cuna del cristianismo, para aspirar mejor el aroma de sus ideas, el batallador incansable contra todas las heregías, el traductor de la Biblia. A la derecha se descubre el busto de San Agustín. El nombre del primer padre de la iglesia latina debía venir en pos del nombre de San Jerónimo, como derivación y consecuencia de toda la doctrina precedente que se extiende y se afirma incontrastablemente en su alma. No se puede mirar el rostro de San Agustín sin sentir un senti-

miento religioso austero, indefinible. Cuando Roma caía; cuando se desmoronaba el faro de la humanidad, el alto Capitolio; cuando el Danubio y el Rhin vomitaban sobre el imperio como nubes de langosta los bárbaros; cuando era la tierra un inmenso lago de sangre en que flotaban rotas y deshechas todas las aras, todas las divinidades, todas las instituciones, todas las leyes; San Agustín, sereno como la fe, con los ojos puestos en la esperanza, entre el estruendo de la guerra y el pálido fulgor de los incendios, traza la Ciudad de Dios, el ideal de la humanidad, el arca sagrada que flota sobre aquel diluvio y que encierra en depósito el inmortal espíritu del hombre y las promesas del Eterno. El esfuerzo gigantesco que representa San Agustín, debía grabarse indeleblemente en este gran muro donde todos los esfuerzos generosos tienen un recuerdo. Entre las tormentas de una edad pavorosa, el gran escritor muestra el sol de la Providencia; en frente de los pelagianos sostiene la gracia divina; en frente de los maniqueos, la unidad del espíritu y la libertad humana, y en frente de los arrianos, la verdad del espíritu de Dios, consustancial con el Padre y el Hijo, que bajo sus blancas alas protegen el mundo y la ciencia, el hombre y

la iglesia. Este genio gigante de San Agustín es como una estrella que señala en siglos tempestuosos los derroteros de la humanidad. A la izquierda de la figura descúbrese el nombre de Gregorio IX, papa, que representa y personifica, además del poder inmenso del pontificado en su edad, y de las tentativas generosas de unir la iglesia griega con la iglesia latina, una idea esencial, el derecho canónico encerrado en sus famosas Decretales. San Jerónimo, que es el intérprete de las Escrituras; San Agustín, que es la idea teológica en toda su pureza, y Gregorio IX que es el derecho, se completan con el nombre inmortal que se vé al pié del cuadro, como un epílogo, con Santo Tomás. Filósofo, jurisconsulto, teólogo, Santo Tomás resume todo su siglo y con su genio gigantesco influye en el derecho canónico, la obra social de su tiempo; en la Divina Comedia, la obra artística de su edad; en la mente de San Luis, ideal de aquellas sociedades, y después de llenar con su espíritu un siglo, resume todas las ciencias y es como el sol que se levanta en medio de las esferas, vivificándolas con su calor, y sosteniéndolas y armonizándolas con su fuerza.

Sigue á la figura que representa la teología,

la figura que representa la jurisprudencia: es una matrona severa como la ley; de aspecto tranquilo, cual conviene á la justicia; de mirar escudriñador, como que ha de indagar hasta los más hondos secretos de la conciencia y los más profundos misterios de las pasiones; lleva en su frente por diadema un sol, como para manifestar la claridad de sus juicios; tiene en una mano la espada con que defiende el derecho y en la otra la balanza en que pesa las acciones humanas; y sostiene también una tabla, en cuyo centro reluce el principio capital de toda ley, de toda justicia, el *summum cuique*; y á sus plantas hay varios legajos en conmemoración de los distintos códigos en que se ha manifestado esta ciencia, y en toda la figura resplandece esa elevación, esa severidad, esa paz propia de un ser que se levanta sobre todas las sombras de las preocupaciones humanas y sobre el estruendo de todas las tempestades del mundo. A la cabeza del cuadro resplandece el busto de Papiniano. Su amor á la justicia; sus célebres respuestas, que eran como la base del derecho romano; sus sentencias, que resumían en breves palabras grandes tratados é inmensas cuestiones; sus ideas, que tenían fuerza de ley en los tribunales; sus libros, que eran los

oráculos de la ciencia de las escuelas; su vida consagrada á la humanidad, su gloriosísima muerte, hacen de Papiniano un símbolo de esa edad en que el derecho romano rompía el recinto de la ciudad para dilatarse por el mundo; de esa edad en que el alma universal, única, predicada por la escuela estoica, se replegaba en el seno de la jurisprudencia. Triboniano, que está á la derecha, representa la edad en que el derecho antiguo y el nuevo derecho, el estoicismo y el cristianismo, la escuela y la iglesia se reúnen para dejar á las generaciones los grandes monumentos de los Códigos de Justiniano. A la izquierda se vé el busto de Alfonso X, que representa el renacimiento del derecho en la Edad media; ¡el derecho! que debía destruir el feudalismo, aperebrir el estado llano á la libertad, concluir con el fraccionamiento de los códigos que eran como pesados eslabones de la cadena arrastrada por los pueblos; levantar á su tribunal la justicia, en vez de tenerla á merced de los nobles; unir el espíritu del derecho canónico y el espíritu del derecho romano; el genio de las nacionalidades con el genio de la humanidad; escribir en la frente de los pueblos un ideal de paz y de justicia, hacia el que caminaron entre grandes sacudimientos

durante la Edad media; ideas gigantescas, concebidas por un hombre que se adelanta, como un profeta, prodigiosamente á los siglos. Al fin, cerrando este cuadro, á los piés, se descubre el nombre de Grocio, el autor del libro de la libertad de los mares y del libro que es el timbre de su inmortalidad, el derecho de gentes; representante de esa idea que tantas transformaciones ha sufrido, de esa idea esencial á nuestra naturaleza, de la idea del derecho en los modernos tiempos. De suerte que Papiniano representa el derecho romano inspirado por el estoicismo; Triboniano, la unión de la idea estoica y de la idea cristiana en el derecho; don Alfonso X, el renacimiento del derecho en la Edad media; Grocio, el derecho en nuestra edad: magnífica epopeya, cuyos cánticos son los pensamientos de hombres ilustres que dejan una huella inextinguible en la conciencia de la humanidad y en el eterno reflejo de la conciencia que es la historia.

A la figura de jurisprudencia sigue la que representa la literatura. Es una hermosísima joven que levanta los melancólicos ojos al cielo como buscando la eterna luz que baja del cielo sobre el alma del poeta. Ciñe á sus sienes el laurel de la inmortalidad, y sobre su frente

centellea la llama del génio tan vívida y tan pura como el fuego que derrama la vida en la naturaleza. En la mano derecha tiene una pluma por donde corre la sávia de sus ideas, y la mano izquierda la apoya ligeramente en el papel, que está con varios libros en un pedestal. A su lado se ve la lira, sí, la eterna lira que Dios entregó al ángel desterrado, al hombre, para que al pulsarla sintiera los ecos de su pátria, que se esconde más allá de los mundos y los soles. En desórden, á su alrededor, aparecen la trompa épica, el tirso, las máscaras de la tragedia y de la comedia en señal de las varias transformaciones que sufre y de las ricas formas que toma la imaginación, esa mariposa encerrada en el cáliz de nuestra alma. Viste un traje griego, porque Grecia, esa tierra querida del sol, besada por las aguas del Egeo, ceñida de mirtos y de laureles, alzada sobre mármoles entre la Europa y el Asia, es el templo de la inspiración, la cuna del arte, el ara donde el espíritu humano guardará eternamente la llama que ilumina al génio. No puedo continuar si no digo aquí que el alma del Sr. Espalter es tan dúctil, tan flexible, tan impresionable, que al contemplar esa figura se ve que es la imagen de una inspiración tal como podía sentirla.

un poeta. ¡Loor al génio, loor á las artes españolas, cuyo númen será siempre inagotable! Sobre esta figura se levanta el busto del tierno cantor de Mántua, de Virgilio. Ninguno, en verdad, tiene más títulos al amor de la humanidad. Él unió en su inmortal poema la Iliada y la Odisea, la epopeya heroica y la epopeya de la civilización, el génio del Oriente y el génio de Grecia; porque alcanzaba que Roma sólo podía ser la reina del mundo, absorbiendo en sí todos los recuerdos de la historia, todas las ideas y todas las fuerzas de la humanidad. Homero, de una civilización adelantada y madura, sus formas son perfectísimas, sus versos acabados, su inspiración el primer albor de la idea cristiana, su nombre la estrella que guía entre sombras el génio poético de la Edad media. Su imaginación es tan flexible, que ya se levanta impetuosa á cantar las tempestades y las guerras, ya llora amorosísima los más íntimos dolores del corazón, ya se pierde en la historia, ya se encierra plácida y serena en la naturaleza. Virgilio por sus formas, es griego, es clásico; pero por su espíritu, Virgilio es cristiano. Su casta figura separa dos edades, dos mundos, dos religiones. Por eso su melancolía es como el adiós de un génio que muere, y su inocencia

y su candor, y sus presentimientos, son como el primer ensueño de un génio recién nacido, que duerme en cuna de flores. Por eso San Jerónimo oraba en su sepulcro, Dante le pedía auxilio en el delirio de su inspiración gigantesca, y Petrarca plantaba sobre sus cenizas el laurel de la inmortalidad y de la gloria. El nombre de Virgilio, pues, debía lucir sobre la frente de la literatura, como el resumen del arte clásico y el primer albor del arte cristiano. A sus pies brilla el busto del sombrío y profético Dante, como recibiendo en su frente el reflejo de la gloria de Virgilio. Dante resume toda la literatura moderna. El génio del catolicismo es su génio. Platón y Aristóteles se unen amorosamente en su imaginación como se unían ya en la Divina Suma de Santo Tomás y en el seno de la iglesia. Las eternas esperanzas y los eternos dolores del mundo cristiano se mezclan en sus versos, formando una armonía que aún oyen los siglos con sublime terror religioso. Dante no es un génio italiano, es un génio universal, humanitario. Cuando describe al conde Ugolino, pálido, desencajado, hambriento, royendo la calavera de su enemigo y limpiándose con los muertos cabellos los labios empapados de sangre, rodeado de los cadáveres de sus

hijos en el fondo de aquella prision oscura y triste, sobre la cual se ciernen como las alas de un inmenso murciélago el hambre y la miseria; cuando describe este negro cuadro, el génio del Dante es el génio de Shakespeare. Pero cuando ve tranquilamente llegar á él dos almas, blancas como palomas, perdidas en los aires, pendientes de un eterno beso, dos almas que han vivido en las orillas del Arno, y allí han cantado sus desgraciados amores que todavía repiten los campesinos de Florencia y los gondoleros del Adriático á la luz de la luna; cuando describe estas lágrimas, cuando exhala estos quejidos, estos suspiros, su alma es puramente italiana, dulce como un soneto de Petrarca, melancólica y tierna como una melodía de Bellini. Y cuando su espíritu se pierde en los círculos de todos los dolores, de todos los castigos, ó se levanta gozoso á contemplar la eterna luz, á bañarse en la esencia de la eterna vida, su espíritu tiene el misticismo español, y lleva en sí como la semilla lleva la flor y el fruto, el génio maravilloso que se ha de encarnar más tarde en la mente de Calderon. El Dante merece el lugar que ocupa en esta apoteosis de las artes, porque en la série de los tiempos representa admirablemente la union del mundo

clásico y el mundo cristiano, y es el ideal de nuestras artes. A un lado está Demóstenes: su nombre trae á la memoria la elocuencia política que mueve los ánimos al amor de la humanidad y de la pátria, que es tempestuosa como las grandes pasiones, arrebatada como el espíritu del pueblo; solemne como la voz augusta de la libertad; esa elocuencia, que al espirar herida por el hierro de Filipo y Alejandro exhalaba entre lastimeras congojas sus más sublimes cánticos. Enfrente del gran Demóstenes aparece Ciceron. Demóstenes representa la naturaleza, Ciceron el arte; Demóstenes la elocuencia política, Ciceron la elocuencia forense, la académica y la política; Demóstenes brilla principalmente como orador, Ciceron como orador y como escritor; Demóstenes tiene la impetuosidad de las repúblicas griegas, Ciceron la calma, el reposo olímpico de Roma; Demóstenes combate por la libertad, Ciceron por la ley; Demóstenes, es la pasión exaltada, es el corazón que brota raudales de sentimiento en su elocuencia incomparable, Ciceron, como hijo de otra edad y de otro pueblo, es el concierto admirable de la razón, del sentimiento y de la fantasía; Demóstenes será siempre más elocuente, pero Ciceron será más universal; el ora-

dor griego reina en la plaza, el orador romano, en la plaza, en el foro, en los tribunales, en las academias; los dos reunidos son el mayor esfuerzo de la elocuencia, el mayor milagro de la palabra. Nótese cuán filosóficamente está completada esta página de la literatura en el techo del Paraninfo: en la línea que baja del cielo á la tierra, en la línea de la poesía, en la línea horizontal, en la línea humana, está la elocuencia, como que la poesía es la inspiración, la hermosura por la hermosura en sí, y la elocuencia es la inspiración aplicada á la sociedad y á la vida.

Sigue á la literatura la administración. Matrona de mirar sereno y continente majestuoso y reposado; ciñe una diadema, en la cual se engasta el ojo de la Providencia en señal de su celo por el bien público. Con la mano derecha sostiene un yugo cubierto de flores, indicando que el yugo de la ley es benéfico y suave. La balanza de la justicia acompaña el signo de la soberanía y del mando, como para decir que toda buena administración debe fundarse en los eternos principios del derecho. Descúbrese al lado de la figura un busto de Apolo, libros, el cadúceo de Mercurio y una máquina de vapor, simbolizando que una administración pró-

vida y justa hará florecer siempre las ciencias, las artes y el comercio. Al rededor de esta figura se ven los nombres de Xenofonte, Estrabon, Ustariz y Adam Smith. El primero, en su obra *De Económica* analiza el trabajo y sus operaciones, investiga el origen de las rentas públicas, recomienda la celeridad y la justicia en las causas de comercio, y da buenos consejos á los agricultores, resumiendo en sí toda la ciencia de su tiempo. El segundo representa el ramo importante de la estadística: dá noticias del comercio de las naciones, de sus riquezas, de sus caminos, de sus barcos, de la prosperidad y decadencia de las ciudades mercantiles, de las leyes, usos y costumbres de los pueblos dados al tráfico. El tercero es el Estrabon español. Su ciencia se levanta sobre el empirismo de los arbitristas. Su conocimiento de nuestro comercio, de nuestra marina, es grande y minucioso y señala ya en sus tiempos los vicios de que adolecía nuestro gobierno, y que eran rémora á nuestro progreso económico. El último, Smith, es el fundador de la economía política. Su gran obra, que tiene por objeto la investigación de las causas de la riqueza en las naciones, su obra es uno de los maravillosos monumentos del siglo diez y ocho. Él mostró

que la fuente de la riqueza es el trabajo, él dió el primer grito de libertad á las naciones mercantiles, él renovó toda la ciencia económica, allegando también los tesoros de los pasados siglos. Xenofonte, Estrabon, Ustariz, Smith, resúmen las principales fases de la economía política.

La última figura simbólica de la derecha del trono es la historia. Esta es una de las figuras en que más brilla el sentido filosófico del señor Espalter. Es una jóven rubia y de temperamento linfático, señal de que la historia fría y severa no se deja arrastrar por las pasiones. Examina atentamente un pergamino, leyendo con mirada escudriñadora los secretos del tiempo; y tiene enfrente un libro siempre abierto, siempre dispuesto á grabar los hechos que pasan, imagen viva de la memoria de la humanidad.

A lo léjos se vé el horizonte nublado, oscuro, como los tiempos antiguos; en primer término un pedestal, donde brilla el busto de Jano, símbolo de lo pasado y lo presente; al pié del pedestal pergaminos, libros, medallas, en representación de las ciencias auxiliares de la historia; y destacándose en el horizonte las pirámides de Egipto, símbolo de la edad oriental; la estatua clásica, recuerdo de la apoteosis del

hombre en Grecia; el bajo relieve romano, el lúcido casco, símbolo de la guerra de la Edad media; las balas de cañon, que destruyeron los castillos donde anidaba el orgullo del feudalismo, y despertaron con su estampido la libertad dormida en el seno de los pueblos. Este cuadro admirable, que reúne todas las ciencias auxiliares de la historia, que pinta y reúne magistralmente todos los tiempos, se halla realzado por la figura principal, modesta, sencilla, hermosa, vestida con severidad, representando admirablemente la esencia y la forma de la historia. A la cabeza del cuadro se halla el nombre de Heródoto, el Homero de la historia que separa las edades divinas de las edades heroicas, y escribe con el acento de un semi-dios, con el misterio de un sacerdote; al lado derecho Tucídides, el historiador artista, pero humano, que pinta los dolores y las angustias, las glorias y los triunfos de un gran pueblo; á la izquierda Tito Livio, el Heródoto romano, cuya historia, más que la vida de un pueblo, encierra, como la ciudad eterna, la vida de la humanidad; y al pié, rematando este cuadro maravilloso, el escritor poeta, el escritor filósofo, el escritor trágico, el sombrío Tácito, cuyo nombre fué el gran castigo que la Providen-

cia mandó á los déspotas para mostrarles que la historia es severa como la conciencia de la humanidad, é inexorable como la justicia de Dios.

Con la historia terminan en el muro de la derecha las pinturas; pero quedan dos compartimientos del techo ocupados por esculturas. El primero simboliza la literatura; el segundo la astronomía y ciencias naturales. En el centro del primer compartimento aparece Homero, el pobre ciego que andando de region en region con su lira y sus cánticos, transformó la teología bárbara de Oriente en la teología humana de Grecia, celebró el triunfo del hombre sobre la naturaleza, mostró el tránsito de la edad oscura de las absorbentes castas á la edad libre de las ciudades y de las pequeñas repúblicas; y dejó en sus versos, ora dulces como el acento de una vírgen, ora rudos como el resuello de un guerrero, el eterno ideal del mundo artístico. Sobre Homero resplandece Píndaro, representación de la primer forma de poesía, de la poesía lírica, que antecede siempre al teatro, y es la comunicación del alma con la naturaleza y con su Dios. A la derecha está Eurípides, la gran figura que corona la tragedia griega, el sucesor de Sófocles, el que peleó, como Esqui-

lo, en los campos contra los persas, el que creó el tipo inmortal de Ifigenia, la hermosa vírgen ofrecida como víctima inmaculada á los dioses, el que cierra el más grande período literario de Grecia, el que renace al través del tiempo, en nuestro teatro moderno y en el inmortal génio de Racine. A la izquierda se vé á Plutarco, ese autor de las vidas paralelas, que resucita á nuestros ojos con la vara mágica de su génio los hombres más grandes de la antigüedad, y sorprende hasta las intenciones de su voluntad, hasta los secretos de su conciencia. Al pié, cerrando este cuadro, se vé á Terencio, como imagen de la comedia urbana, de la comedia social, de la comedia que más relaciones tiene con el teatro moderno, con Alarcon, Moreto, Tirso y Moliere, que son los más grandes autores cómicos de la literatura cristiana. Están, pues, representadas la poesía subjetiva, la lírica; la poesía objetiva, la épica; y la síntesis de la poesía lírica y de la poesía épica, la poesía dramática en sus dos grandes manifestaciones; la tragedia que se relaciona con lo infinito, y la comedia que se relaciona con lo finito, con la vida práctica, con el mundo.

Sigue el compartimento de la astronomía y ciencias naturales. En el centro se halla Thales,

que representa el espíritu humano, tomando las primeras lecciones de la naturaleza, pegado á la creacion como el niño al pecho de su madre, creyendo que el agua ha producido todas las cosas como la teogonía primitiva imaginaba que Vénus, el amor universal, surgió entre las ondulaciones de la blanca espuma de los mares. Sobre Thales se halla Hyparco, astrónomo y matemático griego que aplicó la geometría á la astronomía, haciendo así de una ciencia hasta entonces poco ménos que empírica, una ciencia racional fundada en leyes universales de la naturaleza y del espíritu; y á estos grandes adelantos unió estudios profundos sobre los equinoccios, la creacion de la trigonometría, de las proyecciones estereográficas, y la invencion del primer astrolabio. A la derecha se vé á Ptolomeo que reunió toda la ciencia de su tiempo y dió nombre á un sistema á que ha dado crédito la humanidad por muchos siglos. A la izquierda se vé Methon, que merece este recuerdo por haber armonizado el año lunar con el solar, por haber inventado el número áureo; y al pié está Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría que enseñó la oblicuidad de la eclíptica y la manera de medir un grado de meridiano, y que construyó la primer esfe-

ra armilar y el primer observatorio astronómico.

Con los dos compartimentos que hemos descrito, concluye el muro de la derecha del trono. En el muro de la izquierda se vé en primer lugar el compartimento de la filosofía. A la cabeza brilla el busto de Pitágoras. Este nombre enlaza la ciencia misteriosa de los sacerdotes orientales con el espíritu libre de los filósofos griegos. Su filosofía admite que Dios es la esencia de todo, y la esencia de Dios el número, y la esencia del número la unidad, en torno de la cual giran, como notas de un eterno cántico en cadenciosa armonía, las ideas, y los mundos, y los soles. En su filosofía se vé al espíritu levantándose de la naturaleza, donde estaba encerrado y oprimido, á la concepcion de la unidad espiritual; idea que rompía todo el materialismo precedente, y asentaba una ancha base para el progreso de la ciencia. Al pié de Pitágoras, se descubre el nombre de Heráclito, el sublime filósofo cuya tristeza es como el suspiro congojoso del alma en su continuo esfuerzo por alcanzar la verdad; Heráclito, que llegó á concebir que el verdadero sér es el sér concreto, y á explicar el desarrollo del mundo por oposiciones, de las cuales resulta la eterna

armonía, y á sentir en su interior un presentimiento de la verdadera conciencia del espíritu humano, esa mónada sublime, que refleja, según el dicho del filósofo, todo el universo. A la derecha, en la línea horizontal, se vé el nombre de Anaxágoras. Poniendo atento oído al rumor de los seres que pasan y se suceden continuamente en perpétuo indefinido movimiento; Anaxágoras no puede explicar esta sucesión de los seres y este continuo oleaje de los hechos, sino por el impulso de una fuerza superior, indefinida, más elevada que el mundo, fuerza que ordena las cosas, y que el filósofo llama ya espíritu, encendiendo así con su soplo la llama divina del espiritualismo en el altar de la ciencia. Pero este espíritu eclipsa todo el mundo cuando llega á penetrar en la conciencia de Xenófanes, filósofo cuyo nombre está á la izquierda de Anaxágoras, como principal representante de la gran escuela idealista, de la escuela de Elea. Perseguido por los guerreros persas, soldado de la libertad de su patria, poeta pobre y desvalido como Homero, viviendo de sus cánticos, alimentándose de la sustancia de su propio espíritu, Xenófanes llega á destruir el mundo material, la naturaleza, mas es para levantar á Dios el pensamiento

sobre las ruinas de la tierra y las pavesas de los astros. Estos cuatro filósofos personifican los cuatro grandes movimientos de la antigua ciencia humana. Pitágoras es el hombre levantándose del seno de la tierra; Heráclito la lucha interior del hombre para comprender su naturaleza y su vida, y el anuncio del espíritu; Anaxágoras el nacimiento de la idea del espíritu en la conciencia humana; Xenófanes la contemplación de sí mismo, en que se absorbe el espíritu, al nacer su filosofía, recreándose en su existencia. Toda la filosofía se resuelve, se resume en el nombre que está en el centro del compartimento, en Sócrates. Este filósofo revela el secreto del espíritu humano; enseña al hombre á convertir los ojos á su vida interior; descubre los misterios de la conciencia; funda la verdad, no en la naturaleza sino en el inmediato conocimiento del espíritu, al cual no llegarán nunca las negaciones del escepticismo; muestra que la razón es la voz de Dios en el alma, y la conciencia la voz de Dios en la vida; funda la fé en el propio criterio, cegado ántes por los resplandores del mundo material; levanta sobre todos los oráculos el eterno oráculo del juicio humano; sobre todos los sacerdotes del paganismo, el eterno sacerdote, el pen-

samiento; separa la razón al conocimiento de lo verdadero y la voluntad á la práctica de lo justo; levanta la verdad, la bondad y la hermosura, como seres en sí, sobre todo lo variable y contingente; pone sobre las leyes de su tiempo el principio de justicia, que la razón enseña y la conciencia aprueba; y de esta suerte, por un esfuerzo incomprensible de su genio, se eleva á negar el paganismo: negación sublime que es la causa de su muerte, de aquella muerte tan amarga, pero tan grande, en que el filósofo prueba al espirar, con la sonrisa en los labios y la serenidad en el rostro, que la verdadera luz de la vida nunca anochece para el justo. Sócrates debía relucir en el centro de Pitágoras, Heráclito, Xenófanes y Anaxágoras, que fueron sus profetas, como el genio superior que mostró al hombre la tierra prometida de la ciencia.

Sigue al compartimento de filosofía el compartimento de medicina. En el centro se vé el busto severo del sublime viejo de Cos, de Hipócrates, que es en medicina lo que Homero en literatura, lo que Sócrates en filosofía. Su vida fué el sacerdocio continuo de la ciencia. Su nombre señala el tránsito de la medicina empírica á la medicina científica, de la medicina

teocrática á la medicina humana. Hipócrates abandona los sortilegios mágicos del Oriente, propios de la infancia de toda ciencia, y apela al estudio profundo de la vida y de la naturaleza. La observación es su gran criterio, la observación que es la llave del mundo material. Así era cirujano y médico, teórico y práctico, reuniendo los dos grandes caracteres, la idea y el hecho; porque el hecho, la práctica de la medicina sin la idea, es el empirismo ciego, y la idea sin la práctica, sin el hecho, es como una sombra que se pierde en lo abstracto y en lo vacío. El médico debe derramar sus pensamientos, su ciencia, como un oloroso bálsamo en el cuerpo dolorido del hombre. Estudió Hipócrates, guiado por estos grandes propósitos, la naturaleza material humana, la influencia de los aires, las aguas y los lugares en la salud, y redujo todas sus observaciones y todos sus estudios á reglas generales en sus aforismos, que son hoy axiomas de la ciencia. Su nombre debía ocupar el centro, como la piedra angular de la medicina. Sobre el busto de Hipócrates brilla el de Galeno, médico insigne, que vivió en tiempo de Marco Aurelio; que tuvo también por norma de su ciencia la observación de la naturaleza; que amplió el estudio de la gran

ciencia del curar en la ancha base de los conocimientos anatómicos; que embebido en la contemplación del cuerpo humano, prorumpió en cánticos sublimes al Creador delante de esta organización privilegiada del hombre, la cual compendia todas las maravillas de la naturaleza. Areteo es el busto de la derecha de Hipócrates en la línea horizontal; Areteo, que ha sido llamado el Rafael de la medicina. A la izquierda se vé á Cornelio Celso, el Hipócrates latino, el gran escritor denominado por su elocuencia Cicerón de la medicina, el gran cirujano, el filósofo que reunió todos los conocimientos de su época. Al pié se encuentra Celio Aureliano, célebre por sus grandes obras y su extraordinaria ciencia. Estos cinco nombres resúmen los progresos de la medicina en los antiguos tiempos.

Sigue al compartimento de medicina la figura simbólica que representa la filosofía. Es una virgen hermosa como la ciencia que personifica; robusta como la razón; una virgen que se presenta en actitud de andar, de moverse, pues el progreso continuo es el alma de la filosofía, que nunca reposa, como no reposa nunca el inquieto y audaz pensamiento del hombre; tiene la mirada fija en el punto que intenta descu-

brir, y tan penetrante, que llega sin duda hasta la esencia de las ideas y de los seres; lleva en la mano derecha la antorcha de la razón, cuya suave claridad aleja las sombras, que huyen y se desvanecen allá en el fondo del cuadro, y en la mano izquierda una columna para indicar la solidez de sus principios; su frente irradia resplandores celestes; su traje es griego y trasparente, que indica el origen clásico de la filosofía y la transparencia de la verdad. Sobre la figura de la filosofía descúbrese el busto del inmortal Platon. Su nombre debía resplandecer ahí como en señal del esfuerzo sobrehumano de la filosofía para penetrar en lo eterno, en lo inmutable, y arrancando el velo de lo sensible, de lo material, contemplar á Dios frente á frente en arrobamiento divino, viendo en el Ser infinito la realidad de la humanidad y de la verdad, la fuente de la vida, la luz del alma en inmenso ser, que contiene en sí las ideas y los seres contingentes, y en cuya presencia es pálido fulgor la hermosura que se encuentra en la naturaleza; vana sombra la verdad que es dado allegar al hombre.

A la derecha se vé el busto de Aristóteles. Este filósofo representa una nueva faz del espíritu; es observador, es práctico, es humano, es

universal. Su filosofía se eleva del conocimiento de las cosas al conocimiento de las ideas, y del conocimiento de las ideas al conocimiento de Dios. Su mente no estudia lo general sino después de haber estudiado lo particular; no llega á la ley, sino después de haber conocido el fenómeno. Aristóteles no abarca la naturaleza en una síntesis, la estudia en sus determinaciones, en sus individualidades; no va arrobado en pos de la hermosura ideal, la busca en la naturaleza y en el arte; no modela toda sociedad en su conciencia, la modela en sus leyes y en sus tradiciones; y siendo adorador de un Dios, proclamando la existencia del espíritu, admitiendo verdades universales, independientes de los sentidos, representa la observación y la experiencia, el sentido común, el criterio seguro, que sujetándose á las condiciones del hombre, no se pierde como Platon en los inmensos espacios, ántes reina como absoluto dueño en la esfera de lo contingente, aquí en la tierra. A la izquierda se vé á Bacon, al filósofo que aplica el criterio de la observación á las ciencias experimentales, y mata las hipótesis que habían hecho de las ciencias exactas una astrología judiciaria, ó una leyenda maravillosa, en que faltaba todo el resplandor de la ra-

zon y de la verdad. Bajo el cuadro, al pié, se halla Descartes, cuyo nombre separa la filosofía de la Edad media de la filosofía de los tiempos modernos. Descartes resume la ciencia precedente. Por su empeño en volver la base del conocimiento á la conciencia, es como Sócrates; por su espiritualismo, como Platon; por su conocimiento de la naturaleza, como Aristóteles; por su manera elocuente de hablar de Dios, como San Anselmo y San Agustín; y en su filosofía además encerraba en sí ya como un presentimiento el misticismo de Malebranche y la razón severa y elevada de Leibnitz; siendo el epílogo de un mundo y el prólogo de otro mundo mayor. Platon y Aristóteles son las dos fases de la filosofía antigua; Bacon y Descartes las dos fases de la filosofía moderna, y todos han unido al espíritu del hombre con la naturaleza y con el Criador.

A la figura que representa la filosofía, sigue la que representa la medicina. Es una matrona de edad madura, para significar que en medicina se necesita mucho la experiencia. Mira con amor una figura anatómica grabada en una tabla, la cual descansa sobre un libro en el que se lee el nombre de Hipócrates. Apoya la mano izquierda en el bastón de Esculapio, cuyos

nudos representan las dificultades de la ciencia, y cuya serpiente representa la sagacidad que necesita el médico. Sobre la figura se vé el busto de Avicena, el célebre médico árabe que introdujo á un tiempo en Europa el estudio de las ciencias aristotélicas y de las ciencias naturales; Avicena, cuyos cánones y preceptos fueron en la Edad media la base principal de la enseñanza, tanto en Europa como en Asia. Avicena, pues, representa la medicina en la Edad media. A la derecha se vé el nombre de Harvey, unido á los progresos de la medicina moderna, una de sus más claras glorias. Dió una importancia extraordinaria al estudio fundamental de la medicina, á la anatomía, y descubrió y esclareció las leyes de la circulación de la sangre ántes presentidas por el desgraciado español, el inmortal Servet. A la izquierda se vé el nombre de Haller, sábio suizo, poeta y naturalista de fecundidad prodigiosa, que dilucidó admirablemente más de mil doscientas cuestiones sobre botánica, anatomía y fisiología, y que estudió los misterios de la respiración y la generación. Cierra el cuadro Sydenham, médico inglés, cuyo esclarecido nombre lleva un medicamento en nuestros días. Esos sábios, que han estudiado una de las ciencias

más difíciles y más útiles; que han descubierto los misterios de la privilegiada organización del hombre, y sorprendido los secretos de la vida; que han mejorado la condición humana, aliviando grandes dolores, destruyendo penosas plagas; esos sábios, consagrados á la humanidad, después de haber pasado su vida entre las lágrimas y el dolor, y los quejidos de los mortales, vida sublime de abnegación y sacrificios, merecen un recuerdo inmortal en el templo de la ciencia; porque todas las grandes manifestaciones del espíritu humano son igualmente respetables á los ojos de la razón y de la historia, y todas igualmente provechosas al mejoramiento y progreso de la humanidad.

Sigue á la figura de medicina la de farmacia. Es también una matrona que muestra en su edad madura su experiencia. Está observando minuciosamente la naturaleza. Tiene en la mano derecha una culebra, la cual se abalanza á beber el licor guardado en una taza que ostenta en la mano izquierda. Lleva la cabeza cubierta con un paño y está arrimada á un pedestal, donde se vé el busto de Esculapio, en señal de las relaciones que la farmacia tiene con la medicina. En el suelo se ven adormideras, retortas, la máquina de hacer éther y otros instrumentos

necesarios á esta ciencia. Era difícil expresar el símbolo de la farmacia, y el Sr. Espalter, separándola de la medicina, de las ciencias naturales y uniéndola al mismo tiempo en todas sus relaciones, ha mostrado, no sólo la riqueza de su inspiración, sino también la severidad matemática de su talento. Tromsdorf, Schöell, Klaprot y Lemery, rodean esta figura. Tromsdorf, ocupa el principal lugar, para indicar la necesidad que tiene la farmacia de la química; Schöell es un célebre químico también, que descubrió el oxígeno, el cloro, el manganeso, y á quien puede llamarse el creador de la química orgánica, de esa ciencia, que estudiando los cuerpos auxilia á sorprender los misterios de la organización y de la vida; Klaprot merece el recuerdo que le consagra la ciencia por haber dado al progreso de los conocimientos humanos un sistema mineralógico fundado en los principios constitutivos de los minerales; Lemery, célebre por su ciencia y por sus desgracias, dió una nomenclatura á los diversos elementos empleados en la farmacia.

La figura de las ciencias naturales que sigue á la de farmacia, es radiante de hermosura. Representa una joven robusta, llena de vida, morena por los besos ardorosos del sol que ha

recibido en su rostro, vestida de mil colores como los alados insectos, como las pintadas aves, como los escamosos peces, como las gayas flores; inclinada hácia la diosa Isis, es decir hácia la madre naturaleza; apoyada en una peña en actitud de reposo, como enseñando que le han costado largos trabajos, y sobre todo largos riesgos, sus varios conocimientos; con un pié sobre un monton de minerales, y rodeada de los frutos que dan de sí los campos, mientras en el cielo que la corona se ven los reflejos de un volcan que forma el fondo de este inspirado cuadro, lleno de vida como una mañana serena de primavera, y de poesía como una noche de estío. Campea sobre la figura el nombre colosal de Galileo. Naturaleza, fiel á sus pensamientos, magnetizada por su mirar, respondió siempre á las preguntas y á los conjuros de este génio inmortal. Él dotó con el telescopio, de un sentido más al hombre, levantándose hasta el centro de las esferas celestes; él demostró con el péndulo el movimiento de la tierra y le señaló la triunfal carrera que sigue en los infinitos espacios; él mereció que cielo y tierra le confiaran sus más recónditos secretos, y de esta suerte es el gran profeta, el gran revelador de la naturaleza. Huyggens, que

está á la derecha, es un físico que estudió el péndulo y aplicándole á los relojes, contó las pulsaciones del tiempo y anotó en el papel la música divina de los astros. Lavoissier, que está á la izquierda, es fundador de la química pneumática; génio feliz que descubrió en sus retortas la impalpable esencia de la materia, que analizó el aire respirable y la combustion, y descompuso el agua; mártir, que en la triste hora de su muerte pedía á sus verdugos un instante más para descubrir otro secreto, para conocer otra verdad; representante de los progresos de la química en nuestros tiempos, de la química, que ha dado tantos elementos al comercio, y tan ricos auxilios á la industria, probando una vez más la utilidad positiva de las ciencias. El nombre de Linneo, que cierra el cuadro, simboliza la gran reforma de las ciencias naturales; porque Linneo, abrazando en su mente los dispersos fragmentos del mundo orgánico y del mundo inorgánico, les dió una ley en su elevado pensamiento. Galileo, Huyggens, Lavoissier y Linneo, representan las cuatro grandes fases de las ciencias físicas y exactas.

Cierra este muro la figura de la astronomía. Es una hermosa matrona que lleva una corona de estrellas y que se destaca de un horizonte,

en cuyo fondo reverbera la luz del sol poniente. Sus ojos se pierden dulcemente en lo infinito; su rostro tiene el sello de profunda meditacion; su brazo derecho está apoyado en un pedestal y su mano sostiene un compás, con el que ha trazado varias figuras geométricas, como para detener en aquellas líneas el movimiento de los astros y estudiar esas dulces notas de la eterna música que forman las esferas celestes. Al frente de la figura, en un pedestal, se vé la esfera armilar, y en el suelo un telescopio, ese nuevo sentido del astrónomo, y varios instrumentos de matemáticas; porque al fin las matemáticas son como la astronomía del alma. Lleva esta figura un traje egipcio, para indicar que en las orillas del Nilo y en los primitivos imperios que registra la historia de la humanidad, el hombre buscaba ya con ávidos ojos el secreto de los mundos, como si el centro de gravedad estuviera para las almas en el cielo. Rodean esta figura los nombres de Copérnico, Keplero, Ticho-Brahe y Newton. El nombre de Copérnico es como el prólogo de la moderna astronomía, como la primer palabra de esta ciencia en nuestros tiempos. Copérnico es en la historia de la astronomía lo que Bacon en la historia de las ciencias experimentales y Des-

cartes en la historia de las ciencias especulativas. El gran sábio vió el sol fijo en el centro del universo y mostró la tierra y los astros bañados por su luz, atraídos tambien y suspendidos en los espacios por su fuerza. La ciencia moderna no ha hecho más que demostrar esta verdad. El nombre de Keplero merece tambien el lugar en que campea y el recuerdo que le consagra el arte. Él descubrió las leyes del movimiento de los astros y de sus armonías; enseñó á calcular las revoluciones de los planetas; señaló con mano firme la órbita que el dedo de Dios ha trazado á los mundos; vió á Vénus y Mercurio pasar sobre el disco del sol; escribió las tablas de logaritmos para leer en el pensamiento la astronomía del cielo, y descubrió las leyes de las esferas celestes, levantándose en alas de su pensamiento á Dios, de cuyo templo son como áureos vasos los mundos; á Dios, el gran Artista del universo, el gran pintor de la naturaleza, el gran escultor del hombre, el gran músico de las esferas. Ticho-Brahe, que está al lado de Keplero, fué compañero y amigo de este sábio, y pasó su vida leyendo las estrellas en Uraniemburg, observatorio astronómico levantado en los helados mares del Norte, y allí escribió la teoría de la

luna y estudió el movimiento de los cometas. Al pié de todos se vé el nombre más célebre en la ciencia moderna, el nombre inmortal de Newton. Su alma es como un astro de primera magnitud, que señala nuevos rumbos á la ciencia. Newton impulsó el álgebra, calculó lo infinito; del hecho sencillo de la caída de una manzana, al desprenderse del árbol, dedujo las primeras ideas sobre la gravitacion universal; descompuso la luz y estudió los secretos de la óptica; explicó el movimiento de la tierra alrededor del sol, el movimiento de la luna alrededor de la tierra, el flujo y reflujo de los mares; de suerte, que la naturaleza no tuvo secretos para su génio inmortal.

Al concluir las figuras sigue el compartimento de farmacia, en que se vé en el centro el busto de Dioscórides, médico griego de Sicilia, del siglo primero de nuestra era, que escribió sobre materia médica y sobre fuentes para el conocimiento de la botánica; siendo un verdadero modelo en su lengua; á la derecha el busto de Serapion, célebre naturalista, amigo de Plutarco, médico y poeta; á la izquierda Abenzoar, médico español, de origen árabe, de religion judío, que dejó un libro cuyo título era *Rectificatio medicationis et regiminis*; en la

extremidad superior de la línea vertical se vé el busto de Messue, médico de aquellos gigantes que crearon el gran pueblo de los Almohades, terror del mundo, sábio que escribió una farmacopea; y en la extremidad inferior de la línea se vé el busto de Erófilo, el verdadero creador de la anatomía.

Sigue á este compartimento el de ciencias físicas y naturales, con que concluye el muro de la izquierda. En el centro está Theofastro, fecundo naturalista que escribió numerosísimos tratados, especialmente sobre historia de las plantas; siendo su sistema como el anuncio, el precedente de Linneo. Sobre el busto de Theofastro campea Plinio, aquel célebre naturalista que escribió la enciclopedia de su tiempo, que nos dió á conocer el estado de la industria y de las artes y al mismo tiempo los progresos de la botánica, de la mineralogía y de los demás ramos importantísimos de la ciencia; mártir de su amor al saber, que murió abrasado por las llamas del Vesubio. A la derecha se vé á Euclides, el célebre matemático, cuyo nombre se repite aún todos los días en las escuelas. A la izquierda resplandece Arquímedes, el gran físico que desecó las lagunas del Nilo; el portentoso mecánico que movió cuerpos inmensos con

sus máquinas; el matemático que estudió las esferas, los cilindros, los círculos; mártir también, también desgraciado, como sucede casi siempre á los hombres de elevado espíritu y de gran corazón en la tierra. Al pié del cuadro se vé el nombre de Arnaldo de Villanueva, sábio del siglo décimo-tercio, catalán, según el común sentir, médico, astrólogo, químico, hombre que representa admirablemente la ciencia de su siglo. Con este compartimento acaba el muro de la izquierda del trono.

Al pié del salón, frente al sólio, se vé el retrato de doña Isabel la Católica; esa mujer extraordinaria que corona la Edad media, forja nuestra nacionalidad, destruye los últimos reductos y fortalezas del árabe enemigo, aplasta la cabeza de la serpiente del feudalismo, levanta el estado llano al gobierno y á los tribunales, amenaza á los africanos en sus mismas guaridas, triunfa en el Mediterráneo y en Italia, descubre una nueva creación escondida entre las ondas del ignorado Océano, lleva la luz del Evangelio á remotas y desconocidas playas, levanta á las universidades, protege el nuevo árbol de vida del espíritu humano, la imprenta, y lleva sobre sus sienes gloriosísimas el resplandor de los futuros siglos, alzándose como

una estatua ideal entre las ruinas de la Edad media y el nacimiento de nuestros tiempos.

Hemos concluido esta descripción larga y difusa y desaliñada; mas la inmensidad del objeto es nuestra única disculpa. Como se vé, con sólo parar mientes en la descripción, se trata de la personificación de todas las ciencias, de su historia inmortal, de sus progresos; de los hombres que las han ilustrado con su gloria, de los géneos; de los mártires que señalan sus transformaciones y sus triunfos; y esta materia es tan vasta como toda la historia, y tan profunda como el humano espíritu.

El Excmo. Sr. Marqués de San Gregorio, cuyo celo por el esplendor de la Universidad nunca será encarecido cual merece, ha contribuido, contando con el auxilio del gobierno, á la conclusion de una obra de que tanta gloria han de reportar las ciencias y artes españolas. Los dignísimos catedráticos de la Universidad D. Pedro Sabau, D. Alfredo Adolfo Camús, don Pascual de Gayangos, D. José Amador de los Rios, D. Fernando de Castro, D. José Camps y Camps, D. Juan Castelló, D. Venancio Gonzalez Valledor, D. Eduardo Palou, D. Manuel Colmeiro, D. Antonio Aguilar y D. Miguel Colmeiro, han contribuido con sus sábios consejos

y sus luces á que los dos artistas escribieran esta nueva página en el libro inmortal de nuestras glorias. Reciban todos el agradecimiento que merecen por tan sublime obra.

Año 1857.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BENIDORM, 1.º DE SETIEMBRE DE 1859

Mi apreciable amigo: La vida en el mar es la vida de la zozobra y de la incertidumbre; pero también, por lo que he sentido, se me alcanza que es la vida más cercana á la naturaleza. El arte del hombre ha hecho muchas cosas grandes; ha leído los secretos más recónditos de Dios en el cielo, auxiliado por el telescopio; ha bajado á las profundidades de la tierra á sorprender en su cuna los metales; ha ojeado como un gran libro nuestro globo para conocer su historia; ha encadenado la impalpable electricidad y oprimido en sus manos el ténue vapor; pero todas estas maravillas, fruto de una larga experiencia, son poco sorprendentes cuando se considera el esfuerzo que hicieron los primeros navegantes para fiar su vida á

débil leño; extender la ligera lona, recién sacada de los hilos de las plantas; aprisionar en ella el viento que enrespa las olas, y perderse, sin brújula, sin norte, como el ave marina, guiados por un instinto divino, en el ignorado mar, en sus inmensos espacios, hermosos como el cielo, pero solitarios como el abismo. Y sin embargo, el mar atrae, el mar llama al hombre como un amigo querido. Cuando se tiende el hombre en la barca, y oye el ruido del viento en la lona, y recibe las gotas de la fresca agua en la frente, y respira la húmeda brisa que ensancha el pecho, y se abisma en el inmenso horizonte, y ve rizarse la ola que besa la barca, y perderse á lo lejos el surco de blanca espuma producido por la quilla, y centellear á sus costados el agua reverberando la luz de los cielos; y siente que vuela sorprendido entre dos abismos insondables é infinitos, y que desafía á todos los elementos y á todos los tiene bajo el dominio de su inteligencia; en esos sublimes instantes, tan solemnes, tan grandes, su vida se dilata, crece su alma como el horizonte, sus ideas toman la majestad de aquel gran espectáculo, y se exalta su dignidad de hombre, porque conoce que su pensamiento, sí, su pensamiento, encerrado en el estrecho

cerebro, es más grande y más poderoso que aquel mar que parece desbordarse y no caber en el globo.

Yo, desde que me encuentro aquí, he sentido todas estas emociones, porque mi vida ha sido una continua comunicacion con el mar. Voy á hablarle á V. de los espectáculos que más me han conmovido, y le hablaré sencillamente, de la manera que más se acerca á la naturaleza. Uno de los médicos de esta poblacion, D. José Perez, antiguo correligionario nuestro, me invitó á dar un paseo por el mar. Era una de esas noches de estío, en que la luna resplandece como si fuera el alba de un nuevo día. El mar estaba tan sereno y tan tranquilo como un lago dormido. Ni una onda rizaba su celeste superficie, sus mansas aguas. La orilla estaba desierta y se mezclaba el chirrido del grillo de los vecinos campos al eco lejano y perdido de algun cantar de pescadores. En la misma arena subí, acompañado por mis queridos amigos, D. Ramon Torres Muñoz y Luna, D. José Orts y Llorca y D. Vicente Zaragoza y Fuster, á la barca, que estaba varada. Los marineros que nos esperaban, impulsaron desde la arena la barca al mar como si fuera una leve pluma. En un instante nos apartamos de la orilla, y atravesamos

BIBLIOTECA
316.101 (C.4)
"ALFONSO C. 113"
1940 1625 MONTERREY, MEXICO

la punta de Canfali, dirigiéndonos á la sierra de Arabí. El cielo estaba claro, sereno; algunas estrellas se aparecían indecisas entre el resplandor de la luna; los remos se movían acompasadamente sobre el mar, produciendo una cadencia indescriptible, y las gotas, que al levantarse y caer desprendían, iban descomponiendo en ténues matices la luz; el agua estaba tan límpida y tan clara, que se veía hasta el fondo, y en el interior del mar la luz de la luna ondulaba en las arenas, ó formaba una mezcla de varios reflejos y dudosas sombras entre las halgas, como si recamara de plata sus leves cintas; el aire perfumado que nos mandaban las costas, era tan suave, que sin rizar el agua refrescaba nuestros rostros; alguna que otra vez los peces pasaban á nuestra vista dejando una claridad parecida al poético brillar de una luciérnaga, y aquella vida que se desprendía de todo cuanto nos rodeaba, y que envolvía y animaba á tantos seres, y revestía tantas y tan múltiples formas, llegaba hasta confundirse en nuestra alma, como una nueva y más pura y más rica sávia. Yo llevaba el alma llena de pensamientos tristes. La estela fugitiva que dejaba nuestra barca, la fosfórica luz de los peces que se perdía instantáneamente, el viento

que pasaba, los objetos que se desvanecían á mi vista entre los rayos de la luna, todo me recordaba las muchas almas amadas que he perdido en mi corto camino, hojas caídas del árbol de la vida á la insondable ternidad, de la cual me ofrecía una imagen viva la inmensidad del mar.

Por fin llegamos á la sierra del Arabí, donde íbamos. El silencio de la noche era sublime; los altos picos, que salían como colosales columnas del fondo del mar; los escollos que la espuma coronaba; el sonido de las olas en las grutas; la luz de la luna que rielaba en las aguas; los remos, que parecían hacer palpitár de amor la celeste tranquila superficie; el cántico de los marineros, melancólico y dulce como todo cuanto nos rodeaba; las luces del pueblo, que se perdían en el indeciso límite del horizonte; el cielo trasparente y deslumbrador sobre nuestras cabezas; el mar claro y sereno y matizado bajo nuestras plantas; la húmeda brisa acariciándonos el rostro; la vecina ribera repitiendo el zumbido de mil insectos; las peñas lamidas por el mar, ocultando bajo su verde musgo tantos diversos mariscos; el agudo grito del ave nocturna, que me hería como un gemido; todo cuanto veían mis ojos, todo cuan-

to escuchaban mis oídos, me recordaba los torrentes de vida que corren desde el seno del Creador por los espacios, y me infundía el deseo de acercarme á la fuente de todo sér, y refrescar en ella mis secos lábios, sedientos de lo infinito.

Quisiera poder describir á V. con fidelidad la sierra del Arabí, en el lado que el mar lame, que el mar acaricia. A la luz de la luna, entre la indecision de las sombras, sus peñascos desgajados, medio cubiertos por el agua, parecían columnas rotas, estátuas mutiladas, ruinas de templos, aras hechas mil pedazos, altares antiguos heridos y destrozados, dioses que el mar estaba devorando; en una palabra, el naufragio de un pueblo, de una civilizacion. Yo algunas veces temblaba delante de aquellos escollos inmensos, que se perdían en el cielo, y que parecía que al menor beso de la tranquila ola se embreaban, amenazando desplomarse sobre nosotros.

Nuestra barca corría entre los escollos, tropezaba en las montañas, parecía un anfibio, que así se movía entre las aguas como se deslizaba sobre las piedras. Pero lo que más me sorprendió fué entrar la barca, una barca de diez remeros, por una estrecha abertura,

dentro de una gruta, que no parecía sinó que nos encontrábamos en uno de aquellos palacios que los paganos fingían para sus dioses marinos en el fondo de las verdes aguas. El rayo de la luna penetraba por la entrada de la gruta, y teñía sus profundidades en ese reflejo, que sólo puede compararse á la dulce melancolía de un alma enamorada; el agua se dormía blandamente sobre un bosque de plantas marinas, que de sus hojas despedían de vez en cuando una ténue luz azulada más breve que un relámpago; la brisa hacía resonar las concavidades de la gruta con un eco que semejaba la voz de aquellos peñascos, nota dulcísima del eterno cántico de la naturaleza; el espacio donde el mar no alcanzaba, lucía arenas doradas, conchas, caracoles, varias matizadas piedras, y las paredes cubiertas de musgo fresquísimo, y el techo que destilaba algunas gotas de agua dulce y regalada, que caía sobre nuestras cabezas, y el murmullo de las ligeras olas que besaban las piedras; todo, todo era un encanto, y casi me obligaba á suspenderme sobre aquellas aguas transparentes, para pedirles un secreto de su vida, una inspiracion, el eco de uno de sus dulces rumores, con que poder cantar la indefinible tristeza que aquella gruta misteriosa

derramaba en mi alma. Nuestro amigo el doctor saltó en tierra, sacó un largo puñal, hizo que un niño encendiera una antorcha, y empezó á perseguir á los mariscos, de que está poblada la cueva. Esto aumentaba lo extraño del espectáculo. La antorcha desvanecía las tinieblas de las profundidades á donde no alcanzaba el rayo de la luna, y parecía entre aquellas grandes piedras como el fuego de un holocausto en amor un altar de los antiguos celtas. Efecto de mi entrañable á los recuerdos clásicos, de ese amor que cada día es en mí más profundo, nuestro amigo, moreno como buen meridional, ágil y ligero como los hombres de las montañas, nadador habilísimo como los hombres de las costas, que ora se deslizaba sobre las piedras á gatas, ora se sumergía en el fondo de las aguas, ora se enredaba entre sus halgas, ora se escondía y tornaba á aparecer con su presa entre las manos envueltas en plantas marinas, semejaba á mis ojos la aparición del dios Glauco, del dios querido de los pescadores, que venía á traernos los tesoros del mar. Por fin, á las altas horas de la noche volvimos al pueblo con un mar ligeramente rizado por la brisa, acompañados por la luna, sin encontrar más que alguna lancha de pescadores ó algu-

na barca cuya vela parecía á lo lejos el ala de una gaviota rozando la superficie del mar. El recuerdo de esta noche será imperecedero en mí. La contaré como uno de esos instantes en que el alma está más cerca de la naturaleza, y por consiguiente más cerca de Dios.

Era necesario ver los horizontes de día, y á la luz del sol, y contemplar lo mismo que habíamos visto de noche á la luz de la luna. A esta expedición me invitó el alcalde de este pueblo, D. Francisco de P. Orts y Llorea, amigo mío de la infancia, cuyos finos y amables obsequios nunca agradeceré bastante, tanto más gratos para mí, cuanto que se ligán á dulces recuerdos de la edad pasada, de esa edad en que sentimos sin dolor deslizarse el tiempo, y cada vez que el sol se levanta nos trae una nueva esperanza, una nueva ilusión. Emprendimos nuestro corto viaje en una hermosa barca; doce marineros bogaban, y nuestra pequeña embarcación volaba, cortando las olas con la ligereza del aire. No puede darse una alegría más franca, ni una conversación más sincera que las de aquellos doce jóvenes atléticos, tostados por el aire y el sol, moviendo los remos á compás, y cantando á compás de los remos con esa confianza en el mar, que fué ayer su

cuna, que tal vez sea mañana su sepulcro, y que los alienta, y los festeja, y los alegra, como que son sus hijos. Algunos días despues, hallándome en el castillo al anochecer, oí unos grandes lamentos que venían de la playa. Eran voces de mujeres, que herían los aires, voces impregnadas de ese dolor infinito, que sólo puede expresar el llanto de la mujer. Como mis penas están aún tan recientes, y mi corazón tan afligido, aquel amargo llorar me inspiró un doble interés, y corrí á enterarme de lo que sucedía. Sucedia que los jóvenes de la matrícula, de esa quinta terrible del mar, se iban á servir, como aquí se dice, al rey, tal vez á morir á América. Entre ellos se iban nuestros doce remeros. ¡Infelices! Dejaban su pueblo, su casa, sus playas tranquilas, su hermoso y celeste mar, su cielo purísimo, sus encantadores campos, su barca, sus redes, para ir forzados al clima ardiente de los trópicos á sacrificar su libertad, necesaria y grata á todo hombre, pero más necesaria, más grata aún á ellos, que han crecido en la inmensidad de los mares, luchando con los vientos y viviendo la vida sencilla é ingénua de la naturaleza. Y todos aquellos jóvenes tenían seres queridos, y se dejaban tal vez para siempre las dulces prendas de su

amor, y se iban oyendo resonar en el aire el amarguísimo lamento de sus madres. ¡Oh! El dolor me partía el corazón, y mi único consuelo era pensar que con mi palabra y con mi pluma había protestado siempre contra tamañas injusticias.

Pero volvamos á mi expedición. Me acompañaban, además del joven alcalde de este pueblo y distinguido catedrático de la Universidad Central, D. Ramon Torres Muñoz y Luna, el inteligente abogado D. José Orts y Jorro, con sus dos amables hijos. El Sr. Orts me iba explicando todas las particularidades de la costa con gran minuciosidad. De vez en cuando se descubren algunos restos de antiguas atalayas que recuerdan la huella de la dominación árabe, inextinguible en nuestro país. Andaba distraído, oyendo su relación, cuando de pronto lancé un grito involuntario de entusiasta sorpresa. Habíamos pasado la punta del Caballo, y parecía como si una mano mágica hubiera descornado una inmensa cortina. Cerca de nuestra barca, una pequeña isla, escollo eminente, cuyo color violeta contrastaba con el velo de espuma de que le cubrían las olas; á la izquierda los altos picos del Arabi encendidos por un color de púrpura fuerte, que les daba el aspec-

to de un lejano volcan; á la derecha el horizonte infinito, variado sólo por algunas blancas gaviotas que se mecían en los aires; al frente, la gran montaña de Ifac, á cuyo pié duerme Calpe; aquella montaña querida de los fenicios y que por su corte y por la armonía sencilla de sus líneas semeja un templo griego alzado dentro del mar, y teñido de un reflejo celeste por los arreboles del aire; y para que nada faltara de este cuadro, mientras el sol temblaba sobre su ocaso, cubriendo con un matiz sonrosado las olas ligeras y espumosas, la blanca luna, cerca ya de su plenitud, se alzaba por el Oriente, y el cielo parecía transparentarse más, como si quisiera mostrarnos el Gran Artista que, inclinándose sobre los abismos, obró con su palabra creadora las maravillas de la naturaleza.

Después de contemplar tan maravilloso espectáculo, llegamos á una de las cuevas abiertas en la roca, y allí desembarcamos por algunos brevísimos instantes. La cueva parecía presentarnos una de esas grandes catástrofes de la naturaleza; peñascos desgajados; montones de arena que tenían la forma de antiguas tumbas; piedras esponjosas arrojadas por el mar; terreno cortado y escabrosísimo; aquí una pi-

rámide verdosa que las ondas circundaban con sus espumas; allá una escondida gruta, madriguera de un lobo marino; en los altos picos nidos de halcones y de águilas; bajo nuestras plantas un puente natural abierto en la roca al borde de los abismos, y sobre nuestras cabezas las piedras suspendidas, amenazadoras, como un arco ruinoso, destilando agua dulce, que los marineros recogen cuidadosamente en pequeñas pilas, agua fresca y grata como la lluvia en el desierto, que venía á animar aquella soledad, pues sus cristalinas pequeñas gotas parecían lágrimas, como el resonar del viento en las insondables profundidades finge un largo y amarguísimo gemido. Nuestro amigo nos hizo beber agua de aquella piedra. Hincamos la rodilla en tierra y pusimos los labios en el agua, y mientras tanto las gotas mojaban nuestras espaldas y nuestras cabezas. Por fin, cuando ya la noche venía á más andar sobre nosotros, emprendimos la vuelta á Benidorm. En la proa de nuestra barca ardía una gran porción de tea, cuyo humo se perdía en los aires al par que la estela se perdía en las aguas. Un antiguo marino, de pié sobre la proa con la *fióra*, una especie de estoque en la mano, pesaba agujas, un pescado parecido á la anguila,

que salta del mar y se sostiene algun tiempo en el aire y es traspasado allí por la habilidad de los marineros. Volvimos al pueblo sin novedad ninguna, con el alma llena de esas grandes impresiones que siente el corazon y que dificilmente puede expresar mi tosca pluma. Reciban mis amigos el testimonio de mi gratitud. La vida, en comunicacion con la naturaleza, es más dulce, y las penas pierden su acritud, conservando sólo esa solemne tristeza que si atormenta, eleva el alma.

Preciso es confesar que si he ido buscando la naturaleza, la he encontrado en este pueblo; la naturaleza, cuyo resplandor no puede conocerse en ese árido y empolvado Madrid. Una tarde estábamos varios amigos bañándonos, y pasaron en una lancha algunos pescadores. Los detuvimos y les rogamos que nos consintieran auxiliarles en su pesca. Subimos á la lancha, dimos fuerza á los remos, bogamos, tendimos las redes con cuidado, tornamos á tierra, cogimos la cuerda como todos hacian, tiramos con esfuerzo, pero con alegría, porque el gran peso de la red nos aseguraba gran pesca, y despues de algun esfuerzo vimos con un placer sin igual á nuestras plantas saltando vivos, como si estuvieran aún en su propia atmós-

fera, peces de todos tamaños, de mil vários matices, que eran recibidos por los pescadores con grandes gritos de entusiasmo: sencillo, pero tierno cuadro; la barca en el mar, las redes en la arena, los pescados saltando, la alegría pintada en todos los semblantes, la Providencia manifestándose visible en esas fuentes inagotables de vida que ha abierto en toda la creacion.

Ya estaba aquí algunos dias, y aún no me habia entregado á un barco de vela, aún no habia, pues, volado sobre el mar. Mi franco y cariñoso amigo D. Joaquin Thous, me preparó un falucho dirigido por un hábil piloto, y fuimos á la isla Plumbea, aún no visitada por mí. Confieso que muchas de mis emociones parecerán pueriles al que no sienta ese amor que siempre me ha inspirado la naturaleza. Aún no habiamos extendido nuestra vela, cuando ya vino el viento á henchirla y á rizarla. El ruido del viento en la lona, como el ruido de las olas en los costados del buque, es la música del marino. Yo, que suelo amoldarme á todas las circunstancias, abría el pecho para recibir aquel aire lleno de oxígeno, que así purificaba mi sangre como traía en sus alas á mi corazon esa poesía del mar, vaga é indescriptible.

La vela temblando, el buque partiendo las aguas, la espuma levantándose hasta salpicar nuestra frente, la estela apareciendo y borrándose, la hinchada ola viniendo amenazadora y bajándose como para besar la quilla, la luz de la luna inundándonos con sus suaves resplandores, los marineros con sus trages blancos y y azules como el color del mar, de pie unos recostándose en el palo mayor, tendidos otros en los costados del barco, la isla creciendo como una gran sombra á medida que á ella nos íbamos acercando, la luz de las hogueras que los pescadores encendían en lo alto, las costas perdiéndose entre las brumas de la noche, me inspiraban ese deseo de volar sobre el mar, deseo instintivo del alma, que, como la golondrina, siente un impulso ciego á mudar de nido, de aposento, de horizonte, sobre todo, cuando se halla poseída de esa gran tristeza, que es la nostalgia del cielo.

Después de un largo arrobamiento, comencé á conversar con estos intrépidos marineros. No puede V. imaginarse cuán grata y cuán sabrosa fué para mí su conversacion animada y pintoresca. El marinero, siempre entre dos abismos, avezado al peligro, luchando con los vientos, midiendo en las estrellas su ruta, cre-

ciendo en valor á medida que crecen las tempestades, acostumbrado á ver venir la muerte en cada alta ola que levanta el viento; viajero incansable como las corrientes, como las brisas, encerrado en un estrecho barco, pero dilatando su espíritu por horizontes inmensos, connaturalizado con todos los climas, tan dispuesto á atravesar por los mares eternamente helados como bajo el sol candente de los trópicos; tan feliz en el golfo celeste de Nápoles como entre las alteradas olas del mar Cantábrico; retratando en su imaginacion con igual fidelidad un país de la helada Terranova, que un país del Africa; tiene en su conversacion, en su trato, la poesía primitiva, ingénua, que ha de brotar necesariamente de esos espectáculos tan varios y tan grandiosos, de esa conciencia de su fuerza, de esa variedad infinita de sus impresiones, de esa vida siempre á merced de los vientos; vida, que tiene por hogar los mares, por techo pátrio los cielos, por guía los astros, por pátria todas las riberas del globo, por descanso la continua lucha, por único testigo á Dios. Y ya puede V. comprender cuán vária sería la conversacion con hombres que han tocado en las riberas del Africa, del Asia y de América, y que han vivido la vida del mar

con todos sus peligros. En estas sabrosas pláticas llegamos á la isla. Un olor fuerte de plantas marinas nos anunció la proximidad del gran peñasco. La isla es la punta saliente de una cordillera que el mar ha dividido y ha roto. Al Oriente se eleva muchísimo, y al Ocaso descende hasta quedarse á flor de agua. Su terreno es pedregoso y árido. Algunos acebuches se ven por allí esparcidos, y los nopales crecen con gran abundancia, y le dan el aspecto de un paisaje asiático. A la parte oriental hay grandes cavernas, á cuya entrada las olas se entrechocan y besan los altos peñascos, volviendo á caer convertidas en una gran catarata de espuma. Por todas partes se ven precipicios amenazadores, que tienen cierta atracción, porque en su fondo se oye la música de las aguas y de los vientos. Desde la cúspide hermosa de esta gigantesca columna alzada sobre el mar, se descubre un gran cuadro. Nosotros no pudimos vislumbrarlo, porque era de noche. Bajamos á tierra, subimos corriendo á la cima de la montaña, preguntamos á los pescadores que allí estaban si habían tenido buena suerte, encendimos en lo más alto una gran hoguera para anunciar al pueblo nuestro arribo, vimos un peñasco inaccesible donde anidan los hal-

cones, contemplamos el mar, que estaba hermosísimo, contamos los faros que se descubrían en las costas, y concluimos por alabar á Dios en aquel templo, que tenía por ara un peñasco, por bóveda el cielo, por órgano las brisas y las olas, por lámpara la luna suspendida del zenit y por incienso el aroma de las plantas y los blanquecinos vapores de la noche.

Voy á concluir esta carta describiendo á V. una noche de un paseo y de una pesca en el mar; una noche verdaderamente veneciana. Este espectáculo fué concebido con gran inteligencia, y dispuesto con suma precisión y habilidad por D. Juan Thous, hombre de una rica y grande fantasía, al cual debo un plácido retiro en este pueblo, pues me ha abierto las puertas de su casa y me ha ofrecido en ella una hospitalidad tan franca, tan dulce, tan fina, que difícilmente podría encarecer cual se merece. Nuestro amigo nada nos dijo de lo que había concebido, y nosotros, esta colonia venida de Madrid, que todos hemos traído grandes penas y todos llevamos pérdidas irreparables, y casi todos arrastramos luto, nada sabíamos de lo que se preparaba. Creíamos que se trataba de un sencillo paseo por el mar, pues ningún preparativo había llamado nuestra aten-

cion. Empezaré por decir las personas que asistimos á este paseo, cuyo recuerdo será en todos imperecedero. Ibamos el señor general Salcedo con su fina y graciosa hija Mariana; el Sr. D. José Linares, uno de mis mejores y queridos amigos, acompañado de su amable esposa y de su bella prima doña Cristina Baldebo; el joven catedrático de la Universidad Central D. Ramon Torres Muñoz y Luna, con su hermosa hija Carmen; la distinguida y simpática señora del agente de bolsa Sr. Rodriguez; don Francisco Thous y sus sobrinos D. Juan y don Joaquin Thous, con su linda y amabilísima hermana Catalina; el señor ayudante mayor de marina D. Francisco Roig; D. Francisco de P. Fuster; los médicos de esta poblacion, D. José Orts y D. José Pérez; el inteligente y simpático abogado D. Vicente Llórea; el señor D. Pedro Ortuño, uno de los jóvenes que por su talento más han de honrar á Benidorm, su patria, y por su decision más servicios han de rendir á la democracia, su partido; el piloto D. José Llórea y Orts, y su padre, anciano que cuenta más de setecientos viajes, el hábil marino que ha arrastrado sus setenta años por el mar, D. Antonio Morales; otras personas cuyos nombres siento no recordar, mi hermana y yo.

Era una de esas noches encantadas del estío, en que el aire de las orillas del mar, cargado de humedad, forma un ambiente delicioso y suave. Las brisas dormían, y sin embargo, la noche era fresca. El cielo estaba sereno, sin una nube, y á pesar de no haber luna, las estrellas iluminaban con sus dudosos pero poéticos resplandores todo el horizonte. Pocas veces he visto un cielo tan claro, ni estrellas tan lucientes en el rigor del estío. El mar no se movía, no se rizaba ni una ola; era un lago, retratando en sus tersos cristales los astros; y parecía haberse recostado blandamente en la arena, al pié de la roca, haberse dormido para sentir el placer de que el hombre jugase con sus aguas, como un fiero leon que dejara acariciar sus guedejas por las débiles manos de un niño. En el momento en que debíamos partir, en lo alto de Puig-Campana, en la sierra que domina el mar y todas las cordilleras del contorno, se vió arder una inmensa hoguera, que parecia tocar con su fuego el cielo. Confieso que aquel fuego elevado en una altura eminentísima, encendido por una mano desconocida para nosotros, luciendo de tal suerte, que unas veces por el viento que corría en aquellas alturas semejava un volcan, y otras

una estrella que desde la tierra subía al cielo; aquel fuego me parecía como la llama solitaria del genio, que elevada en las alturas de la sociedad para iluminar á los siglos, está siempre combatida por las tempestades. Aún no se había dado la señal de Puig-Campana, cuando un fuego igual apareció en la cima de la alta y solitaria isla Plumbea. Este fuego, que se reflejaba en las celestes y dormidas aguas del mar, de este mar Mediterráneo, tan lleno de recuerdos clásicos, parecía á mis ojos como un holocausto en los mares y en los templos de Grecia. Así que Puig-Campana y la isla coronaron de fuego sus cimas, aparecieron en las montañas del Arabi, en la punta del Pinet, que cierra la playa oriental de Benidorm, unas luminarias tan bien dispuestas y concertadas á la orilla misma del mar, que formaban como una galería mágica, como un palacio iluminado, surgiendo del seno mismo de las ondas. Yo, desde lo alto del castillo miraba todo esto, y crea V. que aún me parece una ilusión, aún creo que he soñado y que la realidad es una página caída de un poema marino, por su incomparable poesía.

Aún no se habían iluminado estos puntos, cuando ya se deslizaban bajo las peñas del

castillo varias preciosas barcas, todas iluminadas, en proa y en popa. En el silencio de la oscuridad de la noche, sobre aquel mar dormido y tranquilo y de aguas tan cristalinas, las luces se retrataban con tan gran fidelidad, que todas las que había en el aire se veían dentro del mar. Las barcas formaron un luminoso cuadro delante del mismo castillo, y en su centro se descubría un gran falucho, sin luz alguna, envuelto en las sombras. Mecíanse dulcemente las barcas sobre el mar, que retrataba sus poéticas luminarias, cuando del fondo del falucho se elevó una música armoniosísima, música que sonaba aires marítimos, y vertía con sus dulces cadencias, repetidas por los ecos del mar, tristeza consoladora en el alma. Después las barcas comenzaron á desfilar, dirigiéndose de dos en dos á la orilla para que pudiéramos embarcarnos más fácilmente. El espectáculo era grande. Mientras nuestras barcas, precedidas por una pequeña lancha, en cuya proa ardía un gran montón de tea, se adelantaban por las playas orientales, las luces fantásticas y azuladas de la punta del Pinet se extendían y se aumentaban, acercándose y formando como una guirnalda de estrellas caída sobre las aguas claras y transparentes del

mar. Las barcas iluminadas, el fuego de la tea que elevaba una columna de oloroso humo, las luces que corrian por la orilla, la música de que estaban impregnados los aires, en este mar que hollaron por vez primera las quillas de las barcas griegas, que ha llevado sobre sus ondas la verbena de los sacrificios antiguos, que lame aún entre sus aguas transparentes las ruinas del templo de Diana, que duerme en brazos del Calpe fenicio, que todavía parece mecer entre sus olas esmaltadas de varios colores la sirena de los grandes poetas, y todavía conserva los perfumes del artístico paganismo, semejaban una de aquellas teorías ó procesiones religiosas que los antiguos celebraban despues de puesto el sol, para tener propicias á las divinidades marinas, y esperar ver aparecer por el horizonte bogando la barca de la popa de oro y las velas de seda, saludada por los himnos pindóricos, ceñida con las rosas y los mirtos de la Jonia, trayendo el dios objeto de aquel culto; porque donde quiera que hay arte, allí siento yo siempre el recuerdo de la nación, que es la eterna musa de la historia.

Nosotros nos embarcamos en medio de los saludos de muchas gentes que se extendian por las riberas. Puig-Campana, la isla, la punta del

Pinet iluminando la costa y siendo como el marco del cuadro; el agua serena y trasparente; el céfiro sin fuerza para rizar las olas, deramando con su leve soplo en la mar los aromas de la tierra; los vecinos campos, en que se descubrian las luces de alguna que otra casa perdida en la oscuridad; la música que el eco repetia; los barcos iluminados y esparcidos con ordenado desórden, y los pescadores corriendo de un lado á otro con hachas encendidas en la mano; las pequeñas lanchas donde iban de pié algunos marineros pescando con sus largas fitoras, y cuyas hogueras de tea teñian de un color sonrosado las aguas; los alegres gritos de la muchedumbre de la orilla; el olor de las plantas aromáticas que en nuestra falúa había, las exclamaciones de los pilotos que nos dirigian; la hermosura del cielo, lo fresco y regalado del ambiente formaban un conjunto tal, que no puede describirse; porque es imposible que la pluma conserve aquellos aromas, aquellos sonidos, aquellos reflejos, aquella animación, aquella vida.

Doce remeros impulsaban nuestra falúa, que corria sobre las aguas como un pez, y más de ochenta marineros formaban la tripulación de nuestra escuadrilla. Cuando hubimos recor-

rído algun espacio, nos detuvieron para ver la pesca. En efecto, desde el pueblo hasta la punta del Pinet había una porción de redes tendidas, que puede decirse cubrían casi toda la playa. Aún no habían empezado su tarea los pescadores, y ya nos traían las redes llenas de peces, que saltaban vivos á nuestra falúa y que reflejaban en sus escamas plateadas la luz, centelleando y produciendo mil varios reflejos. Recorrimos uno por uno todos los puntos donde estaban pescando, y era de ver el efecto que producian desde nuestra falúa los pescadores que corrían de un lado á otro gritando y agitando en sus manos sus hachas encendidas, cuyas pavesas iban cayendo y apagándose en el mar. Parecía que estábamos en tierra, que nuestra falúa se deslizaba sobre arena, porque á nuestro alrededor, unas veces nadando, otras corriendo, si era posible hacer pié, se encontraba una gran multitud, que ora encendía nuevas luces, ora cantaba las canciones marineras dentro del agua, ora impedía que varásemos, ora nos seguía por gusto á todas partes, y nos tiraban los pescados que nosotros recogíamos; á todo convidaba la noche en este mar, que es verdaderamente amigo del hombre.

Cuando ya nos habíamos alejado bastante

del pueblo, comenzaron á hendir los aires los cohetes arrojados desde el barco donde iba don Joaquín Thous, y sus luces, al llover sobre el mar, tenían de toda suerte de colores las sensibles aguas. Estábamos descuidados y distraídos con lo maravilloso del espectáculo, y de pronto nos sorprendió una voz de tenor dulce, sensible, armoniosa, que desde el falucho oscuro donde estaba la música comenzó á cantar unas barcarolas. El silencio de la noche, la tranquilidad del mar, que no producía ningún eco, ningún sonido; la brisa que nos traía aquellos acentos perdidos en la inmensidad, lo triste del canto, que parecía un quejido; lo apropiada que era á la escena la nueva sorpresa, nos encantaba á todos, pues parecía que aquella voz se exhalaba del seno mismo de las aguas. El cantor era un joven abogado de Villajoyosa, llamado D. Jaime Mayor, que ha recibido de la naturaleza el don de una preciosa voz hábilmente cultivada por el arte. Después de esto, como la falúa en que íbamos corría más que todas las barcas, dijimos á nuestros remeros que la impulsaran, y en un instante nos hallábamos separados de todos. No puede V. imaginarse qué impresion tan profunda hizo en mi ánimo esta soledad. A lo lejos se oían las mú-

sicas, se veían entre las aguas brillar las luces, y mientras tanto nosotros en la oscuridad sentíamos un placer infinito viendo rielar las estrellas, y respirando la brisa, y recogiendo, por ese amor que tiene el hombre á los contrastes, los rumores de la naturaleza.

En este punto decidimos desembarcar, para que las señoras pudiesen ver una pesca desde la orilla. Era necesario impedir dos cosas: que se mojaran, y que hubiera necesidad de desembarcarlas en brazos. Se pensó instantáneamente en llevar la falúa á la arena. A una voz de «hombres al agua,» no quedó ni uno siquiera en su embarcación.

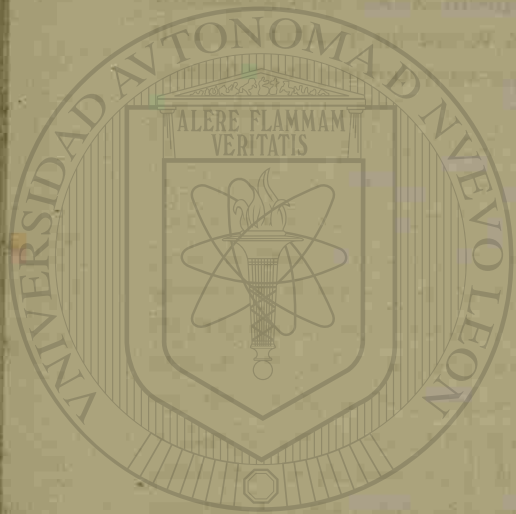
Todos se arrojaron vestidos al agua, y era de ver cómo saltaban, con qué entusiasmo, con qué decesion, desde sus barcas, y era de oír el ruido de más de cien personas precipitándose en las aguas. Parecía un naufragio. Nuestra falúa salió á la arena. ¡Qué solemne, qué grande me pareció en aquel momento el mar! Era media noche. Las luces de las barcas se iban apagando poco á poco, y sólo quedaba alguna que otra encendida, y que se reflejaba mustiamente en el agua, pues llevábamos ya cuatro horas de bogar, dulce y descuidadamente. Pero si las luces se apagaban, en cambio las estre-

llas lucían con claridad más nueva. Algunas hogueras y algunos hachones iluminaban en nuestro derredor. Entonces, en medio de aquella muchedumbre, empezaron varios amigos á entonar la gran composición de Rossini, la plegaria del Moisés. Nunca me ha parecido tan sublime esta gran inspiración del más grande y más fecundo de los cantores de Italia. La oscuridad de la noche, la arena que pisábamos, y que recordaba el desierto; las áridas rocas que había á nuestra izquierda, cubiertas de higueras, de olivos y nogales, todos árboles del Oriente; el mar Mediterráneo, el mismo mar que hollara con su planta el pueblo escogido; la luz indecisa de las hogueras; los pescadores de rodillas con los ojos elevados al cielo, atraídos por aquel espectáculo tal vez sin comprenderlo; una gran multitud entrando á pié dentro del mar con la misma confianza con que entraban los israelitas; el coro de voces sensibles y tiernas de mujer unido al coro de bajos, como la esperanza se une al recuerdo; aquella cadencia del canto de Rossini, tan majestuosa como los versos de la Biblia, tan profunda y tan sentida; la emoción que á todos nos impulsó en medio de aquel silencio, semejante al silencio de un templo interrumpido sólo por los

largos ecos de la plegaria; los coros, sin ningún acompañamiento de orquesta, como los ecos religiosos de los pueblos primitivos; la majestad de la naturaleza, me forzaron, casi involuntariamente, á que me arrodillara, á que pensase en mi madre, buscándola al través de los cielos, á que levantara á Dios una oracion salida de lo más íntimo de mi sér, y rociada con mis lágrimas. Crea V. que se necesitaba poca fuerza de imaginacion para creerse transportado al Egipto, al ver tanta gente que corria entre las olas, otros de rodillas en la arena, y al sentir aquella plegaria dirigida y cantada con una profunda emocion religiosa.

¿No es verdad que todo esto parece inverosímil en un pueblo? Pues ha sucedido. Mas para presenciar estos espectáculos se necesita una playa tan dulcemente tranquila como esta playa, unas montañas tan poéticas como estas montañas, un mar tan sereno y plácido como este mar, un cielo tan claro y deslumbrador como este cielo, unas costas tan bellas como estas costas, una gente tan sencilla, tan buena, tan agradable y tan obsequiosa como la gente de este hermoso pueblo, una poesia tan ingénua como esa poesia que inspiran los claros horizontes, las risueñas islas, los deleitosos cam-

pos, la palmera, el mirto, el azahar; en una palabra, el Mediodia, la region más feliz y más privilegiada de la tierra. Adios, querido amigo; he importunado á V. mucho. Perdónemelo en cambio de la buena voluntad que le profeso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SAN JUAN DE LOS REYES

El ánimo entristecido se espacia y se consuela en el seno del arte. Parece el arte un mundo misterioso, superior á la estrecha tierra en que vivimos, lleno de las armonías que conciertan las contradicciones de nuestra limitada naturaleza. Por eso, cuando el dolor nos atormenta, la voz de un poeta, el eco perdido de una armonía, derraman bálsamo consolador en el corazón. El hombre, que se levanta sobre toda la creación, que comprende en su pensamiento las leyes del espíritu y de la materia, sufre el martirio de su grandeza. El pensamiento, que vuela más que la voluntad, se cierne sobre los astros, finge mundos sonrosados por eterna felicidad, y pinta siempre en lontananza un ideal de virtud y de hermosura, que no podemos alcanzar, sinó después de la

muerte. La vida en esta cárcel, aunque hermosa por tantas esperanzas, es muy trabajosa; pasa entre ilusiones, amores, dudas, incertidumbres, sin llegar nunca á fijarse en un punto, como inquieta mariposa que liba todas las flores sin pensar si liba miel ó veneno. Si en este largo camino, sembrado de abrojos, encontramos un instante de felicidad, lo guardamos como un depósito sagrado eternamente en la memoria. Cuando nos duele el corazón, cuando las tinieblas que se levantan del fondo de los abismos lo oscurecen todo, el recuerdo de aquella felicidad nos convida á vivir, y nos infunde esperanza. ¡Ah! Es la esperanza como el resplandor que atraviesa las negras nubes de la tempestad, como la flor que nace en el desierto, como las estrellas que lucen serenas en la triste noche. Del fondo del arte se levanta en toda su pureza, la esperanza. El arte nos recuerda que somos inmortales, que las cadenas de nuestra servidumbre en la tierra se han de quebrar algún día, que este mundo se perderá en la nada, mientras nosotros volaremos al cielo. Es imposible que el hombre que canta más suavemente que el ruiseñor y el aura, que tiene en su cerebro más ideas que estrellas el cielo; que anima las piedras y las tablas con el

poder de su pensamiento; que levanta un mundo espiritual sobre la naturaleza, se convierta en polvo, mientras viven gloriosa vida sus obras. Así como la creación con sus maravillas atestigua la existencia de Dios, el arte atestigua la inmortalidad del hombre. Esta sed de lo infinito que nos aqueja, este continuo tormento, este vacío del corazón dice que somos desterrados, que venimos de otro mundo mejor, y que todo nuestro gran trabajo consiste en levantar una escala misteriosa para subir á ese mundo. ¿Por qué, en la callada noche, cuando la luna se refleja en el mar, y tiñe de misteriosa luz el horizonte, y las áuras nos regalan el aroma de las flores, los gorgoros del ruiseñor, el alma, delante de aquel cuadro, se forja otra vida mejor, otro espectáculo más bello, otro mundo más grande? Porque el alma es del cielo. Gota de rocío caída en un poco de polvo, como una lágrima de Dios, se evapora, y se pierde en lo infinito, en lo eterno, que es su centro.

Todas estas reflexiones me asaltaban en una hermosa tarde de verano, mirando á San Juan de los Reyes en Toledo. Después de pararme ante el edificio, volví los ojos á la vega. El sol descendía majestuosamente á su ocaso,

reverberando en el ancho río sus áureos rayos. La campiña cubierta de un verdor claro, alegraba el alma. Las cúspides de San Juan de los Reyes se destacaban en el azul del cielo, y el cuerpo del edificio se veía entre las colinas cubiertas de árboles, que formaban como el fondo del cuadro. Me detuve á contemplar el exterior del templo, y apenas pude apartar la vista del ábside hermosísimo de la iglesia. Dos órdenes de arcos lo adornan, seis pilastras lo filigranan, pilastras que rematando en airoas agujas, selevantan al cielo como la oracion del creyente. El pensamiento se queda absorto al contemplar la cadena de los cautivos, que redimió la próspera mano de la gran Isabel. Esta idea de libertad unida á la idea de religion, aquella ofrenda de las cadenas, que se presenta á Dios como en señal de su victoria, hace prorumpir el alma en un himno de alabanza á las glorias nacionales y al Dios de nuestros padres, en uno de esos muchos himnos, cuya uncion infunde el arrobamiento y el éxtasis. Admiranse luego los brazos del crucero ostentando sus ojivales ventanas, que anchas y rasgadas y vecinas del cielo, parecen abrirse para recoger la más pura y más nueva luz de los astros. La cúpula que sobre el ábside se levanta,

parece en sus mil recamados adornos la corona centelleante del edificio, que alzándose de la tierra parece como que toma todos los matices del cielo. ¡Qué hermoso conjunto forma aquella crestería, toda recamada de piedras que parece espiritualizada por los adornos y próxima á doblarse al beso de las áuras, como las copas de los árboles!

Contemplando el exterior del templo, me quedé absorto en la gran idea que estos monumentos representan. Al levantarse de la tierra, como la naturaleza, se presentan varios, múltiples, abrazando mil minuciosidades, mil pormenores, como otras tantas ideas esparcidas en sus muros; pero conforme se elevan en los aires, conforme van ascendiendo á los cielos, sus líneas esparcidas se unen, se dirigen á un fin, rematan en un punto, como toda la religion concluye y remata en la unidad de Dios.

Cuando más me acercaba á mirar los detalles de la crestería, los adornos del ábside, más me exaltaba y embebecia. Aquellos arabescos tan sublimes, aquellos botareles tan ligeros, las cupulillas caladas con mil y mil adornos, las paredes bordadas, ideizada la piedra; escondidos mil primores en cada línea, en cada rasgo del cincel, la armonía que ofrece, la armonía,

esa necesidad del espíritu, todo, todo cuanto veían mis ojos, todo levantaba mi corazón á esa tranquila felicidad que sólo se encuentra en el cielo del arte.

Los rayos del sol poniente, que se quebraban entre los calados de las piedras, rodeándoles de un áureo éter que á mis ojos asemejaba á las emanaciones de un espíritu encerrado en la naturaleza; los rayos del sol poniente, tan bellos, tan melancólicos, aumentaban la grandeza de la fábrica en sus libres resplandores. Estas son las ideas que me asaltaron al contemplar en su exterior San Juan de los Reyes. Entré en seguida en el interior. Una fuerza interior hace vivir y crecer y trasformarse y reproducirse á los seres de la naturaleza. El arte no sería nada sin la idea que le anima. La creación es mundo, no del hombre sólo, sino de otros muchos seres. El arte es el mundo exclusivo del hombre. Nadie como el hombre lo comprende. Sólo el poder del hombre lo ha creado. La idea que dió vida al templo de San Juan de los Reyes, comenzaba á levantarse en mi mente. Era la idea católica. La unidad es el alma de esta idea. Por eso todas las líneas de esos arcos góticos suben al cielo y se unen armoniosos en un punto. Por eso se ven todos los

pensamientos del artista reunirse en la unidad de Dios, que representa el templo de una manera admirable, como un eterno símbolo. Pero, además, el templo de San Juan manifiesta en sus arcos, que la idea oriental ha derramado sus semillas en el génio español, y en sus esculturas, que la idea griega deslumbra en sus resplandores el mundo.

Y en efecto; ese lujo en la ornamentación del templo, es lo que el romance morisco en la literatura. El monumento de piedra sombreado de palmas, de flores, de toda suerte de adornos, prueba que el génio oriental es ya cautivo del génio español, y como cautivo, hermosea los templos de su Señor. El romance morisco, probaría, si la historia se perdiera, que nuestros padres habían respirado el balsámico ambiente de los reyes de Granada. La musa española á fines del siglo decimo-quinto, en que se levantó el templo de San Juan de los Reyes, ceñida de la luz cristiana, vagaba á las orillas del Darro y del Genil, para celebrar aquellas sin par victorias, y recogía, volando por sus orillas, el azahar, las palmas, el mirto, las flores de aquellos orientales campos. Así, el caballero, con los ojos puestos en el cielo y el pensamiento en su dama, á la luz de la luna, en

la callada noche, respirando las áuras embalsamadas por los perfumes de flores orientales, al pié de una palmera, entonaba una canción amorosa, filigranada con los esmaltes de la poesía de los árabes.

Y como el arte es uno en esencia, aunque vario en sus manifestaciones, el génio de Oriente filigranó esas columnas de San Juan de los Reyes, esos arcos, esas repisas con adornos que parecen un encaje de piedra que va á doblarse al arrullo del aire.

Y como ningún pueblo ni época vive fuera del gran movimiento que impulsa á toda la humanidad, la restauración del mundo clásico se ve manifestamente en las hermosas estatuas que adornan el claustro de San Juan de los Reyes. La escultura es el arte más propio de la antigüedad, de aquel mundo de las artes. El gran movimiento de restauración clásica, que ocupa toda la Edad media, crece prodigiosamente al finalizar el siglo décimo-quinto. Constantinopla va cayendo en poder de los turcos, y sus hijos dispersos llevan, como Eneas fugitivo, los dioses lares á Italia. Y entre estos dioses lares se encuentran las reliquias del arte clásico. El mundo moderno se prosterna delante de aquellos recuerdos, y los aloja en sus mu-

seos y en sus bibliotecas y les pide inspiración y luz. Y esta inspiración se refleja en la frente de las estatuas debidas á los artistas de fines de aquel siglo.

No parece sino que al empezar la Edad moderna todos los elementos del mundo antiguo se compendian en estos grandiosos edificios. Las edades del mundo se encuentran representadas en San Juan de los Reyes, y como compendiadas en piedras, la Edad oriental, la Edad clásica y la Edad media.

Estas ideas me asaltaban en el hermoso claustro de San Juan de los Reyes. Es el claustro una verdadera maravilla. Sus ventanas rasgadas, góticas, están sembradas de infinitos adornos que ha dibujado maravillosamente el cincel, como si fuese blanda cera la piedra. Entre las ventanas y al frente, se levantan bajo doseletes admirablemente trabajados sobre repisas desnudas de laboreo de una hermosura inexplicable, sirenas, estatuas. Los arcos de un gótico purísimo forman una bóveda, que llama el pensamiento al cielo.

La mano de los franceses profanó este claustro, lo incendió; mostrándose así los soldados del imperio tan bárbaros como los soldados de Atila. Una tristeza infinita cubre el alma cuan-

do se ven mutiladas las estatuas, rotas las columnas, esparcidas en el suelo las hermosas flores de piedra, suspendido milagrosamente algun trazo de arco de las bóvedas medio arruinadas; é involuntariamente se nublan los ojos de lágrimas considerando aquella triste imagen de la descomposición y de la muerte. Sentado en una piedra me puse á reconstruir con la imaginación el claustro. Me parecía ver concluidos los arcos, puestas en su pedestal las estatuas, cubiertas de vidrios de colores las ventanas descomponiendo en sus varios matices los rayos de luz; me parecía oír á lo lejos el canto de los monjes subiendo al cielo acompañado de las notas del órgano, y por aquellas puertas imaginaba que aparecían Cisneros, Colón, Isabel la Católica, el Gran Capitán, aquellos héroes que sobrellevaban en sus hombros el peso de la tierra.

Los árboles dan á las ruinas un tinte triste en vez de alegrarlas. Las ramas llenas de savia, los pájaros que cantan, las flores que caen sobre las piedras, el verde lagarto que entre las ruinas se desliza, parecen con el contraste de su vida aumentar la tristeza de la muerte. Mi alma se sumergía, se abismaba en un dolor infinito. ¡Por todas partes ruinas! ¡Ah! En la

naturaleza el árbol que cae, deja semilla y produce un nuevo árbol. La gota de agua que se evapora vuelve á caer convertida en lluvia. ¿No ha de suceder lo mismo en el mundo moral? Con estas reliquias del arte, ¿no se inspirarán innumerables artistas? Consérvense estas fuentes de santa inspiración, estos tabernáculos del espíritu de nuestros padres, piedras miliarias que atestiguan el camino que lleva la humanidad en la tierra.

Después de dirigir las últimas miradas al claustro, recogí algunas flores que guardé cuidadosamente. Me parecía que en su esencia aspiraba el espíritu cristiano que dió vida al hermoso edificio. En el altar de la naturaleza el aroma de las flores es como incienso, que sube incesantemente á los cielos. En esa esencia misteriosa, invisible, que se pierde en los pliegues del aire, se oculta el alma de la creación. La materia, cuando es tan tenue como el aroma de la flor, como los átomos de oro en que se bañan los mundos, se parece al espíritu.

Guardé aquellas flores, y me encaminé al templo. Subí á la tribuna con un respeto indecible. Me parecía que los grandes héroes que ántes la pisaron, aquellos conquistadores del mundo, reconvenían en mí á todas las genera-

ciones presentes. Me parecía oír á Cisneros que me decía: ¿Dónde está mi Oran? ¿Quién es hoy su dueño? ¿Habeis, españoles, llevado vuestras enseñas victoriosas hasta el Atlas? Yo callé. El cañon de los moros del Riff resonaba como una maldición en mis oídos, y bañado en un sudor frío, caí de rodillas sobre el pavimento, pidiendo á Dios que dirija una mirada de amor á la pobre España, y reanime nuestro decaído espíritu. No, no es posible que se pierda nuestro carácter. Nosotros nos levantaremos del polvo en que yacemos.

Che l'antico valore
non é ancor morto.

En el templo de San Juan de los Reyes resplandece maravillosamente la idea de Dios. Delante de estas ideas, todas las demás se eclipsan como las estrellas en presencia del sol. ¿Será posible que algunos desgraciados vean el cielo vacío? ¿Será posible que en estos templos no alcancen á oír la voz de Dios, que resuena en sus bóvedas? Yo veo á Dios aquí, en su santuario, y me parece cada piedra como las notas de un canto, la revelacion de su grandeza. ¿Qué serian el mundo y el arte sin Dios? Un santuario vacío, un templo destrozado. ¿Qué

seria sin Dios la conciencia? Como un mar corrompido, sin luz y sin aire. La idea más real, más hermosa, es la idea de Dios. Sobre ella gira como sobre un eje de diamantes el espíritu y la naturaleza. Sin Dios, todo seria mentira.

La luz de la tarde que tenía de un misterioso resplandor el templo, aumentaba sus hermosas proporciones, como entristecía el alma la soledad que en él reinaba. El reflejo del sol poniente se asemejaba al centellear de una lámpara moribunda. Las sombras, con sus dudas, envolvían las estatuas y las idealizaban; el calado de las piedras era á mis ojos como blancas flores depositadas en el templo por la mano invisible de un ángel.

La armonía de este hermoso templo derrama plácida tranquilidad en el alma. Descansa en aquellos arcos tan concluidos, en aquellas columnas tan esbeltas, como en un suave concierto. Todas nuestras facultades se avivan bajo estas bóvedas. El pensamiento ve á Dios, la voluntad se fortifica para proseguir el gran combate de la vida, la imaginación se espacia como en su cielo, y todo nuestro sér siente una indefinible melancolía más dulce y más grata que todos los placeres de la tierra: esa melancolía que produce la aspiración á lo infinito. El

hombre siente en sí un deseo que le lleva á romper las estrechas condiciones de su sér, y abismarse en el mundo que pinta la idea en la mente. Alabemos esa aspiración del cielo, que si nos hace padecer en la tierra la tristeza del desterrado, nos mueve á dejar por do quier testimonios de nuestra inmortalidad y de nuestra grandeza. El templo de San Juan de los Reyes, símbolo de lo infinito, prueba que si el hombre por su organización pertenece á la tierra, por su pensamiento pertenece al cielo. Si alguna vez por tu desgracia lo dudas, lector, acércate á uno de esos templos y encontrarás en ellos prueba de tan consoladora verdad, y verás en ellos la realidad de Dios y la inmortalidad del alma.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

I

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Confieso que la inauguración de un ferrocarril, de un canal, de un telégrafo eléctrico, de una fábrica, de cualquier gran obra de la industria, me entusiasma; porque me parece un lazo más que une á los pueblos, un conductor más de las ideas, un instrumento de libertad y progreso puesto en las manos del hombre, que camina con los ojos fijados en un ideal de verdad y justicia hácia su perfeccionamiento.

Cuando veo los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro, me levanto en alas de la imaginación á Dios para tributarle mis loores por el constante amparo con que pródigo asiste

hombre siente en sí un deseo que le lleva á romper las estrechas condiciones de su sér, y abismarse en el mundo que pinta la idea en la mente. Alabemos esa aspiración del cielo, que si nos hace padecer en la tierra la tristeza del desterrado, nos mueve á dejar por do quier testimonios de nuestra inmortalidad y de nuestra grandeza. El templo de San Juan de los Reyes, símbolo de lo infinito, prueba que si el hombre por su organización pertenece á la tierra, por su pensamiento pertenece al cielo. Si alguna vez por tu desgracia lo dudas, lector, acércate á uno de esos templos y encontrarás en ellos prueba de tan consoladora verdad, y verás en ellos la realidad de Dios y la inmortalidad del alma.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

I

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Confieso que la inauguración de un ferrocarril, de un canal, de un telégrafo eléctrico, de una fábrica, de cualquier gran obra de la industria, me entusiasma; porque me parece un lazo más que une á los pueblos, un conductor más de las ideas, un instrumento de libertad y progreso puesto en las manos del hombre, que camina con los ojos fijados en un ideal de verdad y justicia hácia su perfeccionamiento.

Cuando veo los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro, me levanto en alas de la imaginación á Dios para tributarle mis loores por el constante amparo con que pródigo asiste

á todas las salvadoras ideas arrojadas al vário viento de la suerte por la conciencia humana. Kant proponía entre los horrores de la guerra, la paz y la concordia de los pueblos, y para lograr esta paz y esta concordia, un gran congreso central, donde se controvertieran sus diferencias, se aclarasen las razones de sus luchas, y se diese á cada uno su derecho. Es imposible, decían esos hombres prácticos que sólo miran á la impura realidad, unir así á los pueblos separados por tan largos y dilatados espacios. Y hoy, la electricidad, el vapor, esos agentes misteriosos que parecen la espiritualización de la materia, han venido á borrar las distancias, á unir los pueblos, á realizar la imaginaria utopía, á dar la razón á Kant, como si la naturaleza hubiera hecho un pacto con la inteligencia, para prestar forma y cuerpo á todos sus grandes pensamientos.

Y no crea V. que es muy antiguo en mí este amor á la industria, no; ántes tiene algo de reciente y nuevo. Yo ayer me apasionaba sólo de lo hermoso. Conozco que estoy próximo á entrar en la mayor edad, porque me voy también apasionando de lo útil. Antes, como aquel viajero de que nos hablan las leyendas índicas, me sentaba en los jardines á esperar, para sa-

ciar mi hambre, el fruto de los lirios y de las rosas; ahora me gozo también en ver el dorado grano de trigo, que nos sustenta, y no lo desprecio, por más que no haya nacido del botón de una hermosa y aromática flor.

Gozoso, pues, muy gozoso, me encaminé al ferro-carril del Mediterráneo, que debía ser el primer punto de apoyo, permítame V. la frase, de mi expedición á las orillas del Ebro. Antes de comenzarla encontré allí á muchos muy queridos amigos, cuyo ingenio y cuyo cariño debían ser el encanto principal de mi viaje. No conozco nada más espantosamente triste que la soledad. Mi carácter meridional necesita para pensar, para sentir, de la comunicación de las ideas y de los afectos; porque de otra suerte, me parecen flores nacidas en la inmensa aridez del desierto.

Y es más, yo necesito de amigos que no tengan ni mis ideas, ni mis inclinaciones; gusto de la oposición, la creo necesaria, fatal; porque yo de mí sé decir, que cuando no la encuentro en los que me rodean, la encuentro en el secreto asilo de mi pensamiento, en el santuario mismo de mi conciencia. Creo que sin esta lucha continua no progresáramos, siendo, ó bien como Dios, inmutables y eternos, ó

bien como la piedra, frios é inertes. *Homo sum, et nihil humani á me alienum puto.*

Yo creo tan fuera del alcance del poder humano el matar los partidos, como el acabar con las leyes de atracción y repulsión de las esferas celestes; confesando, sin embargo, que existe la verdad absoluta y el bien supremo, á los cuales tienden nuestra inteligencia y nuestro corazón, como á su centro de gravedad tienden los cuerpos. Encontré, pues, allí amigos de todas las sectas de la política que ocupa hoy los ánimos como los ocupó la teología en el siglo décimo-tercero.

Allí estaba el reciente académico y antiguo y severo crítico, Sr. Cañete; allí el Sr. Campoamor, chispeante, como siempre, de gracia é ingenio, retórico griego, cuya alma es una fiesta continua; allí el Sr. Nuñez de Arce, amigo muy querido, que habla como escribe, es decir, siempre con raro talento y fecunda vena; allí el poeta, cuya imaginación fué la única lira nacida en el colegio donde yo recibí la segunda enseñanza, Navarro y Rodrigo; allí el señor Galvez, escritor castizo, elegante, que vive con el pensamiento y el corazón en los tiempos de nuestras antiguas glorias, y que á pesar de la triple coraza con que ciñe su alma, está empa-

pado en el espíritu de nuestro siglo; allí los ilustrados jóvenes Vildósola, Lafuente, Alcaráz, Belmonte y otros muchos. Allí inteligencias de todos los partidos, de todas las sectas, vários en sus pensamientos, en sus inclinaciones diferentes, y sin embargo, componiendo la fórmula de que nos habla San Agustín, la unidad en la variedad.

Comenzó, pues, nuestro viaje, y yo al ver á la luz del crepúsculo la locomotora, negra como un cetáceo, lanzando nubes de blanco humo á los aires, que se perdían en los pliegues del negro manto de la enemiga del día, me acordé involuntariamente de mi amigo Tousse- nel; y le llamo mi amigo, porque hay autores, cuya profundidad nos aparta á cierta respetuosa distancia, y autores, cuyo ingenio nos atrae como la querida voz de la amistad.

Cada sistema político se representa por los medios de locomoción. A la aristocracia corresponde el caballo. Por eso los nobles se llaman caballeros. Por eso la espuela es el signo de la aristocracia. Por eso, los ingleses, son los que mejor fomentan la cría caballar, porque son los más aristócratas de la tierra. Por eso, en toda la literatura aristocrática de la Edad media, el caballo representa un papel tan im-

portante, á veces más importante que su mismo dueño. Diganlo Bucéfalo, Babieca y otros mil de que están llenas las historias. Las monarquías absolutas adoptaron el coche, aquel respetuoso, antiguo coche, que parece un santuario ambulante. Los sistemas doctrinarios están representados por las empresas de diligencias. Dígalo si no, la respetable cámara de los pares de Luis Felipe. El ferro-carril es el signo del nuevo, del rápido progreso. Todas estas ideas se me ocurrieron mientras volábamos, devorando el espacio, y haciendo votos al cielo para que se descubra pronto la manera de viajar en globos aereostáticos. Mientras esto ocurría, volví los ojos al camino real, que por allí se presentaba cruzado por el camino de hierro, y ví un carro, un antiguo carro, quizá el mismo en que ocho años antes había yo cruzado en diez días el territorio que iba á cruzar en esta ocasión en diez horas, y entonces se me ocurrió decir: á los que niegan el progreso de nuestro siglo, los condenaría á ir en esos carros, como á los plebeyos que suspiran por ser lo que eran sus padres en la Edad media, los condenaría á siervos de la gleba.

Y diciendo y pensando estas y otras muchas cosas que no consienten ser reproducidas

en breves cartas, entramos en las espaciosas llanuras de la Mancha. Á pesar de la noche descubriamos su espantosa aridez, que pone desoladora tristeza en el ánimo.

Hay algo de la muerte en esas llanuras uniformes, invariables, áridas, cortadas sólo por alguna pequeña casa que parece, más bien que vivienda, una tumba. Al amanecer vimos algún pueblo que alegraba la luz del crepúsculo; garbas doradas, que en ricos montones se levantaban en las eras; los ganados apercebiéndose á pastar la yerba reverdecida por el húmedo beso de la noche; el labrador arreglando su trillo para el trabajo, y unciendo sus bueyes, mientras las blancas palomas cruzaban sobre su frente, y á sus piés le miraba, meneando dulcemente la cola, su fiel perro; oímos el postrer canto del gallo, mezclándose con los primeros acentos de la campana que saludaba la riente alborada, y convinimos en que siempre exhalan dulce y serena poesía los bienaventurados y tranquilos campos.

Á pesar de esto, la monotonía del paisaje es tal, que muy pronto vuelve á caer el alma en la tristeza. ¡La Mancha! Para conocer la historia es preciso leerla en el viejo manuscrito de la época, y en el espacio donde suceden los he-

chos. Al ver estas abrasadas llanuras comprendimos que en 1212 los cruzados provenzales, italianos y de otros países, que la vigorosa elocuencia del arzobispo D. Rodrigo había reunido para contrarestar el poder de los almohades, debieron sufrir mucha sed y muchísimo calor al pisar esta tierra abrasada por los rayos del sol, desnuda de vegetación, falta de aguas, y que acaso sería éste uno de los principales motivos que ocasionaron su retirada; cobarde felonía que yo les agradezco, porque así dejaron sólo á la constancia y el valor de nuestra patria la grande, la inmortal, la titánica hazaña de las Navas de Tolosa; gloria que eclipsa las más altas glorias de los más valientes pueblos.

Es imposible pisar la Mancha, sin que venga á las mentes el avellanado y flaco hidalgo, espejo de caballeros, pasmo del mundo, tan largo de valor como corto de palabras, tan enamorado como bravo, de limpia alma, y corazón entero: en sus pensamientos levantado y sublime, en sus obras generoso y magnánimo, amparo de todos los afligidos y débiles, última luz de la andante caballería, último reflejo de la Edad media.

No he leído libro alguno más melancólico, más triste ¿qué digo triste? más desgarrador

que el Quijote. No hay idea levantada, que no penetre en la mente enardecida del caballero; no hay sentimiento generoso, que no anide en su gran corazón; do quier ve la desgracia, allí está como la providencia; do quier ve el bien, allí se postra y bendice á Dios; quiere borrar con su aliento la esclavitud, la degradación, la miseria; quiere levantar con su robusto brazo todas las frentes sumidas en el polvo; su amor es puro como la divinidad; es una idea, que le alumbra como la estrella fija de su vida; es un genio, que le cobija con sus alas nacaradas y puras como el ángel custodio con que sueña el niño en su inocencia; y aquel hombre es loco porque es bueno, porque es generoso, porque es grande; y los que le rodean son cuerdos, porque son pequeños, interesados y miserables. ¡Qué triste es eso, amigo mío, qué triste! Cervantes, tan grande, cuya imaginación tiene algo de la sombría imaginación del Dante, cuyo pensamiento tiene la profundidad del pensamiento de Shakespeare; genio sin rival, cuya risa es amarga y más triste que las lágrimas de muchos llorosos poetas; Cervantes, que sólo fué escuchado y aplaudido del mundo cuando acertó á burlarse de él, debía conocer que su libro era el funeral del genio poético de la Edad

media, el principio del prosaismo, en que iban á caer despues de algun tiempo la sociedad y la literatura, y para significar esta edad, sepulcro del génio caballeresco, encontró las áridas, las tristes, las horribles llanuras de la Mancha, donde no corre un arroyo, donde no brota una flor. Así como ha presentado en su libro la lucha que sostiene siempre la sociedad con los que intentan reformarla, el antagonismo que existe entre el sensualismo y el idealismo, así tambien significó admirablemente en las llanuras de la Mancha la árida prosa en que iba á enterrarse el génio.

Hay muchos personajes históricos que parecen mitos: no hay ninguno, absolutamente ninguno, que parezca tan real, tan verdadero, tan vivo como D. Quijote. Así es, que en las llanuras de la Mancha, le vimos todos como en su cuadro, hasta que por fin llegamos á Albacete.

Aquí nos esperaban los no muy acordados sonidos de una música. Llamaron la atención de todos nosotros los músicos, vestidos de milicianos y con sombrero á la antigua española. Confieso que parecían una caricatura viva del eclecticismo. En el café, donde la pródiga empresa nos preparó el desayuno, vimos juntos á

Espartero y O'Donnell, Mina y Cabrera, un cuadro representando un bodegon y otro representando el Escorial. No hay para qué diga á V. que mis instintos de armonía rechazaban toda esta confusion.

Nos detuvimos poco tiempo, muy poco tiempo en Albacete y continuamos nuestro viaje, sí, nuestro viaje que va á llegar pronto, muy pronto á su eden, al reino de Valencia, cuyo pórtico puede decirse que está en Almansa, donde ya empieza á variar el terreno, á levantarse verdes colinas, y sobre estas colinas á extender sus cenicientas y plateadas ramas la reina de los bosques, el árbol querido de los antiguos pueblos, destinado á ser la corona del sacerdote y del poeta, el árbol, bajo cuya sombra invocaba Odino los espíritus de sus padres que vagaban en las ráfagas de la tempestad, ó dormían en los sonrosados reflejos de las auroras boreales, el árbol de los altares y de los dioses, la encina, que parece arraigarse allí como un tributo, una ofrenda de la sombría vegetacion del Norte á la siempre verde y siempre alegre vegetacion del Mediodía.

En Almansa nos detuvimos á almorzar, y al mediar el día, salimos de esta poblacion. Confieso, que en este instante, pensar en que

iba á ver el reino de Valencia, me entusiasma-
ba, me enagenaba. No tiene nada de extraño.
En ese espacio he pasado los días más felices
de mi vida, los días de la siempre llorada in-
fancia, los días risueños en que la imaginación
se parece á uno de esos floridos arbustos que
atraen todas las mariposas del campo. ¡Oh!
Voy á verte, tierra hermosa, decía yo, bañada
por el celeste Mediterráneo; voy á ver á tus ar-
royos coronados de adelfas, tus árboles carga-
dos de frutos y de flores, tu cielo vagoroso co-
mo el velo nupcial de una virgen, tus áticas
higueras, tus africanas palmas, y voy á verte
con toda la fé de mis primeros años, sin haber
perdido en la corte el primitivo entusiasmo de
mi alma. Pero esto será objeto de mi segunda
carta. Adios. Suyo siempre.

28 de Julio de 1857.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

II

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido
amigo: Dí punto á mi anterior carta en el mo-
mento mismo en que entraba en el delicioso
reino de Valencia. Mi alma, en este instante, se
abría sacudiendo el polvo de la corte, como una
flor en el alba, para recibir las puras emana-
ciones de la naturaleza, el rocío de los cam-
pos, la frescura de la espesa enramada de va-
rios matices teñida; y mis ojos como desper-
tándose de largo sueño, se abisman en el tras-
parente azul y claro cielo.

¡Qué tierra tan deliciosa, amigo mio, qué
tierra tan dichosa! ¡Cómo se espacia el ánimo,
contemplando la vida en que se agitan y mue-
ven tantos seres! Mi alma no está en mí, no; mi

iba á ver el reino de Valencia, me entusiasma-
ba, me enagenaba. No tiene nada de extraño.
En ese espacio he pasado los días más felices
de mi vida, los días de la siempre llorada in-
fancia, los días risueños en que la imaginación
se parece á uno de esos floridos arbustos que
atraen todas las mariposas del campo. ¡Oh!
Voy á verte, tierra hermosa, decía yo, bañada
por el celeste Mediterráneo; voy á ver á tus ar-
royos coronados de adelfas, tus árboles carga-
dos de frutos y de flores, tu cielo vago como
el velo nupcial de una virgen, tus áticas
higueras, tus africanas palmas, y voy á verte
con toda la fé de mis primeros años, sin haber
perdido en la corte el primitivo entusiasmo de
mi alma. Pero esto será objeto de mi segunda
carta. Adios. Suyo siempre.

28 de Julio de 1857.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

II

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido
amigo: Dí punto á mi anterior carta en el mo-
mento mismo en que entraba en el delicioso
reino de Valencia. Mi alma, en este instante, se
abría sacudiendo el polvo de la corte, como una
flor en el alba, para recibir las puras emana-
ciones de la naturaleza, el rocío de los cam-
pos, la frescura de la espesa enramada de va-
rios matices teñida; y mis ojos como desper-
tándose de largo sueño, se abisman en el tras-
parente azul y claro cielo.

¡Qué tierra tan deliciosa, amigo mio, qué
tierra tan dichosa! ¡Cómo se espacia el ánimo,
contemplando la vida en que se agitan y mue-
ven tantos seres! Mi alma no está en mí, no; mi

alma es una mariposa que vuela de flor en flor, que se baña en esos aromas, que matiza sus alas con los átomos desprendidos de esta portentosa vegetación. Y de tal suerte ama la naturaleza, que si le fuese posible vivir lejos de la pobre cárcel que la encierra, se quedaría aquí columpiándose, como el ruiseñor en una rama de mirto, ó dejándose arrastrar como las hojas de la zarza-rosa por las ondas del plácido arroyuelo.

No sé qué hay para mí de místico en la naturaleza. Acaso en el cáliz de esas flores, que las áuras rizan, se encierra el primer aliento del Creador; acaso ese cielo sereno de los campos, guarda el reflejo de la primer mirada del Eterno; acaso la miel que destilan esas frutas, es la esencia más pura del néctar de la vida; acaso por todo esto, el campo purifica la mente y nos da en sus armónicas palabras cánticos para levantarnos a las alturas y hablar con Dios; pero la verdad es, que delante de estos maravillosos espectáculos de la naturaleza, siento una paz dulce, santa, como si todas las contradicciones de mi ser se hubieran acabado, como si descansara en eterno y celestial reposo.

Usted me ha hablado muchas veces de la

especie de arrobamiento que sintió al pasar por vez primera desde Játiva á Valencia; y yo al mirar desde la estación del ferro-carril de San Felipe estos lujosísimos campos, que tienen tanto de orientales, comprendo y me explico el error de los pueblos, que nacidos en medio de esta vegetación, no se han levantado á buscar á Dios fuera de la naturaleza hasta que la voz de la revelación divina los ha llamado con su dulce reclamo al cielo.

Desde tal sitio me gozaba en ver el color de esmeralda de las hojas de las moreras, cuyas flexibles ramas dulcemente se columpian al soplo de las brisas; los naranjos y limoneros, vistosos, aromáticos, que con sus albas flores y sus dorados frutos prestan al paisaje un encanto indefinible; los granados ostentando sus flores carmesíes, que parecen teñidas en la purpúrea sangre de un dios mitológico; las islas flotantes formadas por las plantas del arroz, verdes lagos, que se rizan en suaves ondulaciones; los blancos caseríos, engarzados como nidos de palomas en el follaje; los cipreses, levantándose melancólicos como la oración de un alma entristecida al cielo; el olivo, cuyo sombrío verdor parece nube de tristeza entre esta verdura brillante, deslumbradora y clara;

la palmera que se destaca sobre todos esos árboles en el azul del firmamento inclinando sus gigantescas hojas á la tierra como para contarle los secretos de las nubes que rozan su aroma; cuadro delicioso que suspendía mi ánimo, el cual prestando oído al canto de las aves, al rumor de las brisas, al murmullo de los arroyos, al lejano eco de melancólica y dulce canción del labrador, al chirrido de las cigarras, dejaba volar mi pensamiento, que se perdía como una flor más en ese océano de vida, como una nota en ese hermoso concierto de dulces armonías.

Embebido estaba yo contemplando este cuadro, como si me hallase fuera de mí, cuando me anunciaron la hora de nuestra partida para Valencia, que verificamos en un *express* con toda la prosáica, pero grata comodidad que puede imaginarse. ¿No recuerda V. uno de los más hermosos cantares del Fausto? El doctor, poseído de la sed de sabiduría que le aqueja, vuela en el caballo Pegaso, despertando las antiguas generaciones de ideas que yacen dormidas en el polvo de los siglos. A su voz se despiertan los sacerdotes antiguos, los poetas, las musas, las nereidas, las ninfas, y todos estos seres le dirigen sus cánticos, le arrojan una perla, ó re-

crean su imaginación pronunciando las fórmulas de las civilizaciones, y gozándose en su nueva vida.

Pues bien, á este paso fantástico se parecía nuestro vuelo en alas del vapor. Pasaban á nuestros ojos rápidamente, jardines sembrados de flores, bosques de manzanos, de naranjos y granados; blancos caseríos, pueblos con sus campanarios rodeados de palomas; las barracas coronadas por la rústica cruz; alegres cuadros de familias sentadas á la sombra de un parral; los labradores encorvados bajo el peso de su trabajo, y apenas quedaba espacio para recoger en la retina tantos objetos, para despedirse de tantas y tan encantadoras impresiones. Ya se levantaba una isla de arroz rodeada de moreras, y apenas la habíamos visto, cuando se perdía en el espacio; pero en estos campos me gusta ver el artista, el hombre á la puerta de una barraca. Nada me complacía tanto, como el detenernos á ver alguna familia. La mujer arreglando canastos de flores y de frutas bajo una higuera; á su lado el valenciano con su ligero, pero blanco y limpio trage, descargando su borriquillo, que al vernos pasar huía espantado; alrededor algunos niños casi desnudos, tostados por el sol, chispeando

alegría de sus negros ojos, muy embebecidos y dados á jugar con naranjas, llenas las manos de frutas, que se acercaban á picar sigilosamente algunas gallinas; hermoso cuadro cuyo fondo formaban algunos bosques de un verdor inexplicable; verdor que se iba desvaneciendo, hasta convertirse en vaporosamente azul cuando se perdía en los últimos celajes del tranquilo horizonte. Cuando veo los campos, no comprendo que haya quien deteste la égloga. Acaso no hay poesía más real, ni más hermosa, ni más grande. Las descripciones que Teócrito y Virgilio nos han dejado del campo y sus delicias, las veo aquí vivas, animadas como las creaciones de esos divinos poetas. La égloga ha sido siempre el refugio de la libertad. La guadaña de la tiranía se rompe en los campos. Por eso escribieron églogas bajo el yugo de los reyes egipcios los poetas de Alejandría, y bajo el yugo de los emperadores romanos, los poetas del Lacio. Por huir de la corte de Avignon y de su corrompida atmósfera, escribió sus églogas Petrarca. Y nuestros romances pastoriles, que florecieron en los siglos décimo-sexto y décimo-septimo, no fueron más que grandes y hermosas protextas contra el absolutismo de la casa de Austria.

Aquí se encuentran almas ingenuas, que cuando ven llegar un viajero cansado, se interesan por él, le ofrecen descanso á la puerta de la cabaña y frutas para que apague su sed. Aquí se ve la ternura del alma y la fe religiosa en esos sencillos cuadros, que representan alguna idea mística y á los cuales vuelve siempre los ojos en todas sus penas y en todas sus alegrías la familia. Recuerdo que en mi niñez, cuando yo vivía en uno de los pueblos del reino de Valencia, al volver de la escuela ó de paseo, al acostarnos ó levantarnos, íbamos siempre á saludar á San Rafael, que se hallaba á la puerta de nuestra casa como el ángel que guardaba aquel paraíso. Así es, que al ver estos cuadros, y la luz ardiendo aún en la mitad del día, me acordaba de mi familia, de mi niñez, del sagrado hogar doméstico, tan santo como un templo, y ¿por qué no lo he de decir á V.? acordándome de todos estos objetos, dulces lágrimas asomaban á mis ojos. Después de todo, lo confieso, la idea más arraigada en mi alma es la idea religiosa. Una cruz, la aguja de un campanario, una capilla de piedra, de esas que se levantan á la entrada de los pueblos, el eco de la campana de la oración en la hora de crepúsculo, todo, todo me llama á orar, todo me

revela con sus encantos la verdad del sentimiento religioso que me enseñó mi madre. Pero veo que me voy olvidando de mi viaje.

Poco antes de llegar á Valencia descubrimos la Albufera. Es un hermoso lago, que rielaba dulcemente la luz de la tarde en el instante en que yo le veía. Parece un pedazo de cielo caído en la tierra: tan azul es su tranquila superficie. Por fin, cada vez más encantado llegué á la estación del ferro-carril. Otra idea utilitaria, positiva, me asaltó al pisar el suelo y dar de mano á todas las consideraciones estéticas. Este suelo, decía yo para mí, es hermosísimo. El trabajo del hombre lo hermosea. Esta tierra quizás sea ingrata. Quizá en otro tiempo fueran estas mismas llanuras, hoy tan hermosas, blando lecho del mar. El trabajo, ese gran buril con que el labrador desbasta la naturaleza, ha convertido en un paraíso esta tierra. El trabajo puede devolver al hombre, en cuanto sea posible en el mundo, su pérdida primitiva naturaleza. Llegamos por fin á Valencia. La tradición ha unido á esta ciudad el nombre más popular de nuestra historia, el Cid. ¡Cómo la amaron los árabes! Hicieron una resistencia terrible y llegaron á comerse hasta los perros. Y cuando salieron con las manos amarradas á la espalda

y los pies descalzos, exhalaban en dulces poesías ayes, cuyo eco llega á nosotros al través de los siglos. ¿Qué mucho que aquí encontraran su eden? Si nosotros los católicos no buscáramos el paraíso en el cielo, creeríamos que se encuentra en estas deliciosas campiñas.

Al llegar á Valencia y bajar del tren nos aguardaban algunas tartanas, el carruaje clásico de Valencia, que nos condujeron á la fonda del Cid. Es imposible elogiar cómo se merece la actividad de la compañía de la canalización del Ebro. No perdonó medio para que tuviésemos la comodidad posible. Ya puede V. suponer que un día de viaje tan largo y caluroso nos debía tener molidos. Sin embargo, nuestra juventud no se desmayaba por tan poco. Llegar á la siete de la tarde á Valencia, salir á las once de la misma noche, era una heroicidad, y la arrostramos. Pero confieso que en nuestra heroicidad había mucho de egoísmo. Deseábamos mis compañeros de viaje y yo ver el mar, correr por sus riberas, entregarnos al plácido arrullo de sus olas, mecernos en ellas, respirar el húmedo aliento de sus brisas, hollar su verde superficie y ver la estela que deja la quilla en las aguas volar como las blancas gaviotas por sus horizontes; y ¿dónde podía-

mos conseguir mejor nuestro principal objeto que en San Carlos de la Rápita, hermoso puerto del hermosísimo y encantador Mediterráneo? Formamos, pues, ántes de comer, aunque á duras penas, una especie de sociedad para dejar á Valencia é ir á San Carlos. Comimos espléndidamente en la fonda. Aquellos succulentos manjares me convencieron de cuán erróneo es el refrán que dice «en Valencia la carne es pescado y el pescado agua.» Apenas habíamos concluido de comer, nos sentamos en lo interior de la diligencia. Ibamos en él Arce, Vildósola, Anduaga y yo. Hicimos esfuerzos extraordinarios para ir en tan corto número, y merced á mil no muy caritativos medios, logramos nuestro objeto. Yo no pensé dormir en toda la noche. Me gusta en nuestros caminos oír el ruido de las campanillas y los gritos de los mayores, que prestan cierta animación al viaje. Por fin amaneció. Yo creía que no volveríamos á ver tan deliciosos campos como los que habíamos dejado á nuestra espalda. Me engañé. ¡Qué huertas tan hermosas las de Castellón, Alcalá de Chisvert, Benicarló y Vinaroz! A los encantos de la vegetación se une la vista del mar, sereno, rizado por el soplo de la brisa, reflejando como un espejo el cielo, y rom-

piendo de tal manera los rayos del sol, que parecía cuajado de hermosas estrellas. Los campos se aproximan tanto al mar, que parecen surgir como Citerea de sus olas.

La hermosa imaginación de los pueblos meridionales ha puesto en cada uno de esos árboles una leyenda; ha hecho de ellos un símbolo. En el ciprés parece como que se anidan las almas de los que ya no son, cuando las llaman las oraciones de los vivos: el mirto es el melancólico árbol del sepulcro de los niños y de las vírgenes; y se cuenta de la higuera, que al huir María con su hijo Jesús de las persecuciones de Herodes, se ocultó bajo sus ramas, y por eso tan frondoso árbol da hasta tres veces fruto al año, y por eso los higos destilan dulce miel. También tiene este país un respeto sumo á la golondrina, que le anuncia el florecimiento de sus árboles, la aproximación de sus cosechas; á la golondrina, que presagia la anhelada lluvia, revoloteando en torno de sus barracas, y que se refugia casi siempre ó en la iglesia ó en la cúspide de los campanarios. Estos pueblos no pueden vivir sin poesía. Y sus cantares tienen mucho de dulce, de melancólico, de triste. Créalo V.: aquí en estos países tan hermosos, sin duda alguna es donde el hombre siente

más ese mal que ha engendrado el arte y que se llama la nostalgia del cielo. Pero nos vamos acercando á San Carlos de la Rápita, y esta carta debe acercarse también á su término. En las próximas hablaré de las fiestas y de las obras de canalización del Ebro. En el instante de que yo voy hablando, sólo me preocupan los reflejos del mar, tan puro como el cielo, tan hermoso como la imaginación de los poetas que han nacido en sus floridas orillas.

31 de Julio de 1857.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

III

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Hemos llegado al término, si no de nuestro viaje, de nuestro deseo; ya estamos en San Carlos de la Rápita. Al dejar la diligencia nos encontramos en medio de la plaza bajo los ardorosos rayos de un sol de Julio; pero á decir verdad, no lo sentíamos, porque las húmedas brisas de mar besaban con amor nuestras abrasadas frentes, devolviéndonos el vigor de la vida, como el rocío de las azotadas plantas. Usted notará que hablo en plural, y voy á darle la razón de esto. No me he separado ni un instante de mis compañeros de viaje; hemos sentido el mismo alborozo, la misma melancolía, y no puedo apartar sus ideas de mis ideas,

más ese mal que ha engendrado el arte y que se llama la nostalgia del cielo. Pero nos vamos acercando á San Carlos de la Rápita, y esta carta debe acercarse también á su término. En las próximas hablaré de las fiestas y de las obras de canalización del Ebro. En el instante de que yo voy hablando, sólo me preocupan los reflejos del mar, tan puro como el cielo, tan hermoso como la imaginación de los poetas que han nacido en sus floridas orillas.

31 de Julio de 1857.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

III

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Hemos llegado al término, si no de nuestro viaje, de nuestro deseo; ya estamos en San Carlos de la Rápita. Al dejar la diligencia nos encontramos en medio de la plaza bajo los ardorosos rayos de un sol de Julio; pero á decir verdad, no lo sentíamos, porque las húmedas brisas de mar besaban con amor nuestras abrasadas frentes, devolviéndonos el vigor de la vida, como el rocío de las azotadas plantas. Usted notará que hablo en plural, y voy á darle la razón de esto. No me he separado ni un instante de mis compañeros de viaje; hemos sentido el mismo alborozo, la misma melancolía, y no puedo apartar sus ideas de mis ideas,

sus sentimientos de mis sentimientos, sus emociones de mis emociones.

Hay objetos que á todos hablan en un mismo lenguaje. En una catedral gótica, el ateo y el místico sienten derramarse la idea de Dios por su espíritu como oloroso bálsamo; delante del mar, el materialista y el espiritualista ven despertarse la idea de lo infinito en su mente, como divino ángel. Entre nosotros no habia ni ateos ni materialistas; nueva razon para sentir y pensar lo mismo.

Componíamos la pequeña tribu el diputado por Tarragona Sr. Altés; el ingeniero Sr. Rodríguez; el representante de *El Fénix*, Sr. Lafuente Alcázar; el redactor de *El Occidente*, señor Salgado; el Sr. Navarro, mis compañeros del interior de la diligencia y yo. Albergámonos en casas deshabitadas, pero que por lo mismo tenían algo de poéticas y encantadoras. Desde la azotea de la nuestra se descubrían algunas pequeñas huertas, casas-cabañas, los mástiles de los buques y el mar; sí, el mar, que era el centro donde convergían todas nuestras miradas.

En un instante nos despojamos de nuestro empolvado trage de camino y nos vestimos á la ligera, bajando á la aduana, donde estaba, di-

gámoslo así, nuestro comedor. Pasamos bajo airosos arcos, formados de verde boj que ostentaban la bandera nacional. Aunque presentaba aquel alojamiento el aspecto de las bodas de Camacho, almorzamos muy frugalmente, pues parecía que nos faltaba tiempo y espacio para contemplar el azulado Mediterráneo.

Daré á V. una idea de San Carlos. Al Norte se levantan coronadas por los azules reflejos de puro y vagoroso cielo altas montañas alineadas en forma de anfiteatro, de cuya falda bajan viñas, higueras, bosques de frondosos árboles, ciñendo como de una brillante guirnalda el pequeño pueblo, compuesto de casas muy blancas, de chozas de pescadores y marineros, de grandes edificios, hermosos, cuyas columnas medio destruidas, cubiertas, á pesar de ser modernas, por el color melancólico que presta el tiempo á las ruinas, dan aspecto de antigua colonia á esta poblacion, á cuyas plantas se quiebra, como si fuera un arroyuelo, el inmenso mar, que la arrulla con sus plateadas aguas y con la celestial música de sus brisas y sus ondas. Se me olvidaba decir que al Oriente, pero tocando casi al pueblo, se extiende el canal que íbamos á inaugurar.

Son muy hermosos estos pueblos, que par-

ticipan de las delicias del campo y de las delicias del mar. Aquí se ven á un mismo tiempo la vegetacion con sus flores, sus frutos, su verdor; el mar con sus blancas espumas, sus azules ondas, sus doradas arenas; el labrador con su traje blanco, lo mismo que la flor del almendro ó del azahar, hiriendo la tierra para obligarle á que brote la fuente misteriosa de la vida, y el marinero con su traje del color de las olas y del cielo, como en señal de hallarse siempre entre esos dos infinitos; las palomas, cerniéndose en los aires; las cabras saltando de un precipicio á otro precipicio, y la blanca lona flotando sobre las aguas, hendida por el viento, y la gaviota extendiendo sus alas, que parecen un poco de espuma que el mar levanta á los cielos; miriadas de mariposas suspendidas en las flores que crecen á la orilla de los arroyos; y miriadas de pescados de color de coral ó de esmeralda, que sacan un poco la cabeza del mar, como si quisieren volar, y vuelven á perderse otra vez en su elemento, coleteando de alegría; la infinita variedad de las campiñas, con sus estaciones, la eterna uniformidad del mar, variado sólo por sus tempestades; la naturaleza con todas sus formas, la vida con todos sus encantos, las obras más grandes del

Creador, que parecen destinadas á revelar su hermosura y á cantar sus alabanzas.

Detuvímonos un instante á mirar cómo se quebraban las ondas á nuestros piés y á recibir las gotas de fresca agua en nuestra frente. En esto vino á buscarnos una barca y nos entregamos al plácido arrullo del mar, dejándonos llevar á merced de nuestros remos. ¡Qué hermoso es el Mediterráneo!

Viéndolo, se comprende que sea el mar de la poesía, el espejo de los poetas, que sus brisas agitaron las cuerdas del arpa de David, de la lira de Homero, y que en sus tranquilas aguas se bañaron las musas de la Grecia. El Océano es más grande, más bravo, más tempestuoso, más sombrío, es sublime. Pero el Mediterráneo es más celeste que el Océano, más alegre, más tranquilo, es hermoso. En la categoría de las ideas, lo sublime es más grande que lo hermoso; pero lo hermoso es más humano y está más cerca del alcance de nuestras facultades que lo sublime. El sol es sublime, y por eso no podemos mirarle; la luna es hermosa, y por eso nuestros ojos se bañan en su tibia luz. Dios que está sentado en la cúspide de los mundos; que exhala de su aliento el espíritu; que nos anima; que presta con su mi-

rada luz á los astros; que tiene en sus manos la catarata del gran río de la vida, en que beben su esencia todos los seres; Dios, inefable, infalible, eterno, inmenso, es sublime. Por eso su luz nos ofusca; por eso al verlo pasar, tiemblan los mundos y se ocultan en sus alas los serafines. La religion cristiana, conociendo que el ama se quedaria ciega si de continuo se perdiese en la deslumbradora luz de Dios, ha puesto en el cielo de sus ideas una mistica luna, María, á la cual se levanta de continuo la oracion del cristiano, seguro de que aquella tibia luz es la del eterno sol de la verdad y de la ciencia. Dios es sublime, y María es hermosa.

Lo sublime es superior á nuestra naturaleza, y hasta cierto punto incomprensible por nuestra pobre razon; lo sublime nos abate, nos sumerge en una especie de espanto muy parecido al que sintió el pueblo de Israel cuando tronaba Dios en la cumbre del alto Sinai. Y hé aquí, por qué el Océano nos espanta. No puedo ver aquellas escarpadas riberas, sus montañas onduladas, sus continuas tempestades; no puedo oír roncós bramidos, el huracán que lo azota, sin sentirme aniquilado como la gota de lluvia que cae en su profundo seno.

Lo hermoso nos atrae, nos sonríe; en esa

idea descansa el alma como en su centro; todas nuestras facultades se ponen, digámoslo así, en equilibrio; todos nuestros pensamientos entran en concentrada armonía; gozamos como mirando unos amorosos ojos, como oyendo el acento de una voz querida ó el eco de una canción de Bellini. El Mediterráneo es hermoso. Sus riberas son doradas; floridos sus campos cubiertos de viñas y de naranjales; su color es el color del cielo; sus brisas son como el aliento del amor; sus ondas se rizan en ligeras playas como feliz lago; sus horizontes son alegres, clarísimos, transparentes; parece como que convidada con su tranquilidad á dejarse mecer por sus ondulaciones; que cuando se quiebra en la orilla, canta; que ha sido creado para retratar como claro espejo las estrellas del firmamento. Es el mar amigo del hombre.

Cuando los poetas bíblicos cantaban, este mismo mar movía las alas de su inspiración, las cuerdas de sus arpas; en él vió Homero levantarse como una niebla á Thetis, sacudir su cabellera cargada de perlas, y llorar sobre el seno de su hijo; este mar fué muchas veces el fondo del teatro, por donde discurrían las grandes creaciones de Esquilo, de Sófocles y Eurípides; en él se apagó, como una exhalación, la

vida de Safo; de su seno surgió Citerca, blanca como sus espumas, con sus ojos azules como átomos del firmamento, y sus cabellos de oro como los rayos de las estrellas de la tarde; en sus riberas enseñaba Platon la unidad de Dios, y en sus islas Pitágoras las armonías de las ideas, la ciencia de los mundos; por este mar se esparcieron los apóstoles, que por vez primera predicaron la religion cristiana á los hombres, y cerca de él derramó Jesucristo las ondas de sus divinidades, y en su seno, inspirado por sus murmullos escribió San Juan su Apocalipsis; flores marinas eran la Jónia y Sicilia, flores nacidas en el Mediterráneo, y que á sus brisas confiaron sus semillas, para que las desparramasen, ora en Italia, ora en las Galias, ora en España. En sus orillas duerme bajo un laurel Virgilio; en él se miraban las grandes ciudades egipcias, que unieron, al principiar nuestra era, el alma de todos los pueblos antiguos; por sus horizontes vió el Dante volar como el ángel de la oracion, á Beatriz; y mirando su plateada superficie se consolaba en Nápoles Petrarca de la ausencia de su Laura; la estela de las góndolas de Venecia ha dejado una huella de poesía en sus aguas, y la voz de la Provenza el eco dulcísimo de sus aires; y la mirada

de España un luminoso reflejo en sus horizontes; y el Asia, Grecia, Egipto, y todas las naciones que le rodean, han hecho de este mar el conductor de la civilizacion y del arte.

Todos los dramas de la civilizacion se han representado en el Mediterráneo. De él salieron todas las grandes expediciones, desde Alejandro hasta Napoleon. En el Mediterráneo ha luchado el Oriente con el Occidente, la idea de absorcion, de casta, de despotismos, con la idea de la expansion, de derecho, de libertad. Aquí se oye aún el sollozo de Priamo, que era el postrer quejido de la civilizacion oriental, su último suspiro. Por estas azules aguas cruzó el grande, el portentoso César, en cuya alma se unieron el espíritu del Oriente y del Occidente. El Mediterráneo fué como el mediador plástico de Europa, África y Asia. Suprimido en el pensamiento el Mediterráneo, cada uno de los grandes continentes acaso hubieran sido de los restantes tan ignorados como lo fué América de todo el Viejo Mundo hasta el siglo décimoquinto. Encerrado el Mediterráneo entre riberas que lo estrechan, ha podido llevar de un punto á otro fácilmente la primitiva navegacion, incierta y poco audaz; y sólo ese mar tan plácido y sereno, ha podido atraer al hom-

bre para que confiara la vida á sus ondas. Por esto, pues, el Mediterráneo es el mar de las colonias, al paso que el Océano es el mar de las irrupciones.

En verdad, me he distraído mucho, y apenas parece que estoy hablando á V. de un viaje. Pero al hablar de esto, le hablo á V. de las conversaciones que empeñamos en nuestra barca. Allí tuve el gusto de conocer al Sr. Rodríguez, joven ingeniero, de elevado talento, de clarísima imaginación; entendido, no sólo en su difícil profesión, sino en literatura y en ciencias políticas, cuya amistad contaré siempre entre las principales aventuras de este viaje.

Después de un largo paseo volvimos á tierra. Pero no crea V. que nos apartamos por eso del mar. Nos quedamos allí jugando con las olas. He oído decir á algunos que aún creyendo en ella no pueden comprender la felicidad de la bienaventuranza de la contemplación perpétua de Dios. A la vista del mar se comprende y se explica. Do quier aparece lo infinito, el hombre se recrea en contemplarlo y aspira á volar al cielo, sí, al cielo, que es su patria. Por eso, á pesar de la uniformidad del mar, el alma se goza en contemplarlo como todo lo que se pa-

rece y se aproxima á lo infinito. Así es que no podíamos separarnos de las orillas del mar. ¿A que no adivina V. en qué nos entreteníamos? Pues nos entreteníamos en plantar un palo en la arena, cuando el mar se retiraba, é ir á cogerlo cuando el mar volvía. Muchas veces las olas nos mojaban completamente los piés.

Pero tuvimos que retirarnos cuando descendió el crepúsculo. El mar se teñía de un tinte rosado, que le daba dulce alegría; algunas nubes por los rayos del sol poniente se retiraban al ocaso á desvanecerse en las mansas aguas, que no se movían como si la próxima noche derramase en ellas tranquilo sueño. Al volver ví en un mástil la imagen de la Virgen, que abría sus brazos al mar como ofreciendo su amor y su amparo á los navegantes. Entonces pensé cuán poético y significativo es el nombre hebreo de María, que significa estrella del mar, y me acordé de un gran poeta.

Sí, en este mismo mar, Byron, que tantas veces había maldecido á Dios; ángel caído del cielo, que se gozaba en arrastrar sus blancas alas por el lodo; Byron, que se aparece siempre á mis ojos con la lira rota en sus manos por la desesperación, y la copa del placer quebrada á sus plantas por el hastío; Byron oyó al ano-

chechar el acento de una campana, el rezo de los marineros, el murmullo de las olas y de los próximos bosques, agitados por aquella religiosa plegaria á María; y en celestial arrobamiento la vió aparecer en sonrosada nube, pura, hermosa, coronada de estrellas, llevando su hijo entre los brazos, deslizándose sobre la superficie de los mares, envuelta en celeste manto, acompañada de la mística paloma que se cernía en los aires; y ante tal espectáculo cayó herido de hinojos sobre la cubierta del buque, plegó sus manos, y sus labios secos murmuraban una mística oracion que se confundió con las oraciones de los hombres y de la naturaleza. El culto á María es propio de las orillas del mar. Hasta el ateo vió aquí á la Madre del Verbo en toda la realidad de su hermosura; y la vió, porque este mar será siempre su templo.

Venida la noche, nos reunimos alegremente, y todo nuestro divertimento consistió en hablar, sí, en hablar mucho. Todas las opiniones tenían allí sus representantes, á pesar de que apenas éramos doce personas. Nuestra conversacion se asentaba en la grande idea que hace posible la discusion, en el derecho; y todos pensábamos lo que queríamos, y todos decíamos lo que pensábamos. Apenas habíamos ex-

presado nuestras ideas sobre varios problemas políticos, vi acercarse donde estábamos el grupo de los más liberales á uno de los sirvientes, que nos cuidaba y se desvivía por nosotros con solicitud verdaderamente maternal.

Era uno de esos hombres que instintivamente miran siempre una misma idea, que la siguen con más fé cuando ven que les vuelve las espaldas la fortuna, y que en su entusiasmo decían que estaba pronto á darnos hasta el corazón. Yo le recordé que no debía dejarse llevar de ese entusiasmo por los hombres, entusiasmo que es el gran escollo de los caracteres meridionales cuando se trata de conservar la libertad.

Nos fuimos despues á descansar. Al dia siguiente presentaba San Carlos mágico aspecto; llegaban nuestros compañeros de viaje, que se habian quedado en Valencia; los comisionados de la prensa y corporaciones de Barcelona; la comision régia, compuesta de los señores Echevarría, Reina, Pinzon, Barzanallana, Ribó, Madramany, Membrado; las autoridades de Castellón, de Tarragona, y en el puerto anclaban dos vapores, y la gente del pueblo acudía solícita á presenciar tan vário espectáculo.

Nosotros, mis compañeros de la primer expedicion y yo, abandonamos aquel bullicio pa-

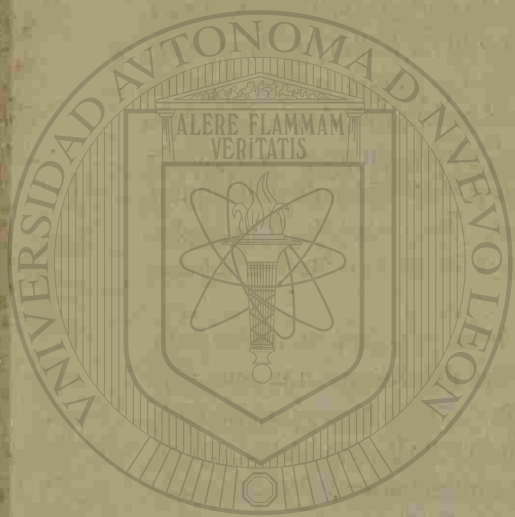
ra perdernos en la soledad de los mares. Una gallarda barca, que daba al viento la poética vela latina, nos recibió en su seno y volábamnos como en alas del pensamiento, y rompíamos las olas que nos mecían dulcemente, y nos veíamos rodeados por todas partes de celestes reflejos, y contemplábamos la azulada estela, y las brisas que aprisionaban ligera lona nos refrigeraban con sus húmedos besos, y fuimos por fin á dar con una delta de arena formada por la embocadura del Ebro, donde recogimos despojos del mar, conchas y caracoles, volviéndonos á tierra cuando caía sobre nosotros el manto de la noche. Entonces ofrecía San Carlos un maravilloso espectáculo. Algunas barcas iluminadas surcaban sus ondas. Sus farolitos parecían estrellas caídas del cielo. Y al rededor de los arcos de boj se levantaban en tripodes de hierro fogatas de resina que vertían dulce luz en las costas y embalsamaban con sus aromas el ambiente.

Nos sentamos en las piedras de la ribera á gozar de la frescura de la noche, cuando oímos como por encanto, á lo lejos los sonidos de alegre música, que parecían descender de invisibles regiones. Dirigímonos hácia el canal, de donde venían aquellos acentos, y descubrimos

una luz rojiza que parecía los resplandores de una aurora boreal.

Penetramos por fin en la oscuridad, y vimos venir el vapor, magnífico, gallardo, despidiendo espumosas cascadas de sus ruedas, que le prestaban un majestuoso movimiento, iluminado por antorchas, llevando en su seno la música que dejaba los aires henchidos de dulcísimas y alegres armonías, cuyo encanto aumentaba el ligero murmullo de las en aquella sazon tranquilas ondas.

Enseguida la música se colocó en frente de la Aduana, y comenzó á deleitarnos con sus alegres sonidos. Los acentos de la sinfonía de Guillermo Tell, ese cántico de libertad á las orillas del mar, venían á entusiasmar todos los corazones. Despues de mediar la noche, nos retiramos. Al día siguiente se verificó la inauguración. Pero esto será objeto de mi próxima carta. Yo sentía un religioso respeto al cruzar el Ebro, como si viese levantarse de sus orillas las almas de los gloriosos héroes que lo rescataron del árabe enemigo, porque este país tiene grandes recuerdos y grandes glorias. Pero voy siendo ya muy pesado. Adios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

IV

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Llegamos al día de la inauguracion. A las cinco de la mañana llaman á nuestra puerta, llamamiento que nos incomodó y no poco, pues habíamos pasado una noche completamente toledana. Pero nos levantamos y encontré nueva ocasion de incomodarme en la triste necesidad de vestirme frac, corbata blanca y calzarme guantes. No hubo remedio, y lo hice, cuando al salir á la calle me encontré tantos uniformes, bordados, cruces, fracs, manteos y demás insignias de ceremonia, pensé que si Carlos III hubiera podido vernos, quizá creyera que su pensamiento se habia cumplido, que el puerto de la Rápita se habia trocado en un her-

moso sitio real, ilusión que acarició durante el ministerio del conde de Florida-Blanca; Carlos III tuvo habilidad para escoger ministros, y escogía sábios respetables, sesudos y sobre todo liberales, muy liberales. Este buen rey era hijo de su siglo, como Pombal, como Leopoldo de Toscana, como José II de Austria. Cada siglo tiene su idea y todos la respiran bien ó mal de su grado, y todos viven por esa idea y en esa idea; dígalos sinó que en este instante venimos todos igualmente alborozados á ver cruzar por feraces campiñas el vapor que lleva en sus alas el pensamiento de nuestro siglo, la libertad; sí, la libertad, que siendo en el siglo diez y ocho sólo un arma de guerra contra los siglos pasados, viene á ser en nuestro siglo una série de hermosas armonías.

Encontré á todos mis amigos trasformados y me dirigí en su compañía al embarcadero del canal. En medio de la plaza encontramos una mujer del pueblo con una cesta llena de ricas brevas, frescas, rayadas, destilando de su flor dulce miel. La tomamos unas cuantas, y por no detenernos le dimos un precio doble del que las brevas valian. Despues de un rato, vi á esta mujer que volvía á donde estábamos nosotros, corriendo desalada, jadeante, fuera de sí y co-

mo si la hubiéramos inferido un gran agravio, nos dijo, en amargo tono, que la habíamos dado dinero de más, que de ninguna manera quería lo que no era suyo, y arrojó con gran desenfado á nuestros piés los cuartos.

Tardamos algun tiempo en reunirnos, pero al fin sonó la hora de partir. El vapor comenzaba á moverse á manera de un caballo impaciente por recibir su carga y darse á correr con ella satisfecho y orgulloso. El canal toca á la orilla del mar, y así está destinado á vencer el grave inconveniente de la navegacion del Ebro. Los barcos de bastante cala, que se ven precisados á navegar por el Ebro, han de entrar por sus bocas naturales, que son por extremo peligrosas, porque tienen grandes y terribles barras de arena.

El puerto de San Carlos ofrece seguro asilo, y á él va á desembocar el canal, logrando así evitar el gravísimo peligro de la embocadura del Ebro. Imagine V. este puerto, alumbrado por buenos faros que avisen de su existencia al navegante, animado por la expansion de leyes arancelarias, liberales, acrecentada su importancia por el canal, y tendrá V. uno de los más seguros y más bellos y más espaciosos asilos de aquellas costas. ¡Qué diferencia entre

este puerto, que ha construido la naturaleza, y el puerto de Valencia, que quiere construir el hombre!

El vapor comenzó á volar en el canal. Noté que calaba mucho, y que dejaba una huella negra en el agua, como si removiera su fondo. Esto me hizo creer que el fondo del canal es demasiado movedizo por la naturaleza del terreno, y que necesita por lo mismo de muchísimo cuidado. Díjome el ingeniero que habian ocurrido á esta dificultad, construyendo vapores de ménos cala que el magnífico vapor Ebro.

A la izquierda se extendian huertas; pero á la derecha terrenos muy pantanosos, poco sanos, formados por las inundaciones del rio. En el tiempo que duró la travesía de San Carlos á Amposta tuve ocasion de conocer á los muchos barceloneses que habian venido á la inauguración. No puedo encarecer á V. bastante su amabilidad, las muestras de aprecio que me dieron, la franca amistad con que me brindaron, y sólo siento que razones poderosísimas me impidieran acompañarles como deseaban á la hermosa Barcelona.

Después de corto espacio de tiempo, llegamos felizmente á Amposta. Aquí nos esperaba una

hermosa tienda de campaña, adornada con lienzos muy bien pintados, cuyos vivos colores daban gran encanto á tan delicioso lugar. El rio se extendia á la derecha, á la izquierda el canal, y descubríamos dilatados campos y en ellos lagos heridos por los rayos del sol, que relucian como el mar. Esta poblacion es antiquísima; sobre su origen han contendido casi todos nuestros historiadores. En lo antiguo, si no es infiel mi memoria, se llamó Ibero. De aquí han deducido algunos que fué fundada por los primitivos iberos. La verdad es que en las guerras de los cartagineses y romanos fué ya un gran punto estratégico, y que lo será siempre mientras dure ese gran azote de los hombres, que se llama guerra. Vi desde el sitio que ocupábamos muchas ruínas; pero no pudiendo acercarme á ellas no me fué dado conocer su carácter. Despedirme de Amposta sin mencionar los muchos amigos que allí encontré, me sería imposible. Guardaré eterno recuerdo de su solicitud y de sus obsequios.

Después de almorzar entramos en la esclusa de Amposta, abriéronme sus puertas y nos recibió en su anchuroso seno el rio. Por más que diga mi sábio y respetable compañero de viaje, D. Juan Galvez, con esa gracia particular que

le distingue, corrí su misma suerte; no ví ninfas ni nereidas ocultas en las ondas del Ebro. Bien es verdad que ni en el Tajo, ni en el Due-ro, ni en el Ebro he buscado yo nunca ninfas mitológicas. Italia, Grecia, son países clásicos; nuestro país es eminentemente romántico.

Acaso en el Pó, en el Arno, en el Alpheo buscaría la imaginación esas divinidades, blancas como las espumas, flores acuáticas, que crecían hermosas en la linfa de los arroyos, en la madre de los ríos. Aquí, en nuestro suelo, busco el pendón de nuestras comunidades, el brillo del acero de nuestros soldados, la cruz herida por los rayos del sol de los combates, los acentos de la guerra que repiten aún los campos, la gran lucha, que es nuestra epopeya de la Edad media.

Cuando veo rodar en un río español cualquier objeto, creo ver un turbante. Cuando oigo cualquier voz lejana, me parece oír el eco de un romance popular. Cuando las nubes, al caer el sol forman extrañas figuras, siempre mi fantasía las alinea en forma de un gran ejército de caballeros que van á encontrar la muerte ó la victoria por Dios y por la patria. Al descubrir nuestras aldeas nunca me forjo la ilusión de ver un templo griego, sinó la cúpula de un cam-

panario católico. Nuestro país es eminentemente romántico. Y entiendo por romanticismo no la literatura que se alimentó de la exageración de las pasiones, y que fué como la *época del terror* de nuestra revolución artística; sinó la literatura que se inspira de los grandes recuerdos de la Edad media; la literatura que tiene por su poesía lírica los cantos de la iglesia y de los romanceros cristianos; por su poesía épica el Dante; por su poesía dramática el génio de Calderón.

Y entiendo por poesía clásica, no esas comedias, donde el mundo y la sociedad están pintados con toda su triste realidad, sinó el arte que se inspira en los recuerdos, en las ideas del mundo antiguo, del mundo pagano.

Por eso decía que nuestro país es eminentemente romántico. En estos pueblos ¿qué invocaría mi recuerdo? En Amposta, la sombra de los grandes Berengüeres; á los descendientes de Carlo-Magno, en Tortosa; y en Caspe aquella Asamblea, compuesta del estado llano, en que lució el génio de San Vicente Ferrer, y que forjó una corona para las sienes del insigne delador de Antequera.

En el río Ebro veo la imagen del reino de Aragon, que baja, pobre arroyo, de las alturas,

y se dirige al Mediterráneo, rico de gloria y de grandeza. En el Ebro recordé las libertades aragonesas, impetuosas como la corriente del río. En el Ebro recordé á Alfonso el Batallador, que cruzó en alas de la gloria toda la península y rescató á Zaragoza; á D. Jaime I, seguido de sus milicias, rey caballeresco, guerreando y amando siempre; á Pedro III, el rey más grande de toda nuestra historia, que conquista á Sicilia, derrota en mar y en tierra los ejércitos más valerosos del mundo y renueva en el collado de las Panizas la antigua azaña de las Termópilas; en el Ebro en fin, recordé la historia de Aragon y Cataluña, que es la página más hermosa de toda la Edad media, y me pareció que el río murmuraba aún el nombre de todos los héroes que habrá soportado en sus espaldas, y los loores de todas las hazañas que habrá visto en sus orillas.

Pero mientras iba yo pensando en todo esto, nos acercamos á Tortosa. Todos sus malecones estaban coronados de gentes; las campanas y el cañon herian los aires, y el clero y el ayuntamiento de la ciudad nos aguardaban para la ceremonia de la bendicion del vapor. Declaro que no pude prestar á esta ceremonia toda la atencion debida, porque el calor me habia ven-

cido y habia secado mi inagotable entusiasmo. Concluida la ceremonia penetramos por las calles de Tortosa, que me parecieron muy estrechas. Bien es verdad que de esto no tiene la poblacion culpa, sinó el círculo de fortificaciones que la oprime, obligándola á encerrarse en bien corto espacio. A la subida habia un templete, arcos de boj, grandes mástiles adornados con los colores nacionales y con gallardetes, que tenian unos la imágen de la Virgen de los Desamparados, otros de la Virgen de Monserrat, otros de la Virgen del Pilar, patronas de los tres reinos que componian la antigua y gloriosa corona de Aragon.

Nos encaminamos á la catedral, y á decir verdad comenzaron á despertarse mis instintos artisticos. Yo contaba con ver un antiguo edificio, pero no sabré decir cuál fué mi asombro al divisar una fachada bien distante del gusto de la Edad media, fachada en que se veia centellear la idea del renacimiento unida á deplorables y tristisimos arranques del gusto churrigueresco. Entré y creció de punto mi asombro. Me encontré en una catedral gótica, antigua, mística, y que manifiesta en sus columnas que la ogiva está naciendo del fondo del arco bizantino como para subir al cielo. Oimos el Te-

Deum y misa, pues era domingo, y dejamos la catedral despues de haber contemplado sus cláustros, que parecen como un débil bosquejo de género gótico hecho por un artista que no se atrevía á romper el antiguo arco bizantino.

En Tortosa me encontré tambien con muy buenos amigos, que me obsequiaron á porfía. Siento mucho que no me sea posible recordar sus nombres. Sin embargo, recuerdo el de los señores Mompou y Pastor, que me acompañaron á todas partes y que me dieron muestras inapreciables de aprecio. Faltaria á mi deber si no le dijese á V. que tanto se interesa por todo cuanto me atañe, que no puedo encarecer bastante la franca hospitalidad que me dió el señor Ivero, ilustradísimo abogado de Tortosa, hospitalidad que le agradezco en el alma.

Llegó la hora del banquete, que se celebró en el palacio episcopal. Aquí admiré la portada del oratorio, que es de muy puro gusto gótico. El palacio se levanta al lado del río, que lame sus cimientos, y sin embargo, crecía de punto el calor. Llegada la hora de los brindis, el señor Grimaldi dió las gracias á todos los que habian concurrido, convidándoles para el próximo año á subir en las fiestas del Pilar de Zaragoza.

Como V. comprende, esta declaracion del señor Grimaldi es de gran trascendencia, entraña un porvenir inmenso, pone á la metrópoli de la corona aragonesa en comunicacion rápida y pronta con el Mediterráneo y aproxima tambien la hora de que se comuniquen con el Océano, cumpliendo así el colosal pensamiento de Carlos V.

El Sr. Membrado, como aragonés, brindó por las provincias de este antiguo reino y porque su felicidad y engrandecimiento contribuyan á la felicidad y engrandecimiento de toda la nacion. El Sr. Ribó historió la proteccion que tanto progresistas como moderados han prestado á la obra de la canalizacion del Ebro. El señor Madramany brindó por los tres reyes, cuyos nombres se hallaban grabados en grandes escudos, como iniciadores ó protectores de la canalizacion del Ebro.

El Sr. Santa María brindó por la asociacion, ese principio tan fecundo en grandes bienes y por la moralidad en la asociacion. El Sr. Moreno, director de *El Católico*, virtuoso sacerdote, con cuya amistad me honro, pronunció en nombre de la prensa un sentido discurso.

El Sr. Cañete, señalando las banderas donde estaba grabada la imágen de la Virgen, brindó

porque no se extinguiera nunca en el corazón de los españoles el amor hacia aquel ser divino y puro. Los señores Milá de la Roca y Espes, brindaron en nombre de la prensa catalana por la prosperidad del país y el progreso de las rápidas y fáciles comunicaciones. Estos son los brindis más notables que yo, amigo mío, recuerdo. Yo brindé también y V. conoce mis brindis.

Salimos de la comida y nos encaminamos al teatro. Cuando entré recitaba el Sr. Valero los dulces versos del primer acto de los *Amantes de Teruel*. Este drama lleva el sello del genio. Siempre es nuevo, siempre toca los grandes resortes del alma. Su hermosura no es convencional, es hermosura de todos tiempos, de todos países, que habla igualmente al corazón de todos los hombres.

No conozco amor más hermoso en la historia, ni drama de más sentimiento en nuestro Parnaso. Aquellas dos almas que se amaron desde el amanecer de su vida, separadas por las exigencias de la sociedad, piensan, sienten lo mismo y viven por la esperanza de volverse á encontrar bajo el techo del hogar doméstico; mas cuando esa esperanza ha muerto, cuando existe entre ellas un abismo, no pudiendo vivir

sin amar, vuelan como dos blancas palomas á posarse en el árbol de la eternidad, se evaporan como dos gotas de purísimo rocío en el seno de Dios. El amor las dió vida, y el amor las mata; y cuando vemos en la escena morir á los dos amantes, como por instinto, convertimos los ojos á las alturas para verlos volar, á manera de dos ángeles abrazados y unidos, que Dios llama para sí, tal vez *porque habían amado mucho*. Este desenlace, si me deja dulce melancolía en el alma, no me desespera; me entristece, sí, pero con la tristeza del desterrado, que desde la orilla vé á seres más felices volver al seno de la madre patria.

El amor de Isabel y de Marcilla es el amor cristiano, que vive de la virtud, que no teme la muerte; puro como la luz del alba, eterno como el espíritu; soplo de vida, que es un áura del cielo; amor divino que sólo infunde el Creador en sus escogidos. Sapho ama con delirio, y se suicida por huir del dolor. Leandro atraviesa el Bósforo por ver á su amada todas las noches, y se ahoga en sus ondas. Abelardo y Eloisa se aman profanamente en el seno mismo del claustro. El amor de los amantes de Teruel no tiene igual en la historia. Su vida huye cuando su esperanza ha muerto, mostrán-

do que no vivían de la vida sino del amor. ¡Ah! Mártires son sin ejemplo y sin imitadores.

Y del Sr. Hartzenbusch ¿qué no podría yo decir á V.? Cuando niño, sabía ya de memoria los versos de los Amantes de Teruel, y recitaba sin comprenderlos, estos dos magníficos versos:

Recuerdos de otro cariño
Habido antes de nacer.

Muchas veces he visto al autor de los Amantes de Teruel, y nunca me he atrevido á hablarle. Profeso por su génio una admiración tan profunda, que no sé qué decirle. Siento en su presencia lo que sentiría si Dios me concediera entrar en el lugar donde descansan los grandes poetas de todos tiempos. La admiración me robaría la palabra y cortaría el vuelo al pensamiento. Yo, en la ignorancia de la niñez, creía al autor de los Amantes de Teruel un poeta de otro siglo. Me gusta levantar los ojos al cielo y ver unidos ante el Señor los dos amantes, y al pié de su trono de nubes su inmortal cantor. Así es que cuando hoy veo á Hartzenbusch, inclino mi frente, conservando mi ilusión de niño, como si pasara ante la estatua de un poeta de otros siglos.

En cuanto á la representación, Teodora estu-

vo inimitable, y su voz, su mirada, la expresión de su semblante, la inteligencia con que recitaba sus magníficos versos, su lloro, todo cuanto dijo, todo cuanto hizo, todo estuvo á la altura del drama. ¡Valero! Noto un gravísimo defecto en Valero. Se conoce que está acostumbrado á representar ante públicos que estiman poco los bellos matices y mucho la fuerza de colorido, por eso me pareció en algunas muy exagerado. Pero siempre será un gran artista. En la escena final, cuando reconviene dulcemente á Isabel, me entusiasmó, me enagénó. Yo le aplaudi uniéndome á todo el público que tributaba justas muestras de entusiasmo al gran actor. En seguida cantó con mucha gracia la señora Monoso unas canciones populares, muchas de ellas alusivas á las circunstancias, y originales de nuestro amigo Pinedo, que mostró en ellas la flexibilidad de su reconocido ingenio. Llegamos á la pieza, el Ebro. No soy partidario del *realismo* en literatura. Y sin embargo, me encanta el Sr. Breton. Sus comedias suelen ser fotografías de la sociedad, en que es bueno todo ménos el argumento. Son buenos los caracteres, buenos los pensamientos, inmejorables los versos; de una portentosa naturalidad, el ingenio del autor no recono-

ce rival, maneja la lengua con una maestría inimitable, y sin embargo, todos estos elementos, al entrar en combinacion, no saben andar bien juntos. Yo me declaro entusiasta del *Pelo de la dehesa*, de la *Maruja*, de algunas comedias de Breton, hasta en su argumento. Pero estas son las magnificas excepciones de la regla general, excepciones que forman las hojas más hermosas de su inmortal corona. El Ebro pertenece á la regla general de las obras de Breton; el verso es hermosísimo, hay un carácter admirablemente bosquejado, pero el argumento es malo. Me hicieron reir muchísimo los chistes en que abunda.

Sali del teatro encantado, porque lo adornaban un conjunto de hermosas estrellas, que eran su luz y su ornamento los ojos de las tortosinas; y me fui á ver los fuegos artificiales. Los hicieron junto al rio, y esto fué parte á que la pólvora estuviera un poco humedecida como se echaba de ver por el humo. Ya sabe usted cuán inteligentes son los valencianos en el arte pirotécnico. Las palmeras de fuego, los cohetes iluminando los aires, las luces de bengala de mil varios colores formando como un palacio de rubíes, esmeraldas y diamantes, todos los matices de la luz, todos los caprichos y co-

lores del fuego reflejándose en la superficie, tenían un encanto indefinible que divirtió por largo tiempo nuestra vista. Con esto concluyó el primer dia de funciones.

Levantámonos al dia siguiente despues de haber descansado muy bien y nos dirigimos á ver la poblacion, en la que encontramos de notable algunas portadas de muy buen gusto plateresco y un hermoso Calvario adornado de ciprices, cubiertas sus peñas de yedra y lleno de esculturas, que si por lo general no son de mucho mérito, hay algunas que merecen llamar la atencion del viajero.

A la una de la tarde salimos en vapor para Cherta. La tarde estaba calorosa, pero el movimiento del vapor y la humedad del rio hacían llevadero el calor. Los pueblos de las orillas colocados en posiciones muy pintorescas, nos saludaban al pasar con la voz de sus campanas. En Cherta vimos la esclusa que pasa por la principal de las esclusas, el canal de alimentacion, y presenciamos el desmonte de una roca producido por un gran número de barrenos. Si V. quiere formarse idea de las obras, busque V. en la *Revista de obras públicas* la imparcial reseña que de ellas ha hecho mi amigo el ilustre ingeniero Sr. Rodriguez. Volvi-

mos de Cherta en muy poco tiempo despues de haber refrescado en un jardin levantado en el murallon que divide el rio del canal de alimentacion, jardin adornado de adelfas y otras flores, de bancos de verde césped, de surtidores que levantaban á los aires sus liquidas perlas y daban al oido gran música. Al volver de Cherta dejamos á nuestros compañeros de expedicion con grave sentimiento. Ya sabe usted que los españoles, de antiguo, al viajar formamos siempre grandes y duraderas amistades.

Los señores Arce, Rodríguez, Navarro, Vildósola, Lafuente, Alcázar, Anduaga, Salgado y yo, formamos la primer expedicion de regreso á la corte. A la luz del crepúsculo, en una hermosa tarde, claro el cielo y fresco el aire, fuimos por el Ebro á Amposta, ora dando un adios á los sitios que dejábamos, ora departiendo sobre ideas politicas, filosóficas y literarias, hasta que llegamos á Amposta. Iba á despedirme ya de V. Pero consagraré á Valencia la última de mis cartas.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

V

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Con dolor en el corazon me despedí de los hermosos sitios que habia visitado, quedando como testimonio del placer que recorriéndolos he sentido, su imagen fielmente en la memoria. La hermosa tarde en que salimos de Tortosa, fresca y poética, al apacible murmullo del rio, los varios giros de las mansas áuras, las primeras estrellas, que como ángeles perdidos en el espacio aparecian dudosas entre los celestes arrebóles del firmamento, la barca que se deslizaba tarda como si quisiera detenernos en aquellos lugares, la conversacion de nuestros amigos, todo cuanto oíamos y veíamos, todo inspiraba dulce tristeza.

mos de Cherta en muy poco tiempo despues de haber refrescado en un jardin levantado en el murallon que divide el rio del canal de alimentacion, jardin adornado de adelfas y otras flores, de bancos de verde césped, de surtidores que levantaban á los aires sus liquidas perlas y daban al oido gran música. Al volver de Cherta dejamos á nuestros compañeros de expedicion con grave sentimiento. Ya sabe usted que los españoles, de antiguo, al viajar formamos siempre grandes y duraderas amistades.

Los señores Arce, Rodríguez, Navarro, Vildósola, Lafuente, Alcázar, Anduaga, Salgado y yo, formamos la primer expedicion de regreso á la corte. A la luz del crepúsculo, en una hermosa tarde, claro el cielo y fresco el aire, fuimos por el Ebro á Amposta, ora dando un adios á los sitios que dejábamos, ora departiendo sobre ideas politicas, filosóficas y literarias, hasta que llegamos á Amposta. Iba á despedirme ya de V. Pero consagraré á Valencia la última de mis cartas.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

V

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Con dolor en el corazon me despedí de los hermosos sitios que habia visitado, quedando como testimonio del placer que recorriéndolos he sentido, su imagen fielmente en la memoria. La hermosa tarde en que salimos de Tortosa, fresca y poética, al apacible murmullo del rio, los varios giros de las mansas áuras, las primeras estrellas, que como ángeles perdidos en el espacio aparecian dudosas entre los celestes arrebóles del firmamento, la barca que se deslizaba tarda como si quisiera detenernos en aquellos lugares, la conversacion de nuestros amigos, todo cuanto oíamos y veíamos, todo inspiraba dulce tristeza.

Yo gusto más de la tristeza pura, dulce, poética, tristeza que nos acuerda nuestro origen; gusto más del dolor melancólico y sereno que de todas las locas alegrías de la tierra. La naturaleza tiene cuadros y tiene instantes en que parece un pensamiento vivo, en que no sólo convida á orar, á sentir, sino que con sus ruidos parece como que ora y siente con nosotros; sí, con el hombre, que es el alma de todos sus fenómenos, su corona, la cúspide; con el hombre que ostenta en su frente el sagrado fuego que también contribuye á dar vida y colores á la naturaleza, el inmortal espíritu.

Así es que si alguna vez vuelvo á pasar por los deliciosos sitios de que voy hablando, recordaré todas sus hermosuras naturales, que no habrán cambiado; pero lo que más me encantará será ver aún volando como nubes de blancas mariposas por los rientes campos y las poéticas orillas del Ebro, los pensamientos que despidieron en aquella tarde las inteligencias de mis queridos amigos. Vino la noche y llegamos á Amposta.

Dejamos la barca y convertimos tristemente los ojos al Ebro. No lo habíamos de volver á ver. Yo, que tengo un amor pátrio sin límites, que respeto y acato nuestra gran historia como

acaso no la respeten los que sólo ven la felicidad en la imposible resurrección de tiempos que fueron grandes porque realizaron la idea que les había encomendado la Providencia; yo levanté mi alma á Dios para pedirle que tornaran á lucir días de gloria en esta nación hoy sin ventura.

Nos detuvimos poco espacio en Amposta. No olvidaré que á pesar de ser tan breve nuestra estancia en ella, vinieron á verme muchos amigos que me regalaron ricas botellas de vino del país, de ese vino sobrado de espíritu como los hijos de Cataluña, que según decía Melo «estiman mucho su honor y su palabra, no ménos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de la libertad.»

A poco tiempo de haber entrado en la diligencia nos dormimos después de haber oído algunos *sucedidos*, sazonados con gracia *que se desca*, permítame V. el adjetivo, por nuestro ingenioso compañero Arce. La mayor parte del territorio que á nuestra ida pasamos de día, lo pasábamos á nuestro regreso de noche. Pero antes de Castellón nos sorprendió el alba y nos apercibimos á ver todos los panoramas que ofrece á esta riquísima y próspera naturaleza.

No puedo olvidar Villa-Real. Es hermosísi-

mo. Sus campos llenos están de naranjales. Eterna verdura les rodea. Las palmeras diseminadas, levantándose sobre las barracas le dan un hermoso tinte oriental. No lejos se descubre como una gasa celeste el mar. Y si como dice Cervantes, es verdad que las estrellas y el sol se mantienen de las aguas acá abajo, el Mediterráneo presta luz más clara y esplendor más nuevo á todos sus horizontes.

En estos pueblos lo que más divierte y encanta la vista es descubrir desde lejos en medio de la muchedumbre y espesura de las hojas de la enramada, que todo lo tapan con su sombra y todo lo alegran con su perfume, los campanarios, las cúpulas de las iglesias cubiertas no de sombrías y aplomadas pizarras, sinó de doradas tejas, en que reverberan como en una gran plancha de rico metal los brillantes rayos del sol.

Sin embargo, preciso es confesar que al mediar el día, á pesar de tantas delicias, cayó sobre nosotros un calor sofocante que nos ahogaba. Sin duda, el haberse alejado mucho el camino del mar, era parte á que no llegaran á nosotros las marinas brisas que en lo más recio de un día estival mitigan el calor y devuelven sus fuerzas.

Agoviados por el peso de este calor llegamos á Murviedro. Aunque algo perezosa mi imaginación, recordó la gran tragedia representada en estos deliciosos campos. Siempre que pisamos tierra española, pisamos las cenizas de héroes y mártires de nuestra independencia. Aquí los héroes saguntinos abandonados de Roma, sin más auxilio que su patriotismo y su valor, desafiaron al terrible león de Cartago, al guerrero Anibal; y cuando vieron caer las torres y murallas de la ciudad natal, se inmolaron con sus propias manos en aras de la patria, dejando en despojo al orgullo vencedor, calcinados huesos y montones de frias y apagadas cenizas. En esta tierra se planteó otra vez el gran problema de las dos civilizaciones antitéticas en que se han dividido los dominios de la historia. De aquí salió aquella gran guerra que derramó negro ruido en el ánimo de Roma, que destruyó sus hazes, que puso casi sobre la cerviz de la ciudad eterna la planta del fuerte Anibal, el cual miraba anhelante su hermosa empresa, deseoso de dar al viento sus cenizas; guerra sangrienta que concluyó no dejando en Cartago, que habia sacrificado á nuestro inmortal Sagunto, ¡justo castigo de su crimen! piedra sobre piedra. Y así los campos de Murviedro y

su despedazado circo, y sus ruinas, cuentan á la imaginacion la causa ocasional de la guerra más fecunda en grandes consecuencias que acaso registra en su análisis toda la historia antigua. Por Sagunto, Roma destruyó á Cartago, y desembarazada de Cartago, sojuzgó Roma toda la tierra.

Y conforme íbamos haciendo todas estas reflexiones nos acercábamos á Valencia. No conozco en España ciudad que se anuncie al viajero con animacion mayor. Mucho ántes de llegar á sus arrabales comienza una verdadera poblacion, infinitos pueblos, paradores, casas de campo, barracas, antiguos conventos, iglesias con hermosos campanarios, de suerte que el camino parece la calle de una gran ciudad interrumpida sólo por huertas y jardines.

Siento mucho no poder hablar á V. de los monumentos de Valencia, como lo hice, aunque á decir verdad bastante mal, cuando fui á Toledo. Pero mi viaje á Toledo fué consagrado al arte, y este viaje lo he consagrado á la naturaleza. Así, me faltó tiempo en Valencia, si no para ver, para estudiar sus monumentos, y apenas pude dar á V. de ello una idea. A lo léjos descubria encantado las muchas torres de la hermosa ciudad.

Pero confieso que llamaba más mi atencion el camino. Me gusta todo en esta tierra de bendicion. Son hermosísimas sus mujeres, deleitosos sus campos, blancos y animados sus pueblos; y porque todo me gusta, me gusta hasta el lenguaje. Se lo confieso á V., me gusta mucho, muchísimo el habla valenciana. Tal vez sean preocupaciones de la infancia; tal vez, porque desde niño lo he oído en lábios de seres amados, tal vez por estas razones me gusta esa lengua.

Pero cuando entrado en edad de estudiar, he leído algunos de los poetas que han cantado en estas lenguas de las orillas del Mediterráneo, en catalan, en valenciano, en mallorquin, en provenzal, en italiano antiguo, he comprendido la hermosura de esta habla. Todas las lenguas que anteriormente he mencionado se parecen, son lenguas de la Edad media, formadas por el antiguo comercio de estos pueblos, son la lengua del Mediterráneo. Así se entendía el marinero catalan con el marinero provenzal y el marinero provenzal con el marinero italiano, cuando iban juntos á la conquista de Almería. Así gritaban unas mismas palabras y se daban una misma voz, cuando juntos enrojecieron las ondas del Mediterráneo con sangre de piratas africanos.

Todas estas lenguas, créalo V., se parecen muchísimo. La Provenza levantada en el centro dirigió los rayos de su poesía á Italia y á Cataluña y Valencia. En Italia recogió esos rayos el Dante y los forjó como Prometeo, é hizo con ellos y con su propio génio el sol de la poesía italiana. En Cataluña la poesía provenzal tomó el sello de toda la poesía española, cuando los reyes de Aragon y especialmente D. Jaime, emplearon todas las fuerzas de aquella su portentosa monarquía contra los árabes. ¡Qué bellos cantos y qué bellos libros hay escritos en estas lenguas lemosinas! Las poesías de Ausiar March, de Giordi y Fabre, compiten por su dulzura con los lamentos de Petrarca. Yo no conozco nada más bello en prosa del siglo trece que las memorias de D. Jaime I; el candor que en ellas se respira, la dulzura del alma del guerrero que destilan todas sus páginas. Recuerdo que hablando del sitio de Valencia describe el rey una golondrina que habia hecho su nido como buscando instintivamente todo lo sagrado en la cúspide misma de su tienda de campaña. Las palabras de aquel rey tan valeroso, tan guerrero, tan grande, que emplea para describir este cuadro, son tan dulces como el piar de los hijuelos de la poética golondrina.

Esas lenguas de orillas del Mediterráneo tienen una gran literatura, son guerreras como el lenguaje de Muntaner, y dulces como los quejidos de Ausiar March.

Veo que no pierdo la manía de las digresiones. Entramos en Valencia por la antigua puerta de Serranos y llegamos á la fonda; sin descansar, nos dirigimos ¿á dónde? al Grao. Las calles de Valencia son estrechas, pero alegres. ¡Tiene esta ciudad un cielo tan hermoso! Bien es verdad que yo no he menester encarecer á usted las hermosuras de estos campos y de este cielo. Hace dos ó tres años que V. fué á Valencia y todos los días recuerda sus delicias, á pesar de haber nacido en la oriental Andalucía. Al ir al Grao pasamos por la *glorieta*, especie de jardín, cuyo principal adorno consiste en la belleza de los árboles meridionales que en él crecen y en la belleza aún mayor de las valencianas que por él discurren. Recuerdo que Figaro decia que le era imposible vivir en el extranjero, porque no podia pasar sin ver un pie andaluz, una mantilla madrileña y una palidez valenciana.

El camino del Grao se halla cubierto de hermosos y espesos árboles, que entrelazando sus ramas prestan gratisima sombra y refrescan el

ambiente. Encuentro sin embargo el aire de Valencia demasiado húmedo, y de tal suerte, que á ciertas horas del día parece que está uno metido en un baño. ¡Qué animacion ofrece el camino del Grao! No he visto nunca en los alrededores de Madrid tanta gente.

Fuimos en tartana. Yo creía que el ferro-carril habria acabado con esta industria de las tartanas. Me engañé. No podíamos dar un paso sin tropezar con una llena de gente, que iba rebotando olimpica alegría. No sé qué autor católico ha dicho que el cristianismo no habia podido arrancar la gran luz que tiene la religion pagana en los pueblos meridionales; la alegría de su carácter y de sus campos.

El Grao es hermoso. A la derecha desemboca el ferro-carril, á la izquierda está el canal con sus casas parecidas á blancas palomas, al frente el azulado mar sembrado de botecillos que llevan y traen gentes, y por todos lados se ven levantar florestas, y de todas partes se descubre ese cielo centelleando eterna alegría.

Contemplamos el mar como si nunca lo hubiéramos visto. Miramos tambien los grandes tesoros que Valencia derrama para tener un seguro puerto. Y cuando ya habia caído la noche nos volvimos por el ferro-carril á la ciu-

dad. Como habia yo visto tanta gente en el antiguo camino del Grao creí que el tren estaria desierto. Pues admírese V., no cabia en sus espaciosos y magníficos coches la inmensa muchedumbre que los asaltaba.

Al día siguiente, al anocheecer, ya estábamos otra vez en el Grao. El ingeniero que dirige las obras ofreció á mi amigo Rodriguez su hermosa falúa. Fuimos en ella á dar un paseo. El sol naciente doraba las aguas y desvanecía las nieblas, que daban con blanco mate al paisaje una vaguedad infinita cubriéndolo en indecisos pliegues; el mar, como un espejo terso y claro apenas se movia, y á nuestro alrededor alzaban sus altos mástiles innumerables barcos, lanzaban nubes de humo los vapores anclados en el puerto, y en lontananza descubríamos la ancha playa abierta, ostentando la hermosa verdura de sus campos y los campanarios de la ciudad y los pueblos, engarzados todos en la naturaleza.

Siempre conservaré en mi memoria el dulce recuerdo de esta hermosa mañana en que dimos el último adiós al mar.

Encaminamos despues nuestros pasos á la catedral. Está cubierta de mármoles y jaspes hermosísimos, tiene una bella cúpula, es riquísi-

ma en pinturas y entre ellas son notables un Salvador de Juan de Juanes que parece la encarnación del misticismo, y el célebre cuadro del Prado; conserva recuerdos de los reyes de Aragón, despojos de los instrumentos guerreros del sabio Alonso V, y es alegre como Valencia. Pero no habla á mi imaginación como las galerías góticas. Ya en la iglesia, hubimos de subir al Miguelete. Desde allí se vé la ciudad y su huerta á vista de pájaro. El alma se cierne como el águila sobre aquel gran océano de vida; allí parece la huerta una ciudad inmensa, encantada, ceñida de jardines, cubierta de guirnaldas de flores, cerrada de un lado por algunas colinas y de otro por la celeste superficie del mar. Es un panorama hermosísimo, como quizá no haya otro en España.

En seguida nos encaminamos al mercado, que es indudablemente uno de los mejores sitios de Valencia. Entré en la gótica lonja de sedas y me quedé maravillado, no sólo de la belleza del edificio sino del poder de los gremios. No puedo ménos de rendir un recuerdo á la institución que preparó la emancipación y la libertad de la industria, bien que más tarde, como institución que ha cumplido su destino, se convirtió en instrumento de tiranía. Vimos en el

corto espacio de un día tanto, que alargaría demasiado los límites de mi carta si hubiese de contar á V. mis paseos por las tortuosas calles de Valencia. El calor apretaba, y para contrastarlo un poco bebimos á la sombra de una tienda de campaña, un vaso de horchata de chufas.

Segun me dijo mi compañero de viaje, Rivera, Teófilo Gauthier llama á la horchata de chufas tomada en Valencia y servida por una hermosa valenciana de grandes zarcillos y agujas de esmeraldas, pálida y de ojos negros, á esa horchata de chufas bebida á la vista de este cielo, á la luz y calor de este sol, el suave y delicioso néctar de los antiguos dioses; de suerte que ya sabe V. que Gaminde, Hebe y Vulcano tenían el oficio de horchateros allá en el olímpico griego.

Pero ¿y la ambrosía? ¡Oh! La ambrosía es el arroz. Oigame V. atento. No sé si V. conoce á mi amigo Martínez. Es un artesano honradísimo, muy amante de sus amigos, muy leal, muy bueno. Pues su sobrino y él me prepararon una paella valenciana, que no había más que pedir.

Si V. lo duda, pregúnteselo al director de *El Católico*, que nos honró con su presencia.

Veíanse en la mesa grandes botellas de agua de nieve y de rico vino de Benicarló, sonrosadas manzanas, aromáticas naranjas, ciruelas de varias formas y colores, moradas brevas, uvas transparentes y claras como granos de ámbar y otras frutas que no es posible recordar y que daban gran contentamiento á la vista y gran placer al olfato.

Humeante vimos salir la paella, llena de pedazos de gallina, de caracoles, de pescado del Mediterráneo, anguilas de la Albufera, formando todos estos manjares tan delicioso conjunto que parece el arroz hecho para ellos y ellos hechos para el arroz. Pero habia algo más delicioso que la paella, y era la franqueza, la amabilidad de nuestros amigos. A estos corazones, querido amigo mío, no ha llegado la polilla de la corte. Ellos cuando siguen una causa, la siguen porque la creen buena. No son como los mercaderes políticos, que sólo piensan en el día del triunfo, no por interés de la verdad sino por interés de sus destinos. No se alistan en las banderas de un partido abanzado para ganar popularidad y despues venderse ingeniosamente al poder, no; aman la verdad porque la creen verdad, y siguen el bien, porque lo creen bien. Al irme de Valencia sentia dejar la ciudad, sus

campos, su mar; pero sobre todo sentia dejar á aquellos amigos de un día, muchos de ellos de una hora, y que sin embargo me habian abierto sus corazones y me habian mostrado toda la claridad de sus almas.

Me dirigí al ferro-carril entristecido. Mi viaje habia sido uno série de emociones nuevas, pero tambien una série de tristes despedidas. Huia de mis ojos el mar, y de mi frente las últimas caricias de sus brisas. Los naranjales se perdian como una hermosa ilusion. La Albufera, ese celeste lago, me enviaba sus últimos reflejos, que yo recogia entusiasmado en mi retina. Las palmeras ocultaban sus verdes coronas en los pliegues del horizonte. Todo iba dejando su imagen grabada en mi memoria.

Pero mi mayor sentimiento fué el despedirme de mis compañeros de viaje en Madrid, como hoy me despido de V. alabando su magnanimidad, que ha tenido á bien leer hasta el fin estas mis desaliñadas cartas.

De V. siempre amigo, etc.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BÚLGAROS Y NIHILISTAS

El Oriente atrae nuestra vista por su brillo y nuestra atención por sus misterios. Cuanto en sus espaciosos senos existe de celeste y de claro, llama á los artistas, á los enamorados de la luz; y cuanto de moralmente tenebroso, llama á los políticos, á esos buzos que gustan de abismarse y perderse en las tinieblas. No existe en parte alguna de Europa, ni siquiera por las costas del Tirreno ó por las tierras de Andalucía, montañas como aquellas en cuyas cúspides habitaron los coros de las musas, y de cuyas plantas surgieron las aguas de Castalia y del Alfeo, los primeros manantiales de la poesía europea y las primeras inspiraciones del arte; mas tampoco existen, extinguiéndose cada día más el mal y su remedio, el heroísmo, aquellas trágicas escenas de la vida pública y priva-

da; aquellas conjuraciones de serralllos; aquellos asesinatos increíbles; los favoritos amenazados por el puñal de sus rivales y por el ardor de sus amos; las sultanas predilectas rodeadas de presentes riquísimos y de homicidas venenos; los pueblos armados hasta los dientes, con el cinto lleno de empuñaduras brillantísimas á cuyo término se encuentran los instrumentos de la matanza, y con las manos cargadas de rifles ó de gumias, y listos como el ciervo, gallardos como el caballo, ligeros como el aire, apercibidos de continuo á la guerra cual si el mundo fuese un campo inmenso de batalla y el fin único de la vida buscar pronto y heroicamente la muerte.

Nadie se acordaba hace poco tiempo de la tierra que el Hemo y el Rhodopo atraviesan; que el Danubio limita al Norte y las vertientes del poético Pindo al Mediodía; que los guerreros más feroces de la quinta centuria, aquella edad de las irrupciones, pueblan; y que rusa por el origen de sus razas reunidas del Volga y llegadas hasta el Bósforo, compone la mitad casi de Turquía y lleva el nombre antiguo de Bulgaria. ¿Quién la nombraba en Europa? Mas vino reciente campaña de tristes casos y varios sucesos; incendio y desolacion

de pueblos y ciudades; angustias y aflicciones de razas atormentadas; proscripción cruel de habitantes interrumpidos en sus faenas por las erupciones del combate; degüellos de familias enteras; sacrificio cruentísimo de ejércitos que como aniquilados quedaron en fértiles llanuras hechas vastos cementerios; la toma de Forward herida; la batalla horrible de Plewna ensangrentada; el paso audaz de los Balkanes franqueados; la profanacion de los templos por el fanatismo de sectas al igual intolerantes, y la mutilacion de mujeres y niños por las locuras del furor bélico; y todos los ánimos se volvieron á Bulgaria y encontraran allí una nueva catástrofe, que los fijara por su aspecto trágico, y no una nueva enseñanza que los escarmentara á fin de no interrumpir la creacion continua del amor universal con los errores del odio, sobre cuyos estragos levanta su trono de mondados huesos la insaciable guerra.

Esa Bulgaria, que hace poco era propiedad del sultan, gobernada por vizires designados en el serrallo, pasa ahora á propiedad del Tsar, gobernada por príncipes designados en San Petersburgo. Aunque una Asamblea haya votado y varios diputados discutido, y calurosas deliberaciones resuelto el nombramiento de

ese príncipe, queda á los ojos del mundo, con su título de Alejandro y todo, con su Constitución y su Parlamento, como un señor feudal de la soberbia Rusia. Pero ¡ah! su nombre y su familia traen á mis mientes una de las épocas más procelosas de la vida y despiertan en mi corazón el cariño á un amigo muerto por la más sublime de las causas. Alejandro I de Bulgaria es hijo de una hermana de Boesak, á quien pocos han oído nombrar sin duda alguna, á pesar de haber pertenecido á familias reales é imperiales y contarse nada ménos que entre los primos del Tsar. Y era Boesak enteramente de la estirpe de los héroes nacidos con el entusiasmo más puro en el corazón y con la sangre más generosa en las venas, y con el ideal más bello en la mente, y con la inclinación más viva al sacrificio en todos sus deseos, y con la tristeza del llamado á malograrse en los ojos, y con la aureola mística del mártir en las sienes. Al verle no había necesidad de preguntarle cómo y en dónde pasara su vida; veíase que la pasó combatiendo, y do quier se ha combatido por la independencia de las naciones. Importábale poco que el pueblo combatiente fuera de esta ó de otra raza de la humanidad, de esta ó de otra porción de la tierra. El

amor á la independencia de los pueblos llenaba su redentora alma, anhelosísima de grandes sacrificios. Y este amor lo había experimentado desde la niñez, porque naciera sin pátria. Hijo de Polonia, vióse condenado á ignorar lo que es una familia feliz, pues la suya gemía de continuo en la servidumbre; lo que es un hogar seguro, pues el suyo estaba amenazado de esbirros; lo que es la dignidad de ciudadano, pues él no gozaba ningún derecho; lo que es la nación propia, pues aquella que le diera el sér, yacía rota, descoyuntada, repartida entre los déspotas y sus miembros dispersos quedaban enterrados, aunque palpitantes, y su alma llorosa erraba en los aires, aunque inspirada, y heroica y tierna; ¡pobre mártir de las naciones! Una voluntad entera y generosa, que no quiere someterse al destino, y que no tiene pátria, encuentra su vía trazada en el mundo, la vía de los combates imposibles que conduce derechamente á la apoteosis de los martirios seguros.

Desde que pudo llevar un arma, la empleó Boesak en contra de los opresores y en defensa de los oprimidos. Amar con mayor entusiasmo la pátria cuanto apareciera más desgraciada á sus ojos; defenderla con todo el ar-

dor del alma y toda la sangre de las venas; tomarla como un ideal hasta el punto de combatir, no sólo por ella, sino por todas cuantas naciones tuvieran como ella hijos y como ella los engendraran siervos; tal fué el pensamiento único de su conciencia y la norma única de su vida. Así lo hallábais en Grecia junto á los cretenses; en Sicilia junto á los garibaldinos; y ya podeis imaginar dónde estaría siempre que se pelease y se muriese por la independencia de Polonia. Aquel hombre en Atenas hubiera sido Aristides; en Esparta, Leonidas; en Jerusalén, Macabeo; en Gerona, Alvarez; en Madrid, Daoiz, en todas partes un héroe y un mártir de la patria.

Yo, que le conocí tanto, no podría retratarlo. Su figura se ha trasformado en la muerte y brilla hoy á mis ojos como una de esas santas imágenes del dolor exclarecidas por los destellos de los cirios y ahumadas por las nubes del incienso. Todavía recuerdo las últimas palabras suyas, que resonaron en mis oídos y que cayeron sobre mi pecho. Celebrábamos al pie de los Alpes, en verde pradera humedecida de rocío, huéspedes de aquella Suiza donde compiten las maravillas de la creación y los milagros de la libertad, una pobre, pero fraternal

comida de desterrados, á la sazón unidos todos en iguales tristezas y esperanzas. Boesak estaba en frente de mí, comiendo con la sobriedad de los discípulos de Cristo en la última cena y hablando con la elocuencia de los discípulos de Platon en los divinos banquetes. No lejos de él encontrábase Chaudey, el amigo y testamento de Proudhon, abogado espertísimo, orador excelente, consumado político, á quien debían asesinar los bárbaros comuneros de París en el día nefasto de la inmolación de los rehenes. Uno de los últimos libros del célebre sofista francés, que tanto daño hizo á la libertad en Francia y en España, fué contra Polonia y contra la guerra sublime de Polonia en que Boesak entrara, deteniéndolo como los espartanos de las Termópilas con un destacamento un ejército. Semejante libro, escrito para rezar á los muertos en el combate y arrancar la esperanza á los sobrevivientes, imputando á todos las faltas de sus padres, hirió con herida profundísima á nuestro héroe, el cual dirigía á Chaudey palabras de reconvención, cuya delicadeza aumentaba la acerbísima amargura. Y en esto le tocó brindar, y se levantó trémulo como no temblara nunca en las batallas. Su arrogante figura daba al héroe polonés el aspecto

de aquellos soldados de Platea esculpidos por los cincelos griegos en mármol penthólico. Su barba rubia, su sedosa cabellera, el azul celeste de los ojos templado por la oscuridad de la tristeza en que yacía su alma, la sonrisa dolorosísima de sus labios contraindos, dábanle también aspecto de redentor, pareciéndose á una de esas figuras rafaelinas que en formas clásicas contienen cristianos ideales.

Hé oído á muchos de los grandes oradores europeos, y ninguno logró convencerme jamás como este guerrero de Polonia. Bien es verdad que lágrimas mal reprimidas brotaban de sus ojos nublados, y roncós gemidos de su destrozado pecho. La frase no tenía amplitud alguna, sinó concisión extrema, penetrando como una puñalada moral hasta lo más hondo de nuestros corazones. Veíase allí los representantes de las primeras nacionalidades de Europa, y proclamaba lo que cada una de ellas hacía por la civilización y la cultura de todas, y lo que hacía su patria. Si Alemania sabe pensar, y Francia hablar, y la libre Inglaterra trabajar, y la austera España creer, y la hermosa Italia cantar, Polonia sabe morir. En medio de esta cultura pacífica, ella es el ara de los sacrificios, desde donde sube al cielo como en los antiguos

templos el humo de las víctimas abrasadas y el holocausto de los dolores eternos. Y cuando sus ciudades son panteones, y sus campos cementerios, y sus cunas sepulcros, y sus hijos mártires; cuando al pié de sus altares caen tras pasados por las balas rasas las mujeres y los niños de pecho; un escritor francés les dice que todo lo tienen merecido, y da la razón á nuestros verdugos porque somos católicos los polacos, cual si después de habernos quitado del alma los derechos, y de la tierra el hogar y la patria, quisieran quitarnos también nuestro último refugio y nuestra última esperanza allá en el cielo. Y después de estas exclamaciones, cayó como desmayado en su silla. Todos nos miramos mutuamente, y vimos que teníamos arrasados de lágrimas los ojos. ¡Ah! Dos años después, Bocsak se encontraba en los campos de Dijon tendido y exánime entre un montón de cadáveres, donde á las órdenes de Garibaldi peleó y murió por la patria del escritor célebre que había infamado su patria. Y luego direis que no hay ni santos ni mártires en nuestra civilización. El nuevo monarca podrá contar muchos nombres ilustres en los anales de los poderosos, pero ninguno tanto como ese nombre de su próximo parien-

te inscrito en los anales de las víctimas. Brillarán mucho las piedras de su corona de rey, pero no como las heridas del soldado muerto en los campos de batalla por la libertad de una nación que no era su patria.

Todos estos hechos y casos de Oriente nos llevan como de la mano á tratar el grave asunto de los nihilistas, no bajo su aspecto político, bien conocido ya por sus trabajos, sino bajo su aspecto literario, más nuevo é interesante. Las obras respecto al gran imperio ruso pululan ahora en todas las librerías como antes las obras respecto á la gran República americana. Interesábanos en la época de nuestra regeneración política ver cómo nacen los pueblos, y nos interesa ahora en este período de mayor madurez y de más seguras victorias, ver cómo mueren los déspotas. Así los escritos y los escritores sobre esta materia abundan. Unos, como Murray, antiguo cónsul de Inglaterra en Oriente, han estampado obras ligeras con el título de *Los rusos en su casa*; otros, como Wallace, viajero durante cinco años en aquellas regiones, obras de mayor aliento é importancia, tituladas *La Rusia*; otros, como el profesor Rambaud, estudios particulares acerca de la *Poesía épica moscovita*; estos, como Hippean,

concienzudas monografías relativas á instrucción pública; aquellos, como el editor Dreyfous, dos volúmenes de retratos rusos, atribuidos á un alemán anónimo; periodistas del talento de Molinari; cartas interesantísimas aunque lejanas de eruditos de la ciencia de Courier; estudios sobre las literaturas eslavas llenos de noticias curiosísimas, y todos á porfía han ilustrado el conocimiento de tan extraño pueblo, mucho más que los viajes de Castine, muy leídos antes, y los cuadros de Gauthier llenos de animación y de color, y las obras especialísimas de Merimée, en que el interés y la vida se sacrifican á la corrección y á la propiedad del lenguaje. En estos libros y en otros muchos más que no menciono por aligerar mi escrito, encuéntranse á cada paso datos de sumo interés sobre el nihilismo literario, compañero, mejor dicho, precursor del nihilismo político.

Aquí se cumple aquella sentencia de un filósofo antiguo, el cual proclamaba la superioridad de la poesía sobre la historia para revelar el estado de los pueblos y la vida de las civilizaciones. Esta secta nihilista, sin armas y sin presupuesto, que gobierna y la obedecen; que condena á muerte y se cumplen sus sentencias; que entra como por magia en los palacios del

Tsar y lo intimida; que se asienta en los tribunales y los domina; que tiene á sus órdenes desde la policía hasta el ejército; hallándose á un tiempo en todas partes y no viéndose en ninguna cual esos endriagos de los cuentos de niños y de las consejas de aldea, debia reflejarse en una literatura nueva, como la literatura moscovita, ya que su realidad sobrepuja en mucho á todas las visiones de la fantasía y á todos los ensueños de la más desenfrenada inventiva.

El célebre Tourguénief pintó ya el tipo de un nihilista en aquel Bazaroff de su novela «Padres é hijos,» perteneciente á la aristocracia por su educacion, y al pueblo por sus inclinaciones; menospreciador así de todas las creencias modernas que embargan el entendimiento con sus ideas nuevas como de todas las fórmulas políticas que despiertan las pasiones con sus esperanzas progresivas; dado á la negacion absoluta por puro sentimiento de utilidad y á las conjuraciones continuas por anhelo de influencia y de poder; y que, al decirle cuán poco valen sus principios, reducidos á un sistema de radical oposicion, y sus afirmaciones incapaces de reemplazar lo arruinado y destruido, contesta alzándose de hombros con menosprecio,

y despidiendo de sus ojos la rabia exterminadora con furor: «no costó un ochavo la tea que sirviera para incendiar á Moscou.» En otra novela titulada «Humo,» pinta la vaguedad de pensamientos que aqueja á los nihilistas, y la compara tristemente á esa cinta de vapor dejada por la locomotora en los aires, como una especie de azulada culebra de nubes, cuyas escamas fantásticas se condensan en el vientre de negro hierro y se disipan en las ondulaciones del vago aire. El instinto de oposicion toma tal impetu en Rusia, que esta caricatura de las ideas nihilistas se atribuyó á desercion de las ideas liberales, y tuvo el célebre novelista, amargadísimo de tal juicio, que resignarse á larga abstencion de todo trabajo literario y á profundísimo silencio. Pero Pisemsky colgó en su espaciosa galeria de dramas y novelas nuevos retratos nihilistas. Rusia para él es como un lago encrespadísimo, cuyo cieno ha salido á la tranquila superficie. Las ideas se han confundido y los caracteres se han rebajado; el materialismo ha puesto sus ídolos en lugar de las antiguas creencias; la sed de hidrópicas riquezas ha venido á secar los labios disgustados de los manantiales de lo ideal; y la frase hueca ha seducido á los pueblos, incapaces de toda ac-

ción fecunda y de todo constante trabajo; nadie mira á lo infinito de donde viene el día, y todos creen luz eterna el fuego látno que se derrama y se disipa en cintas de fósforo fugaz. La figura del nihilista Grigerof es el tipo y la representación de esta edad para el autor ruso, edad de corrupción moral y de grandes é irreparables ruinas.

El socialismo de los moscovitas no brilla, como el antiguo socialismo francés, con esa luz semejante á las oraciones místicas, y con esas esperanzas en una renovación que llegue á transformar desde las ideas en el cerebro hasta las estrellas en el cielo, y con esos visos de cristianismo renovado, de teología progresiva, de metamorfosis universal, que daba á las concepciones san-simonianas y fourieristas algo de la grandeza alcanzada en los tiempos antiguos por las concepciones de Pitágoras y de Platon, pues juntábanse en ellas los extremos más opuestos, la metafísica pura y la economía utilitaria; escueto como la estepa rusa, bárbaro como la tribu cosaca, estéril como el hielo eterno, álzase en las novelas, por ejemplo, de Distoyewski con tal monstruosidad realista, que lo tomariais por el inmundo albañal donde se aglomeran todos los vicios sociales.

Esas producciones últimas, que divulgan las debilidades más tristes, que usan el lenguaje más grosero, que copian los tipos más vulgares, que reducen las artes á expedientes y á procesos, que buscan inspiraciones en la taberna ó en la mancebía, que rebajan las letras más allá de la realidad, que renuncian á todo ideal y ni siquiera nos dejan ver un pedazo de cielo al traves de las rejas de nuestra oscura cárcel; ese realismo repugnante, hoy en boga, nació antes que en ninguna otra parte, en los pudrideros del imperio ruso, donde las inteligencias se corrompian y degradaban tristemente en la más odiosa servidumbre.

Leed en las varias historias de las letras rusas el extracto de las novelas socialistas, y os persuadireis sin esfuerzo á creerlas mucho más espantosas que las antiguas novelas francesas de los días en que andaba tan acreditado y válido este género de literatura política por el mundo. Allí notareis héroes de tabernas; fumadores envueltos en las nieblas exhaladas de sus pipas; dragones capaces de engullirse, si les dejan, un toro; campesinos sanos y regoldones sin la gracia inextinguible ni la filosofía práctica de Sancho; borrachos de aguardiente estancado que vomitan vocablos de burdel y de pre-

sidio; una demagogia como jamas la concibió Aristófanes, el inmortal caricaturesco de los demagogos; en fin, la canallocracia en toda su fealdad, irguiéndose deforme, no solamente contra las demás clases sociales, sinó tambien contra el pobre pueblo trabajador y honrado. No conozco nada más léjos de una verdadera democracia. Leyendo tales páginas, finjo en mi imaginacion la choza parecida al inundo lecho de un hipopótamo; la campiña cubierta de hielo; la nieve revoloteando como arena blanquecina en los giros del aire; la corteza de los árboles adobada como único alimento para tantas criaturas infelices; los grupos de los que emigran sin saber á dónde; el contraste entre tantas miserias y el lujo de los señores envueltos en sus pieles y arrastrando sus trineos, cuyas gozosas campanillas se mezclan con el lamento del moujik medio muerto de hambre y de frío en la soledad de sus estepas. Este año, siempre que iba á la Exposición de París, me paraba ante un cuadrillo de rara verdad. Representaba el Volga helado, y se veían los bur-lakis sacando con las maromas atadas al pecho, las barcasas del hielo. Al verlos con su túnica de pieles de cordero, con sus botas gigantescas y claveteadas, con sus birretes mos-

covitas; los rostros anchos y aplastados como aquellos de los hunnos que tanto asustaban á los últimos romanos del imperio; los ojillos hundidos de los cuales podria decirse lo dicho por Jornandez respecto á los ojos de los soldados de Atila *plus puncta quam lumina*; las narices chatas, pues apenas se distinguen allá entre las barbas parecidas á oscuros vellones; al verlos así, francamente, me recordaban aquellos pueblos semi-salvajes, tan cercanos á las escalas de la pura vida animal, abrumados por el peso de una miseria tan triste como su servidumbre, que ahullaban hambrientos en torno de los imperios asiáticos, y olfateaban las matanzas y los incendios consiguientes al asalto de los palacios imperiales y á la destruccion y á la ruina de los tiranos.

Compleja cosa los problemas sociales y más complejas todavia las diversas soluciones que, con fórmulas abstractas y absolutas, cada escuela pretende darles. No hay materia ménos sistemática, porque no hay materia más sujeta servilmente á condiciones de tiempo y de espacio, á fatalidades de clima y hasta de topografía. El problema social no puede aparecer en Rusia como aparece, por ejemplo, en nuestra Andalucía. Benigna temperatura, cielo propi-

cio, aire perfumado y tibio, suelo feraz, sobriedad impuesta por el calor, vestiduras ligeras, días ardientes, noches serenas, componen otros tantos factores de este complicadísimo asunto, en el cual pueden más la lluvia y el viento que todas las series de ideas inventadas por la más audaz economía ó concebidas por las más puras y sublimes ciencias. La inclemencia del cielo da en Rusia mayor tristeza ciertamente á la miseria, y al problema social mayores y más insuperables dificultades que en nuestros pueblos latinos. Así la solución ha quedado reducida tristemente á grandes amenazas revolucionarias, las cuales llevan tristemente en su seno la utopía de las utopías, la propiedad colectiva.

¡Cuán estéril es esa autoocracia que se asemeja tanto á la omnipotencia! Tiene un Tsar cuasi pontifice, un sínodo cuasi militar, innumerable ejército, recelosa policía; y no puede impedir la difusión de doctrinas que en nuestros pueblos occidentales se desvanecerían al choque de una polémica periodística y al examen de una crítica serena manifestadas sin censuras ni obstáculos, al aire y al resplandor de la libertad. Y lo que sucede con su autoocracia bizantina, sucede con su iglesia ortodoxa. Cuen-

ta templos y monasterios sin número, altares y santuarios sin igual, un clero llamado blanco que sirve en las parroquias y que tiene familias sagradas como los antiguos colegios sacerdotales y títulos hereditarios como las antiguas castas asiáticas; un clero negro del cual brotan las más altas dignidades eclesiásticas y se proveen los más célebres conventos; monjas consagradas á la oración y á la penitencia; auxilio coercitivo de las leyes, cuyos artículos penan el abandono de las creencias oficiales y exigen por ministerio de la autoridad pública la correspondiente cédula de comunión pascual; y con todas estas fuerzas y con todos estos medios no alcanza en ninguna parte á impedir que se formen sectas religiosas, cuyo número pasa de doscientas, y las cuales componen el conjunto más babilónico y monstruoso que puede imaginarse; como que ya resucitan el antiguo mahometismo tártaro, tan modificado en su primitiva ortodoxia por antecedentes históricos; ya caen allá en la magia de la Edad media y en las noches y sábados infernales; ya llegan hasta la barbarie de las mutilaciones de Orígenes; ya adoran al diablo creyendo que, dado su poder sobre la naturaleza les impedirá toda pena y dejará rodar las almas blancas y

